

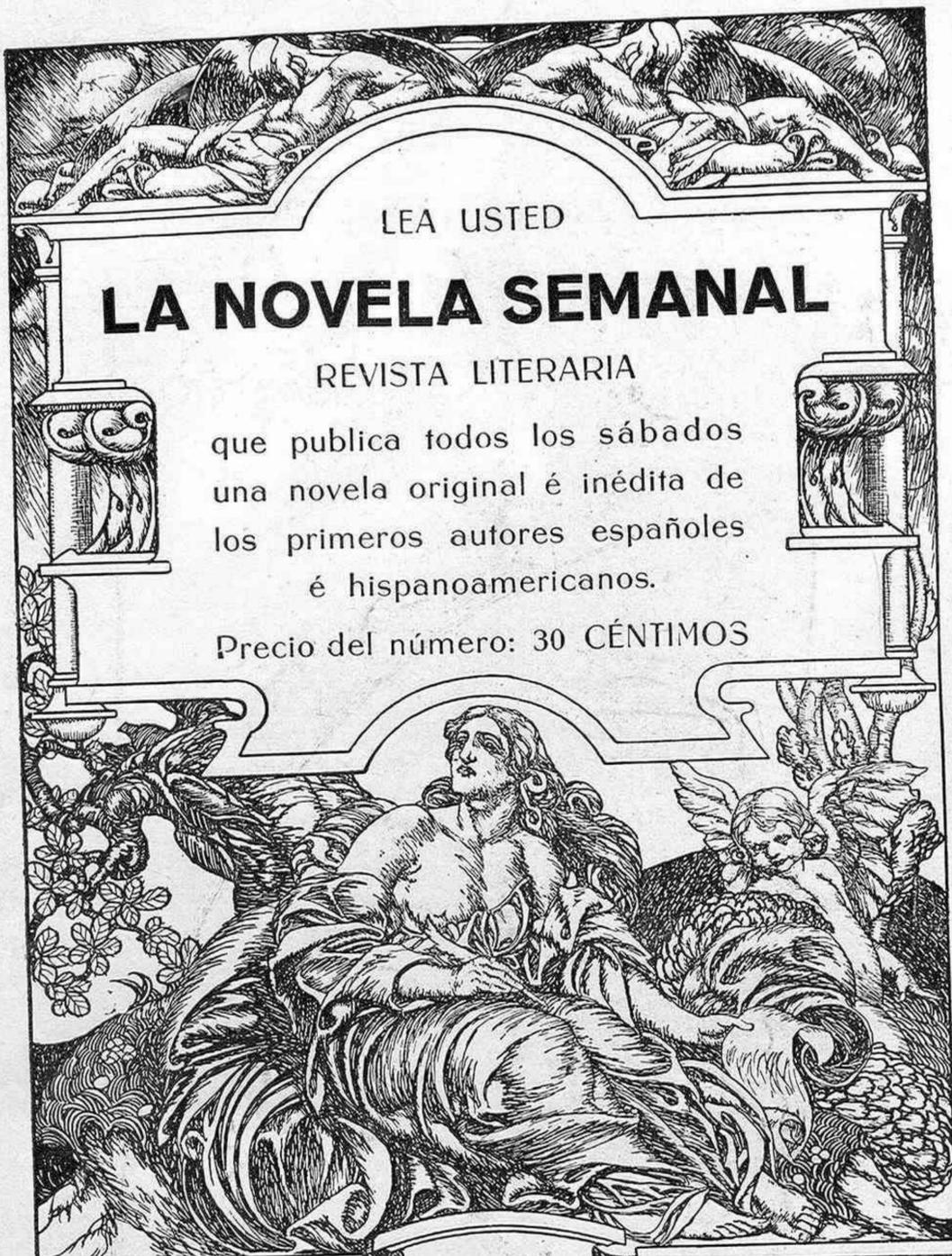
Año XII

Núm. 599



«Retrato de Doña María Luisa de Parma, siendo Princesa de Asturias», cuadro original de Mengs
(MUSEO DEL PRADO)

Precio: Una peseta



LEA USTED

LA NOVELA SEMANAL

REVISTA LITERARIA

que publica todos los sábados
una novela original é inédita de
los primeros autores españoles
é hispanoamericanos.

Precio del número: 30 CÉNTIMOS

LEA USTED
ESTA SEMANA

LA PRUEBA DE UN ALMA

POR

JACINTO OCTAVIO PICÓN

(Ilustraciones de
ERNESTO DURIAS)



NO SEA GORDO!...

Evite en todo momento la dilatación excesiva de los tejidos. Nuestra cintura FLEXIS está confeccionada al telar en combinación elástica de resistencia. Peso pluma. Por esta característica no le ocasionará la menor molestia. Pida folleto, adjuntando sello de Correo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPÉDICO
SABATÉ Y ALEMANY, Canuda, 7
BARCELONA

Agentes exclusivos de esta publicación
en la ISLA DE CUBA:

“LA MODERNA POESÍA”

Pi y Margall, 135-139
HABANA

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21
BARCELONA



Lea Ud. la Revista
ELEGANCIAS

LIÉRGANES (SANTANDER)

No hay aguas más eficaces para combatir y curar los **CATARROS** de la **NARIZ, BRONQUIOS, LARINGE** y **PULMON** y la predisposición á ellos.
GRANDES REFORMAS :- INHALACIONES MAÑANA Y TARDE

INGENIERIA Y CONSTRUCCION

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

DEBILIDAD SEXUAL

Curada en el acto por nuevo aparato. Escribid con sello de 35 céntimos, para recibir folleto. Aparato completo, 25 pesetas. Giro postal ó billete.
W. HEILMANN. Paris, 205, Barcelona.

Según nos comunica la

COMPañÍA INTERNACIONAL DE COCHES-CAMAS

durante los meses de Junio, Julio, Agosto y Septiembre, registrá en sus Oficinas el acostumbrado horario de verano:

REPRESENTACIÓN DE LA COMPañÍA: MAJOR, 4
de 8 á 14

AGENCIA: ARENAL, 3
de 9 á 13 y de 16 á 19



¿Confidencia?

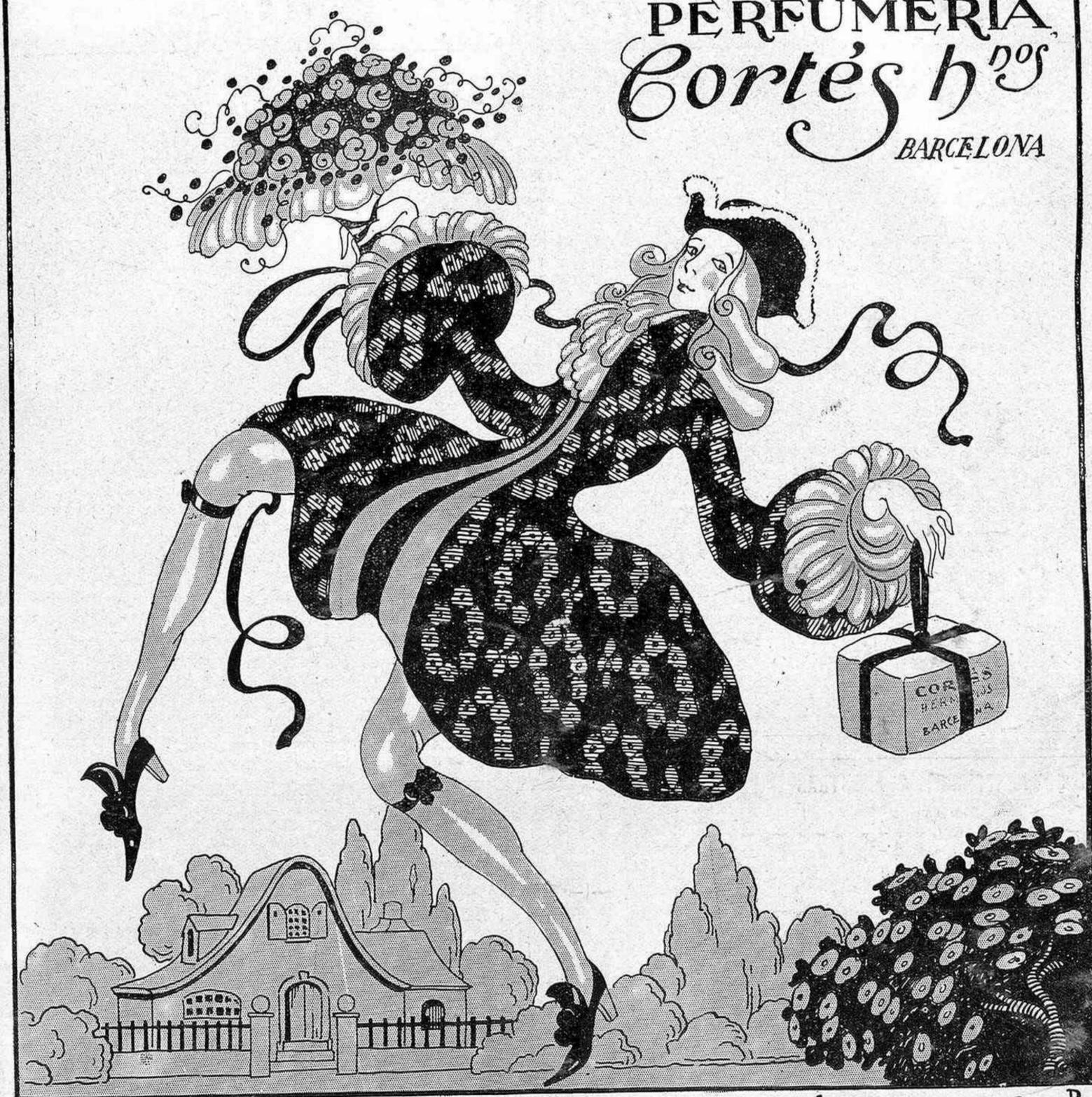
Mi felicidad, simpáticas lectoras, la debo al quitarme de raíz el vello y pelo de la cara y brazos con el tan acreditado **Depilatorio** marca **Belleza**. Es inofensivo. De venta en Perfumerías. Primer premio. Fabricantes: Argenté Hermanos. Badalona (España)

AVISO

A todos los señores abonados á nuestras Revistas que con motivo del veraneo se ausenten de Madrid, les serviremos los ejemplares correspondientes — sin aumento alguno de precio — al punto donde se trasladen, bastando para ello con que nos indiquen la dirección á que hemos de consignar los envíos

:: :: :: :: :: :: :: :: :: :: ::

PERFUMERIA
Cortés h^{nos}
BARCELONA



Muestra la admiración y el amor a tu novia regalándola de perfumes.

El más indicado es el perfume **FALENAS**
en Polvos, Jabón, Extracto, Agua de Colonia y Loción para el cabello,
por ser el preferido de las personas elegantes

ST. MORITZ ENGADINA (Suiza)

Estación de verano de reputación mundial. 1.800 metros de altura.

GOLF, TENNIS, etc.



SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
EN LA
LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6



CONCHA ESPINA

La Sociedad Hispánica de Nueva York ha conferido recientemente el título de miembro honorario a la gran escritora de España. Sus obras maestras: **Dulce nombre, La esfinge Maragata, El metal de los muertos, El cáliz rojo, La rosa de los vientos, La niña de Luzmela, Despertar para morir, Agua de nieve;** sus deliciosos **Cuentos;** sus **Mujeres del Quijote, Rucacas de marfil, Tierras del Aquilón,** textos de lengua y literatura castellanas en las Universidades del Extranjero, traducidas en todos los idiomas cultos, estudiadas y celebradas por críticos de fama universal, constituyen una de las glorias más puras y fervientes de las Letras contemporáneas.

En reimpresión, agotadas copiosas ediciones, **La esfinge Maragata y El jayón,** obras laureadas por la Real Academia Española, y **Pastorelas,** dechado del arte moderno y originalísimo de Concha Espina.

En breve se publicará la novela nueva

ALTAR MAYOR

obra potente y fervorosa, que coronará la altísima labor de la insigne novelista española.

"RENACIMIENTO" LIBRERÍAS DE AMÉRICA
Y ESPAÑA

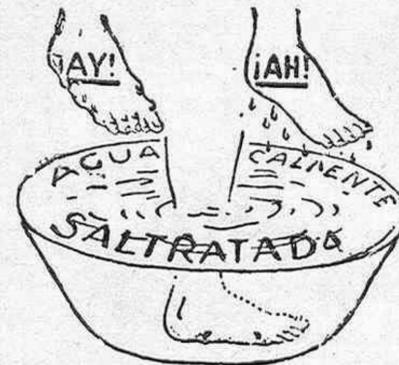
LOS PIES SENSIBLES DURANTE LOS CALORES

Un sencillo baño saltratado de los pies le librará de los peores sufrimientos

Todos los que tienen pies sensibles conocen por experiencia los sufrimientos que los calores les hacen padecer: los pies quemados como fuego, se hinchan y calientan; los zapatos parecen volverse más estrechos y los dolores causados por antiguos callos y durezas se hacen intolerables; los que sudan mucho de los pies también sufren más que nunca los efectos funestos de esta dolencia penosa.

No podríamos recordar con más oportunidad que un sencillo baño saltratado de los pies representa una defensa eficaz y una verdadera panacea contra estos males.

Un baño saltratado estimula la circulación de la sangre, tonifica y alivia los



pies doloridos y magullados y hace desaparecer toda sensación de quemadura y fatiga; además, siendo el agua saltratada ligeramente oxigenada, es de grandísima eficacia contra la irritación y el mal olor ocasionado por una transpiración demasiado abundante.

Un puñadito de Saltratos Rodell, «sales naturales extra concentradas», vendidas a un precio módico en todas las farmacias, basta para preparar uno de estos baños bienhechores. ¿Para qué, pues, sufrir por más tiempo

de males de pies durante los calores, cuando por unas cuantas pesetas solamente puede V. con facilidad curarlos y librarse de ellos para siempre?

NOTA.— Todos los farmacéuticos venden los Saltratos Rodell. Si le ofrecen imitaciones, rechácelas, ya que no tienen ningún valor curativo. Exigid siempre los verdaderos Saltratos

Lea Ud. los martes **AIRE LIBRE**

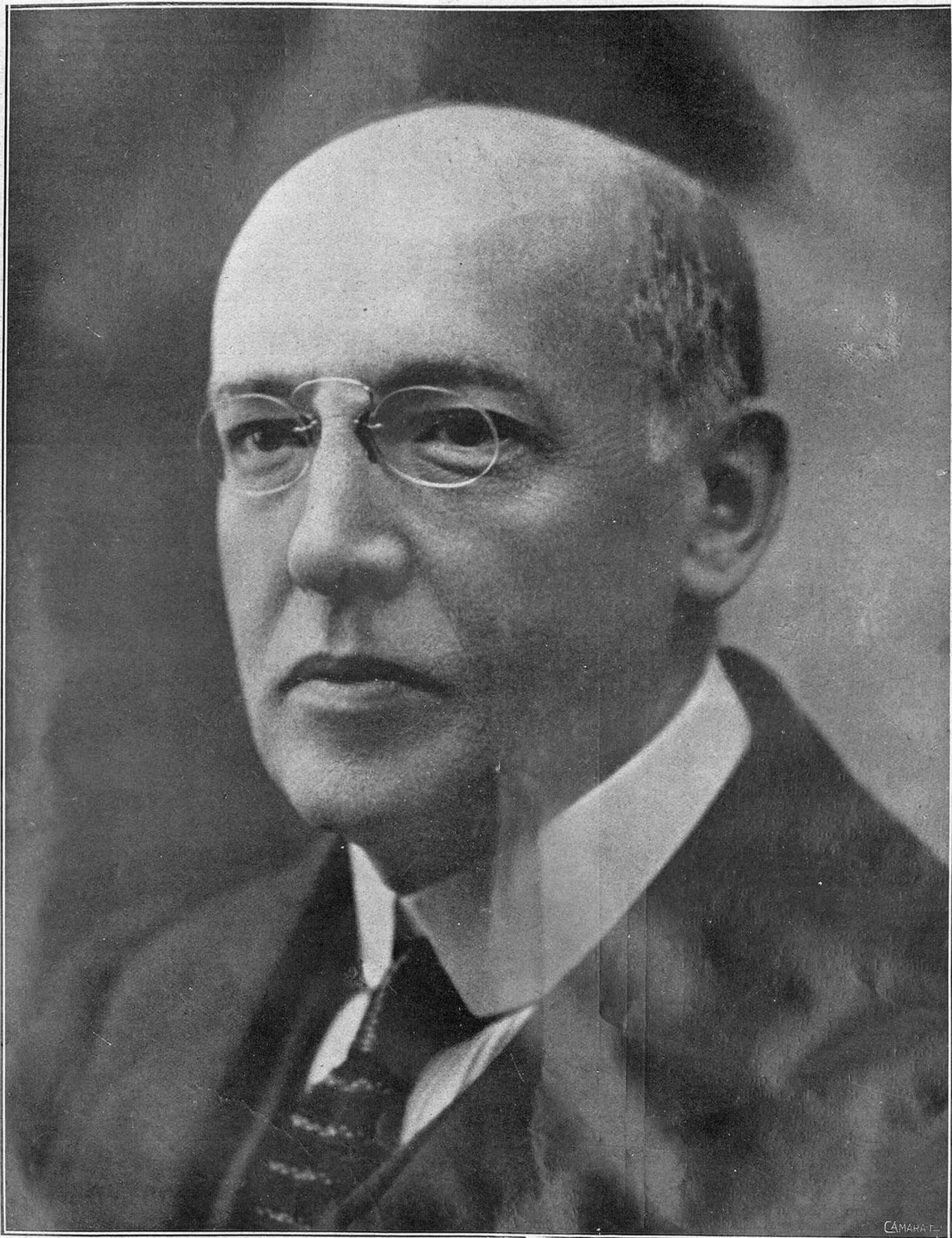
DIAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE
Fernando VI, 5.—Madrid

SEDLITZ CH. CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Trifórico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de SANGRE
URIACH C., 49, Bruch. BARCELONA



EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO (ANDRENIO)

FOT. ALFONSO

La Real Academia Española ha dado un alto ejemplo de justicia acogiendo en su seno al insigne publicista D. Eduardo Gómez de Baquero, que ha sabido aureolar de noble popularidad su pseudónimo «Andrenio». Más de treinta años de infatigable y brillante labor en la revista, el libro y el periódico, dan derecho á «Andrenio» á todos los homenajes. La España docta y oficial consagra el prestigio de Gómez de Baquero incluyéndole entre «los inmortales». La España popular, la España lectora, debe aún á «Andrenio» un tributo de admiración por su talento y de gratitud por la honda y amplia labor de difusión de cultura, de noble y serena crítica, de ensanchamiento de nuestro horizonte intelectual, que Gómez de Baquero ha realizado con fe y tenacidad de apóstol y clarividencia de profeta y entusiasmo de patriota. El acto de ser recibido «Andrenio» en la Academia no fué una de tantas frías ceremonias oficiales: fué una verdadera solemnidad de arte y de cultura; una ferviente, tácita, manifestación de entusiasmo y de admiración que lo más saliente de nuestra intelectualidad rindió al ilustre escritor.

¿ I N A D A P T A D O S ?

QUIÉN no recuerda aquella afirmación del determinismo según la cual el hombre se hallaba sujeto á la fatalidad y era esclavo del medio? El conjunto de las relaciones internas y externas de la vida era más fuerte que la voluntad. La teoría encontraba su simbolismo en el *fatum*, en el *Destino*, en la terrible é implacable *Ananké*. Todos los esfuerzos humanos se estrellaban ante la necesidad de la adaptación á un medio poco menos que inmutable. La estatua desnarrigada era la expresión plástica de este vencimiento perpetuo de la libre determinación y de la personalidad por las influencias externas; era la adaptación al medio, que exigía nada menos que el sacrificio de lo más excelso que hay en nuestro espíritu, en aras de la Naturaleza, cruel é implacable.

Sin embargo, mientras tan desconsolada teoría llevaba la consternación á los espíritus pusilánimes, que buscaban consuelo, si eran creyentes, en la doctrina de la Gracia, y si incrédulos, en la adoración extática de las leyes naturales, que supusieron inflexibles, el hombre, modificado por el medio, lo iba transformando á su vez, y ha llegado un momento histórico en que se hacen oír voces autorizadas que afirman que el hombre ha transformado el medio demasiado de prisa, y que las condiciones de vida creadas por él han sobrepujado á su facultad de adaptación. Es un profesor londinense quien asegura, de un modo terminante y explícito, que este desnivel entre las condiciones de la vida moderna, es decir, del medio exterior creado ó modificado por la civilización contemporánea, y la facultad de adaptación de los habitantes de las grandes ciudades es tan enorme, que da como resultado un horrible aumento en la mortalidad y un crecimiento, en proporción geométrica, de ciertas enfermedades, como la tuberculosis, el cáncer, los trastornos cardíacos y, sobre todo, la dolencia más terrible que ha podido afligir á la Humanidad: la locura.

La afirmación no deja de ser verdadera en ciertos respectos. Son muchas las personas que notan esta dificultad de adaptarse á una vida civilizada urbana, que exige una tensión excesiva del sistema nervioso, un sobresalto casi perpetuo y una preocupación aniquiladora. Los infinitos peligros de la circulación y aun de la estación en las grandes urbes; la sofisticación de las sustancias alimenticias; el esfuerzo, cada día mayor, que hay que realizar para adquirir conocimientos teóricos y prácticos, aplicarlos y sostener una competencia ruda, una lucha por el trozo de pan, de que no se libran las mujeres, y á más los trastornos atmosféricos y aun fisiológicos que pueden causar, y causan de hecho, los nuevos inventos, que multiplican y elevan á potencias insospechadas las actividades de los fluidos y de las energías que, como la radioactividad, no eran conocidas de nuestros pacíficos antecesores, todo esto, en sentir del doctor inglés, ha hecho de todos nosotros seres inadaptados ó, lo que es lo mismo, vencidos de antemano en la lucha por la existencia, que no concede el triunfo á los más fuertes, como afirmaba Darwin, sino á los mejor adaptados, como sostenía Ferri en una de sus obras más leídas y populares.

¿Qué poder tiene, pues, el humano intelecto, que es capaz de modificar la obra del Creador hasta el extremo de hacerla impropia para su propia vida? Ante semejante problema, recordando las grandes catástrofes de que la tierra ha sido testigo en el transcurso de los siglos, nos asalta la sospecha de que hayan sido este exceso de energía nerviosa y esta inadaptación al medio creado por las civilizaciones antiguas los que hayan hecho desaparecer las ciudades maravillosas de que no quedan sino ruinas mudas y polvorientas. Tiro, Sidón, Jerusalén, Palmira, Babilonia, Nínive fueron acaso destruidas por el mismo satánico ardor ambicioso de sus moradores. Toda inadaptación, en definitiva, supone un evidente desequilibrio, y todo desequilibrio una caída, más ó menos violenta, de potencial. Las guerras no son, á fin de cuentas, sino fenómenos físicos, reacciones bruscas, nivelaciones dolorosas, desórdenes que la Naturaleza impone para volver á su marcha normal perturbada. En todo tiempo, desde Luzbel, los seres vivos y pensantes han sentido una sed insaciable de saber, de crear, de ser tanto como lo Absoluto, una viva inquietud demoníaca, que será acaso su perdición y su desplome en las tinieblas, pero que es la razón única de su vivir. Y por eso toda vida efectiva aumenta la sabiduría, y por eso, según la sentencia del *Eclesiastés*, toda ciencia añade dolor.

Es el mito de Psiquis, el afán de satisfacer una curiosidad destinada á matarnos, á darnos el dolor

como patrimonio, cual el fruto del árbol del Bien y del Mal; pero á la cual no podemos renunciar sin abdicar nuestra condición de hombres. Lo que distingue á los hombres de los irracionales es, precisamente, ese deseo insaciable de saber y esa facultad de transformar poco á poco el medio, que tantos siglos los ha esclavizado, y el poder grabar en la Naturaleza el sello de su augusto dominio.

¿Tendrá razón el profesor inglés al asegurar que hemos sobrepujado con nuestros inventos nuestra facultad de adaptación, y que ello no puede acarrear sino graves trastornos físicos, fisiológicos, sociales y aun cósmicos? No lo sabemos. El mundo de las posibilidades es infinito, y la nueva investigación no ha ido más lejos que la vieja Teología en lo que atañe á no negar el *posse*. Pero si ello llega á demostrarse, ¿renunciaríamos por ello á lo que nos es esencial, y nos decidiríamos á hacer la vida de las plantas y de los minerales, por temor á perder una felicidad y una vida misma que nos han sido dadas en precario?

Ciertamente, la inadaptación es causa de muerte,

y ella es un mal que aqueja á todos los organismos decrepitos. Es seguro que á los hombres que hoy nacen no les será tan difícil la adaptación á la vida moderna como lo es á quienes han sufrido el tránsito á la nueva desde la antigua; pero la misma muerte no es definitiva, como no lo es nada en el universo que no sea el universo mismo. Si perecieron Nínive, Babilonia y Palmira, otros nuevos emporios deslumbran con sus magnificencias. Si esta civilización se halla destinada á desaparecer, como desaparecieron las orientales y las helénicas, otras las sucederán en poderío y en esplendor. No creamos que el hombre es incapaz de vencer la influencia del medio, como afirmaban los contemporáneos de Buchner y de Moleschot; pero no creamos tampoco que su influencia sobre el medio es tan extrema y decisiva que puede cambiar el curso de los astros. Hoy, como ayer y como siempre, la Humanidad sigue su camino, y, para adaptarse á todos los medios, únicamente necesita mirarlo todo bajo la especie de la Eternidad.

ANTONIO ZOZAYA

C A N C I Ó N



*Mi corazón quisiera
—como un navío—
darse á la mar,
y sobre la ola viajera
del mar bravío
á mi isla lejana llegar.*

*Mi amor quisiera
—como un suspiro—
entre el viento volar,
y en la onda aventurera*

*con rauda giro
al amor de mi madre besar.*

*Pero del puerto donde está anclado
no se ha ausentado
mi corazón,
é inútilmente mi amor ansia
lo que así sueña mi fantasía,
hecha canción...*

José A. BALSEIRO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EL HOMENAJE Á CLAVÉ

EL "CASAL CATALÁ" DE MADRID



Los Coros Clavé dando un concierto en la Plaza de la Villa, de Madrid

FOT. CAMPÚA

La poesía catalana, incluso la novísima—la de Carner ó López Picó—, no ha perdido ese fondo popular que la dispone á ser cantada en coros en «la gran catedral del aire libre», en la plaza pública, en el campo; en ese teatro espléndido de la Naturaleza, tan fácil de encontrar en los paisajes mediterráneos. Todos sus poetas han cultivado esa nota popular, infantil, la más fresca, la más fragante, buscando en su ingenuidad el sabor de la tierra. Los poetas del Renacimiento catalán, desde Verdaguer; los modernos, desde Maragall, han seguido esa natural inclinación que, sin duda, les sugiere la música del idioma, tanto como el cariño del pueblo á los viejos motivos poéticos repetidos en los romances. Yo he visto cantar á Santiago Rusiñol, con sus blancas barbas de peregrino y su perfil de patriarca, esos romances, cuya música y cuya letra vuelven siempre con ecos y resonancias afectivas en las canciones de José Anselmo Clavé. Y digo que le he «visto» porque el rostro y la figura daban la expresión dramática ó cómica que substituía al número, pues todas esas formas del arte musical de Cataluña requieren ser cantadas á coro. Esa propaganda de la canción popular catalana que Rusiñol ha hecho en sus viajes por los «Jardines de España» fué para mí—castellano—una revelación del carácter de la raza. (Adviértase que no es preciso dar á esta palabra *raza* un sentido demasiado ambicioso, y que baste con que el curso del Ebro marque una frontera entre gentes de distinto matiz, de sentimientos, aficiones y costumbres secularmente diferenciados.) La expresión musical de Castilla—y de aquí para abajo—es individualista. Uno canta; los demás escuchan. A veces, escuchan para responder. ¿Concibe alguien una *saeta* á coro? Como este caso, el más típico de las canciones andaluzas, son en mayor ó menor grado todas las formas de nuestro arte popular; incluso la *jota*. En cambio, la expresión musical más propia de Cataluña y de Vasconia es el coro, el canto de las voces juntas. En Cataluña y en Vizcaya, las fiestas, las sobremesas, paran siempre en una gran efusión musical que une todas las voces.

No creo ser yo solo quien haya observado que en casos semejantes, mientras catalanes y vascos pueden prolongar la velada muchas horas con su repertorio de canciones corales, los castellanos tienen muy poco que cantar. ¿Es que se han olvidado ó han perdido su fuerza canciones y romances que hubo en toda España como en Cataluña y que en otro tiempo serían cantados á coro? ¿Es el carácter, que no tiende á ese abandono de la personalidad, á esa fusión de sentimientos, necesaria para que surja el canto colectivo? Desde luego, Castilla no tiene ni la canción ni el baile en rueda, como la sardana y el zorzico.



DON MAXIMINO NOVÍ
Maestro director de los Coros Clavé



JOSÉ ANSELMO CLAVÉ
Fundador de las masas corales

La expresión lírica es individual. Quizá por eso fué un andaluz—no creo que el dato sea muy conocido—, un musiquito nacido en Alcalá la Real, provincia de Jaén, el que resucitó la sardana, que estaba un poco arrinconada en las montañas pirenaicas ampurdanesas. José Ventura «reforzó el instrumental de pluvias, tibles y tenoras con cornetes, fiscornos, pitos y tambores, y en lo puramente estético amplió, creando la sardana larga como complemento de la corta, lo que dió pie para la formación de las *coblas*...» Si Ventura se preocupó de la danza, Alib transformó la canción. Fué éste quien preparó el trabajo de Clavé, dándole innumerables temas recogidos de la *musa popular* y orientándole en el camino que luego habían de recorrer él y Millet. En la sardana de Ventura hay ya los tres tiempos; primero la *cobla* prepara el ánimo dando el ambiente local; luego una voz sola canta la canción; luego el coro comenta. Es preciso que viniera un músico de temperamento directivo, popular, que aprovechara las aptitudes de la raza para la música orfeónica, y ese músico fué Clavé.

El *Casal Catalá*, al organizar su homenaje á Cla-

vé, tuvo el buen acuerdo de repartir profusamente una hoja con el programa, y al mismo tiempo dió unas notas biográficas que han servido para popularizar en Madrid la vida del artista barcelonés. Esas notas han contribuido á llevar al homenaje la simpatía de los obreros madrileños; porque Anselmo Clavé, hijo de artesanos, luchador apasionado por las contiendas políticas, conspirador, preso en Montjuich y en el Saladero, asoció su idea del arte musical á la educación de los artesanos, y les dedicó todas las energías de su activo é incansable temperamento. Para honrarle ahora han venido á Madrid más de mil catalanes. La *barretina roja* ha tenido en nuestras calles una inesperada floración. Clavé, nacido en 1824, es un hombre de la Revolución del 68. Del año 50 es la primera Sociedad Coral «La Fraternidad». Luego la idea

prendió, sin duda, porque el terreno era propicio. Todos los pueblos catalanes tienen su coro. Todos cantan las canciones de Clavé. La Asociación Euterpense de los Coros de Clavé comprende hoy 145 Sociedades Corales, que suman doce mil coristas. Barcelona le ha erigido un monumento en la Rambla de Cataluña. Al morir Clavé—1874—había realizado una obra. Suya es la canción *Los nets dels Almogàvers*. Suya también *Gloria á España!* Madrid da su nombre á una calle é inaugura una lápida conmemorativa. ¿Será capaz de prestarle otro homenaje más grato á la memoria del menestral, educador de menestral? ¿Será capaz de organizar también sus coros entre la juventud obrera?

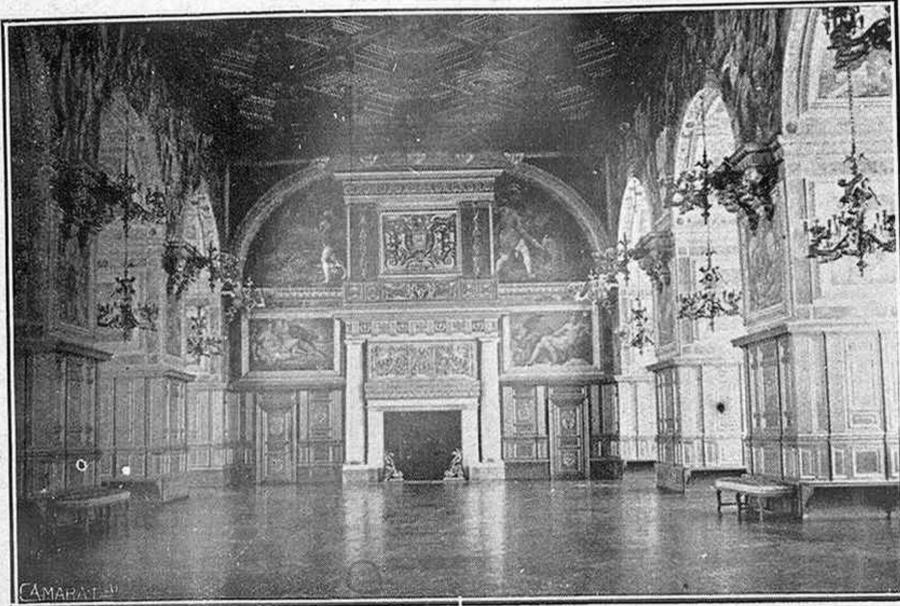
¿Qué músicos ayudarán á esta labor de arte y de cultura? Entre nosotros, Rafael Benedito ha puesto gran entusiasmo en la creación de masas corales y las ha hecho actuar con fortuna; pero ¿qué músico emprenderá una tarea paralela á la de Clavé y Millet? Resucitar las viejas canciones con un criterio arcaizante es cosa muy arriesgada y, desde luego, difícil de adoptar al modo de ser de nuestros jóvenes dentro y fuera de las Sociedades obreras. Canciones de gesta, romances y leyendas podrían ser base de una restauración interesante, pero de dudoso arraigo. Canciones picarescas ó galantes; canciones epigramáticas, como las de los trovadores y *jongleurs*, según aparecen en el inagotable venero que descubre D. Ramón Menéndez Pidal. Canciones de otro tipo más actual... La dificultad está en darlas ese carácter popular, ese rasgo incitante que nos obliga á unir nuestra voz al coro en cuanto uno, cualquiera, inicia el tema. Habría que resucitar el pasado y rehacer el presente, dando á los cantores su alma lírica; es decir, un alma ingenua, sin decadencias críticas, sin temor al ridículo—ó al supuesto ridículo—. Esto es lo más difícil.



DON JOSÉ CAPDEVILA
Presidente de la Asociación Euterpense de los Coros Clavé

A. DE T.

APOSTILLA Á UNA VISITA Á FONTAINEBLEAU



Galería de Enrique II y Diana de Poitiers



Cama nupcial de María Antonieta

RESUMIMOS tanto los mediterráneos de que por nuestro amigo el Mar nos trajeran los griegos la Belleza y los romanos la Ley, que es de una justicia reguladora reconocer en cuanto sea necesario las conquistas ajenas, no sólo para afirmar las propias, sino también para temple de imaginaciones que por su fuego y bizzarria nos juegan muy á menudo lo que hemos dado en llamar malas pasadas.

Iba delante de mí, en un reciente viaje á Fontainebleau, un docto señor, víctima de aquella presunción á que aludo en la primera línea de esta crónica, y él tiene la culpa de que al comentar con la devoción que la Belleza arquitectónica y decorativa—como toda otra manifestación de Belleza—me inspira siempre, esta última visita al trono de Napoleón, fatalmente haya de censurar este viejo vicio español de comparar y aun de exagerar en las comparaciones, que nos ha dado fuera de aquí prestigio frívolo de ególatras sin preparación.

Porque era cosa de oír á mi desconocido acompañante de visita, cuando ante las salas de Fontainebleau, entre el guía y nosotros se cruzaban comentarios elogiosos para una época de esplendor donde el arte, de mano de la Grandeza, escribió páginas que ya nadie podrá borrar nunca en la historia de la Belleza Universal.

Todo le parecía muy bien, pero—el clásico «pero» tan nuestro—evocaba inmediatamente Toledo, El Escorial, Granada...

Dudo que haya nadie más enamorado de mi patria que yo; pero—ahora me toca á mí—declaro que en boca del inoportuno hacía muy mal papel, ya que una sala de Fontainebleau y una verja de

Sevilla son incomparables é inconfundibles; ni pueden ofrecer nunca un solo punto de contacto para establecer la disciplina de una discusión.

Y el caso es que, por lo que nos decía el guía, sonriendo irónicamente, el caso se repite con frecuencia desoladora. Todos los novios, todos los que por un azar van á París, llegan á Versalles y Fontainebleau, ven los salones y, al creerse humillados por sus bellezas, se desatan en elogios para España y sus indiscutibles glorias artísticas, como si alguien de los de allí presentes les discutieran ó les comparasen con mengua.

Sin embargo, yo he acompañado por España á mucho extranjero, y ni una sola vez han pronunciado el nombre de Versalles ó Fontainebleau ante la Alhambra ó el Alcázar.

Es muy posible que sea un pequeño problema de educación.

Pero, volviendo al tema, estas salas de Fontainebleau, que guardan entre sus muros, maravillosamente decorados, toda una etapa de la vida de Francia, han sufrido en estos últimos tiempos una transformación espiritual insensible á la mayoría de sus visitantes.

Antes de la guerra se visitaban las alas del palacio teniendo en la memoria lo leído últimamente en la guía ó, si se hacía un esfuerzo mayor, recordando las lecciones de Historia que un dormido nos obligaba á aprender neciamente de memoria.

Y tenían un aspecto especialísimo los espectros de Napoleón, María Antonieta, la Maintenon..., que al cruzar los salones parecían deslizarse por paredes y rincones.

Hoy, después de las lecciones de los últimos tiem-

pos, comparando nuestra Europa con la que levantó Fontainebleau, con sus intrigas de jardín palaciego, sus imposiciones de dama hermosa y sus debilidades de varón indomable..., es fuerza reconocer que nos parecen muy otros aquellos mismos espectros, que siguen deslizándose por paredes y recodos del palacio admirable.

Tiempos aquellos de elegancia y mesura; tiempos los nuestros de derroche sin belleza é intrepideces de aventura. Tiempos aquellos de nobleza, tradición y respeto mutuo; tiempos estos de rascacuerismo, improvisaciones y ausencias de decoro...

Fatalmente han de sufrir merma en sus concepciones las figuras que un día creímos grandes, y la vida nos va enseñando cruelmente, como si con garras implacables fuera arrancando la seda bordada de sus casacas y miriñaques para poner brutalmente bajo el sol el esqueleto de palo y la boria de sus alifafes.

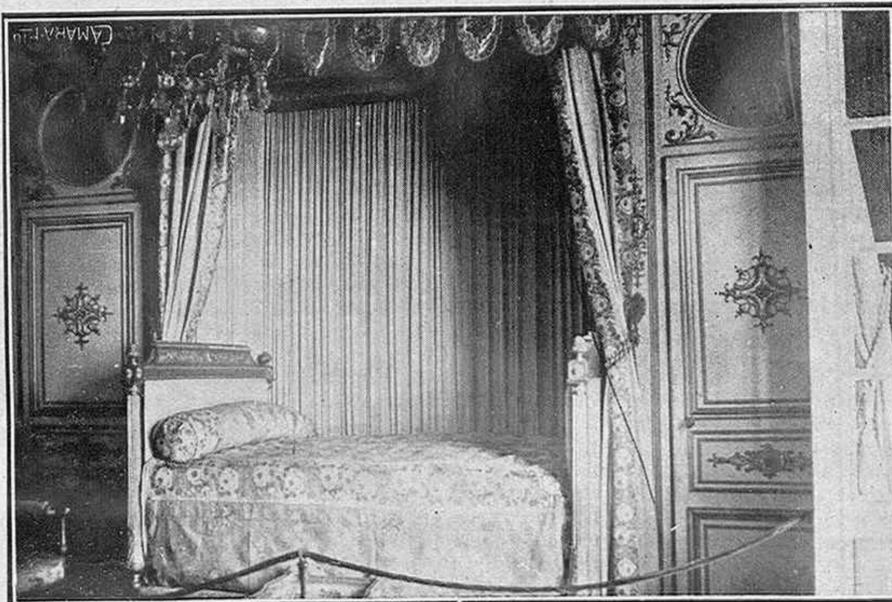
Pero es que, por otra parte, no vamos ganando nada con la decepción, porque nada podemos oponer en nuestro pro.

A aquella época de vanidad y gloria discutible, hemos seguido los componentes de una lenta fermentación social.

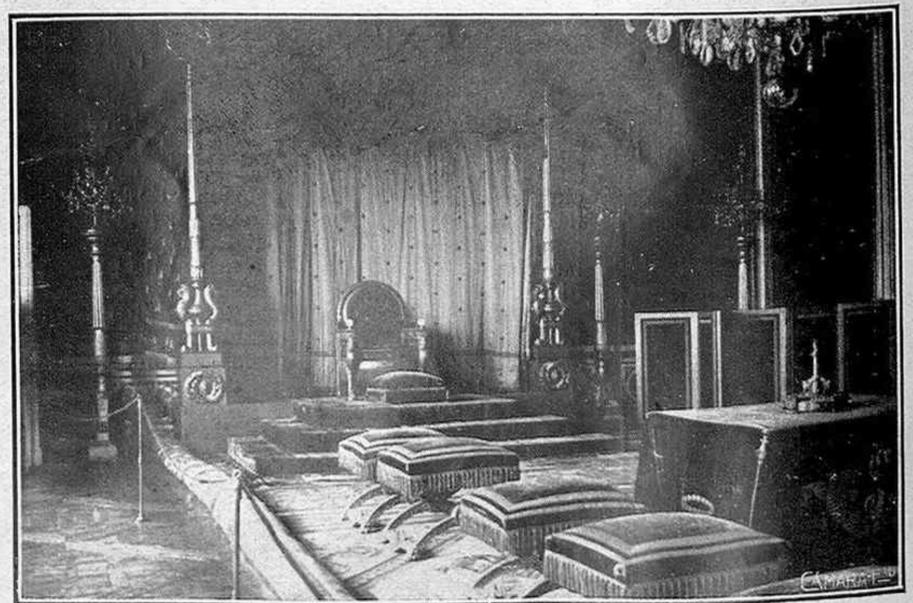
Y si la Historia se repitiese...

Quizá esto sea lo único en que debería pensarse ante las salas de Fontainebleau, alejándose de ridículas comparaciones provincianas, y á pesar de nuestras presunciones—muy legítimas, desde luego—, porque nuestro amigo el Mar nos trajo con los griegos la Belleza y con los romanos la Ley.

VILA SAN-JUAN



El lecho de la Maintenon



Trono de Napoleón

ARTE BIZANTINO

LAS PINTURAS PRIMITIVAS DE LA BASÍLICA DE SAN CLEMENTE

Los últimos hallazgos de pintura primitiva, bizantina, en iglesias románicas españolas—sobre todo en las de Cataluña—vuelven á dar actualidad á los documentos conocidos que tienen ya capital importancia para la historia del arte medieval. Por eso hablamos hoy de las pinturas descubiertas ya á finales del siglo XIX en la basílica italiana de San Clemente, como prueba y contraste de los magníficos ejemplares españoles.

Ha producido ahora una de las más gratas emociones del arqueólogo ver asomar bajo el yeso de un revoco antiguo las pinturas magníficas del siglo XII, conservadas por verdadero milagro. Es lo frecuente que aparezcan confusas y borrosas. Con el «Juicio Universal» de la basílica de San Clemente, en Roma, ocurrió que durante mucho tiempo no pudo apreciarse el asunto de la pintura. Casi todos los frescos estaban muy mal conservados. En parte caído el estuco; en parte destruido. En otros fragmentos, los colores se habían rebajado y alterado de tal modo que era imposible adivinar el dibujo en aquella masa confusa. Se encargó á un buen copista—Ewing—que lo reprodujera con la mayor fidelidad, procurando razonar y completar los trazos dentro del más escrupuloso respeto, y una vez hecho este trabajo se empezó el reparto de las fotografías de ese dibujo, representando el martirio y el juicio universal—la gloria—de Santa Catalina de Alejandría. «Ninguna duda podía caber—escribe el profesor Giuseppe Wilpert—de que se tratase de escenas de Santa Catalina, porque una vez está representada junto á la rueda del tormento y otras dos veces lleva sobre la cabeza nimbanda escrito el nombre KATA, esto es, *Katarina...*» La explicación de esta parte del dibujo, así como la del resto, pasaron como cosa corriente, y, sin embargo, no era así. El propio Wilpert se encargó de demostrarlo.

Este, conservando dudas acerca de la exactitud del dibujo, hizo fotografiar todos los frescos hasta en sus más pequeños trozos, y luego se sirvió de las pruebas con un sistema que él fué el primero en emplear, y que consiste en servirse del fondo fotográfico para las acuarelas. En esas fotografías apareció ya cosa muy distinta de lo que había presentado el dibujante Ewing. No había tal martirio de Santa Catalina. La pintura, en realidad,



Pinturas murales con inscripciones en el sepulcro de San Cirilo

formaba un todo con la otra pintura lateral, y entre ambas componían una estupenda y grandiosa imagen del Juicio Final. La escena de Santa Catalina era el infierno con los diablos y las almas en pena, y donde se creía representado el concilio del año 417 aparecían en realidad las almas bienaventuradas en la ciudad celeste. Esta era una obra pintada hacia el año 850, según demostró Wilpert, en la época de León IV. Precedía por lo menos dos siglos á la más antigua representación del Juicio Final, hasta entonces conocida—que era la de San Jorge en la isla Reichenau, en el lago Constanza, pintada á mediados del siglo XI—. Ese era el gran valor de la pintura de San Clemente para la icono-

grafía medieval y de un modo singular para las representaciones del Juicio Final.

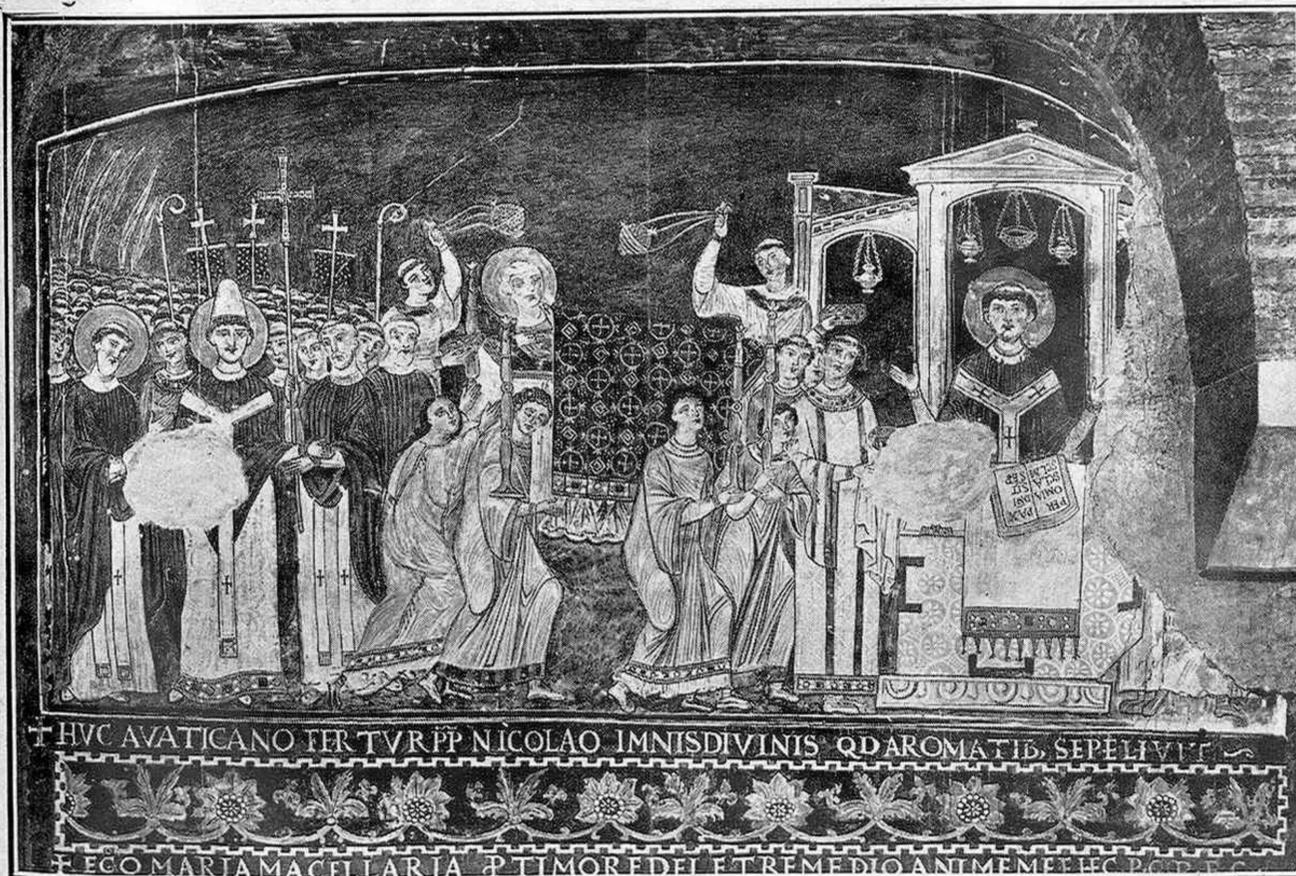
Recogemos esta anécdota que no es única, pues seguramente ha ocurrido algo semejante con la mayor parte de los documentos arqueológicos de todo género, para demostrar lo fácil que es caer en confusión cuando se trata de interpretar pinturas que por su antigüedad venerable aparecen desvaídas y deterioradas.

Con el Juicio Final, cuyos trazos apenas si pueden ser reproducidos en fotografía directa, aparecen en la basílica primitiva de San Clemente otra escena muy útil para estudiar la Concordancia del Viejo y Nuevo Testamento.

Pero es curioso saber que precisamente un error fué causa del descubrimiento de la basílica primitiva. En el milenario de los dos grandes apóstoles eslavos Cirilo y Metodio se trató de encontrar las reliquias de San Cirilo, muerto en Roma y sepultado según la tradición en dicha iglesia. Entonces se hicieron las excavaciones que condujeron al feliz descubrimiento de la basílica subterránea. No encontraron la reliquia, pero aparecieron las pinturas. Una de ellas, á primera vista bien conservada, desvanecía toda duda, pues en ella estaba escrito verticalmente junto á una figura el nombre ACIRIL. Algo extraño es el caso de que al abrir el hueco para pasar al otro lado del muro, que no tenía puerta, se desprendiera esa parte del fresco y cayeran las letras, siendo preciso volverlas á pintar al lado de la figura del Santo y habiendo cometido el error de duplicar la L, escribiendo ACIRILL. Nuevo error. La figura no era del Santo, sino de mujer. Lleva al cuello un collar largo y adornado de perlas y piedras preciosas propias de una dama noble y doncella y no de un sacerdote ó monje. ¿Y las letras? Las letras no estaban claras, al principio. El supuesto Cirilo era Esther ante Asnero y toda la pintura una concordancia del Viejo y Nuevo Testamento.

Pero allí estaba, en efecto, la tumba de Cirilo, aunque no las reliquias del Santo. La pintura del siglo XV—que reproducimos—no se refiere sino á la traslación de las reliquias de San Clemente que trajeron á Roma los dos apóstoles eslavos. El cuadro, grandioso y bien conservado, está en el atrio de la basílica, y durante mucho tiempo se creyó que aludía el entierro de San Cirilo.

MARTIN BAYLE



Pintura del siglo XI representando la traslación del cuerpo de San Clemente



Más que las gaviotas de la mar salobre, más que las nubes y más que el viento, ha vagabundado bajo el alto cielo la plumilla del cardo corredor. Es cierto que dura sólo un verano y ni tanto siquiera; pero como la edad de las almas inquietas no se mide por nuestro almanaque, su vida es intensa y larga de contar su historia.

... Durante el mes del sol que dora los maizales y quema las flores azules de los cardos, en la flor nueva de un cardo viejo había nacido una corta familia de dos mil gemelos.

Eran, ya sabéis, vilanos; y como estaban muy estrechos en su celda, ninguno sospechaba que pudiera ser grande. Y soñaban un confuso sueño á la sombra de la hoja espinuda que creían la bóveda del Universo.

Hasta que cierta mañana—no estoy bien seguro de si fué á mediodía—una ráfaga de viento vino á remecer el cáliz del cardo.

—Soy yo—decía el viento—, y ya es tiempo de que vuestros hijos vayan á cumplir su misión.

Entonces la flor suspiró levemente y nuestra plumilla, con ocho de sus hermanas, vino á hallarse al borde de su nido, frente al vasto mundo y presta á desatar el vuelo.

Era una mañana, sí, ahora estoy seguro, una mañana en que todo parecía de azul y plata; por doquiera se veían gasas leves, jirones de bruma ó sutilísimas telarañas, y las plumillas eran blancas también y leves. ¡Oh, qué leves! Como polluelos recién nacidos que aún no hubiesen esponjado su plumaje, como la forma del suspiro que exhaló la flor al verlas con su abanico de pelusa todavía plegado, la madre tuvo piedad y trató de interceder por ellas.

—¡Oh, padre viento! ¡Miradlas tan niñas que no saben siquiera ocultar su corazón!

Nuestra plumilla se contempló en un rayo de sol que la irisaba y vió que llevaba en el centro del pecho una semilla no más grande que una pulga grande; comprendió intuitivamente que aquel era el tesoro que debería transportar por los espacios; y entonces, para ocultarlo, erizó completamente su pollerita de bailarina.

Y emergieron las hermanas, saludadas por las chicharras y las abejas, á la vida libre del verano. En un principio, como estaban unidas, las nueve no hacían sino arremolinarse y perseguirse como un enjambre. Así transcurrió ese primer día; jugaban al pie del cardo, y cuando llegó la hora de dormir quisieron recogerse á su flor.

Pero la flor ya no existía; la había aventado el padre de todos los vientos; habíase disuelto en plúmulas albas y frágiles como ellas; dos mil que se disiparon á los cuatro vientos, portadora cada una de su propio corazón.

Las nueve celebraron consejo, decidiendo no separarse nunca, y aquella noche el blando copo asistió desvelado á la fiesta veneciana que daban las luciérnagas en el campo. La orquesta se había diseminado entre las hierbas, y el coro estaba junto á la charca. Se ejecutó música china y nadie quiso retirarse hasta que repicaron los gallos.

—¡Uú!—zumbaban los cínifes—¿Ha visto usted qué cosa?—se decían los grillos enfundando su contrabajo—¡En el buffet no había sino pétalos de rosa!...

Y borrachos de rocío los cínifes zumbaban aturdidamente.

Al abrirse el día la misma brisa penetrante que hincha el blanco velamen de las flotas elevó también á los vilanos. Realmente la luz y el aire eran como un Océano; pasaban los pájaros como peces voladores; y allá muy por debajo, como los monstruos submarinos en el fondo del mar, discurrían los animales y los hombres.

Pero en la caravana habían surgido desavenencias; iba de mal grado de aquí para allá descendiendo á menudo á la tierra; y cuando á mediodía se levantó el padre de los vientos, las nueve hermanas expusieron la misma queja: «Les era imposible dirigirse hacia ninguna parte porque todas tenían una opinión distinta!»

—Entonces es preciso que cada cual tome por su lado—resolvió el Viento—. No hay un mismo destino para dos almas.

Y diciendo y haciendo rompió los débiles lazos que las unían entre sí.

La más cándida, «nuestra» plumilla, pudo mirar

un instante á las demás que se dispersaban; pero muy pronto confundióse con el azul como los jirres de un sueño. Desorientada y triste vagó durante varios días buscando una planta que se pareciera á aquella donde se mecía su nido. Era á fines de Febrero, y algunos cardos tardíos aún encerraban sus semillas. Y cada vez ella suspiraba de envidia: ¡Qué breve, Dios mío, es el sueño de la inocencia y qué brusco era el despertar!

Y corrió aventuras. Primero fué en un corral donde había un gato y una ventana, y enredándose por sus barrotes, copihues y madresevas. Pero tan leño como su cardo no le parecía ninguna flor al vi ano; sin embargo, permaneció en suspenso para ver el modo de adivinar lo que pasaba abajo. *Micifuz* estaba al so, y moviendo apenas la cabeza seguía con sus ojos amarillos á unos globitos que parecían escaparse de la habitación; dentro, un niño de rostro macilento, envuelto en pesados abrigos, soplabá un canutillo y con mirada llena de nostalgia veía cómo se desprendían sus pompas de jabón. El vilano las contempló también, tal vez soñando con llegar á ser, como ellas, un diamante alado; pero una fué á caer sobre la nariz del gato y el prestigio se deshizo. ¿Dónde estaba el diamante? ¡Apenas una gotita de agua se consumía en la tierra árida! *Micifuz* se había alzado majestuosamente para ir á acomodarse más lejos, y entonces divisó á la plumilla.

—¡Eh, tú, gitanilla! ¿Traes la buena nueva?—le preguntó.

Y no más que por matar su tedio se entregó con ella á un peligroso juego; daba un salto y la atrapaba; después la dejaba ir; pero cuando ya se remontaba volvía á traerla de un zarpazo. El niño, encantado, palmoteaba desde la ventana, y los copihues y las madresevas asistían impassibles al espectáculo.

Por fin el felino se fatigó. Debió de pensar que le hacía más cuenta dedicarse á la caza de sus ratones, porque se esperezó sacando las uñas y en un ángulo del corral dió comienzo como buen musulmán á una complicada serie de abluciones.

La atmósfera parecía en ebullición; como un sol, cada molécula tenía calor y luz, y las pelusas de

la plumilla comenzaron á tostarse. Sobrevinieron entonces sus pesadas jornadas en el aire, que apenas la sostenía, y así fué cómo pasando por un hormiguero le ocurrió un lance con una hormiga que vino á aumentar esa experiencia que recogen las plumillas y que acaso llegaría á aprovecharles si su vida durara más.

Debía de ser aquella una hormiga romántica, por cuanto soñaba con volar. ¡Oh! No creáis que dotada de un par de alas, sino que sencillamente dentro de un globo, lo cual es bastante burgués; y para que le resultara más económico pensaba tomar por ida y vuelta su pasaje. Así es que cuando vió á aquella graciosa navecilla calculó que podría embarcarse en ella y le hizo señas.

—*Fischt, ballón!*—gritaba, mitad en alemán, mitad en francés, tratando de afirmar su vocecita.

Y á continuación, con muchas monadas, le expuso al vilano que deseaba hacer un viaje por los aires; fué inútil la alarma de éste, porque la hormiga se tenía por muy liviana (en lo cual no andaba errada), y á todo le replicaba que en último caso dejara en su granero el lastre.

Mucho le costó entender á la plumilla que se refería á su corazoncito.

—Y sobre todo no me llame usted señora—agrogaba á guisa de estribillo.

Se oncaró por fin tras no pocos repulgos, preocupada cómo estaba de no descubrir sus bajos, y la aeronave, todavía á flor de tierra, se comenzaba ya á deslizar, cuando hubo de detenerse porque estaba mareado el viajero. Había olvidado toda compostura, y la plumilla tuvo que lamentar haberle admitido á su bordo.

—¡Queden con Dios las hormigas!—recapitaba entre sí sacudiéndose—¡Nunca más me meteré con señoritas!

El verano pasaba; pasaban los cielos azules y los largos días; cuando avanza el año, como que las horas se precipitaran, por eso nos parece tan corta la última parte de nuestra vida. La plumilla solía preguntarse el por qué de aquella prolongada errancia bajo el sol y las estrellas; le entraban desfallecimientos que la traían á tierra y en una de esas cayó con un mosquito en las redes de una araña.

Al ruido que hicieron al enredarse salió la dueña de casa y haciendo un irónico saludo trató á sus prisioneros como si fuesen visitantes que venían á consultar su ciencia—porque la araña es el Le-roy-Beaulieu de los insectos.

—Vamos á ver—decía—: ¿Ustedes creen que se puede vivir así, al día, á la buena de Dios? El Evangelio no vale lo que la economía doméstica. Es preciso formarse un hogar, aunque éste sea una trampa. En el mundo no hay sino dos castas: la de los que acechan y la de los que caen; luego hay que formarse un hogar.

—Señora—dijo el mosquito—: ¿podría usted darme salir?

—¡Ah, no!—protestó el sabio con todo calor— ¡Nunca me perdonaría haberte devuelto á tu azarosa existencia! Cuando menos escúchame.

Y siguió desenvolviendo razones tan sutiles, pogañosas y complicadas como los hilos que entretreje. Al fin de todo volvía al mismo punto de partida: que hay arañas y moscas y que se debía tener una tola; ella tenía además su historia y la de su familia (Migdalaceas aurilantes), escrita en dos volúmenes por un famoso médico que había llegado á director de la Academia de Baile.

—Y usted, amiguita, déjese de divagaciones y de creerse portadora de misterios—le aconsejó á la plumilla—; ya que no puede quedarle conmigo, porque mi asilo no conviene sino á las moscas, búsquese otro acomodo con una zarza de posición y no se mueva más. La patria lloza hasta ese cerro, y como con nosotros se acaba también la Eterni-

dad, cada cual debe preocuparse de sí mismo.

Esta vez el viento vino también á libertar á la plumilla y á ponerla nuevamente en marcha. Se aproximaba la noche; divisábanse á lo lejos múltiples luminarias, y volando la aventurera, volando, volando al parecer al azar, pero siempre impulsada por la misma fuerza, no tardó en cernirse sobre las calles de una populosa ciudad, y nunca se le figuró tan bien como entonces que los hombres eran reptiles, pobres gusanos en el fondo de las zanjas que ellos mismos habían abierto para que por ellas se repartiese el aire como un arroyo azul.

De pronto, y sin saber por dónde había entrado, vino á hallarse en el recinto magnífico de un teatro, cuajado de luces que brillaban en los arcos y en los prendidos de las mujeres.

Se daba una obra nueva, y al fondo la decoración representaba un bosque. Ofuscada y confusa la plumilla pasó cerca de las arañas de gas, saludada por los muchachos que la celebraban como á una pajarita, rozó la peluca de una de las actrices, y buscando un refugio fué á enroscarse en las palmeras de cartón. Con ella un soplo nuevo había atravesado; las damas se distraían en los palcos; los comediantes, mientras recitaban, recorrían su pasado, su niñez, el campo y los primeros ensueños, y entre todo aquel artificio, delante de esa grave concurrencia, el autor sintió, quién sabe por qué, irresistibles ganas de llorar. Apenas descendió la cortina penetró al escenario y tomando delicadamente á la plumilla la echó afuera por un tragaluz, como una paloma que llevaría á los espacios su pobre mensaje de poeta.

Pero le ocurrió á la plumilla que desorientada por la claridad de que salía y por aquel bosque de por ver, habría seguido creyendo de papel pintado el firmamento si no acierta á cruzarlo una estrella. Pensó, ¡oh, qué magnífica!, ignorando que fuera como ella una plumilla que el mismo hábito misterioso había hecho desprenderse de flor celeste. Como no hay nada que no lleve semilla, la estrella fugaz abraza entre sus rayos el deseo que formulan los mortales al verla caer, y como nada deja de germinar, dentro del año lo tendrán realizado... Pedidle, amiguitos, que el año venidero nos amemos al igual que ahora.

Estaba otra vez dentro de la Naturaleza. El cielo era intenso y profundo; no había luna; pero cada astro aparecía tan penetrado de su misión de alumbrar, que en la tierra misma las tinieblas no lograban condensarse. Uno, sobre todo, destellaba como un prisma, y el vilano, que muchas veces había viajado de noche, se sintió atraído como nunca hacia lo alto. Amaba á la estrella con toda la fuerza de su corazoncito de diez y ocho días; hubiera querido alcanzar hasta ella como había alcanzado á la lámpara del teatro y dar vueltas en torno suyo como un satélite imperceptible; y nada más hasta el juicio final.

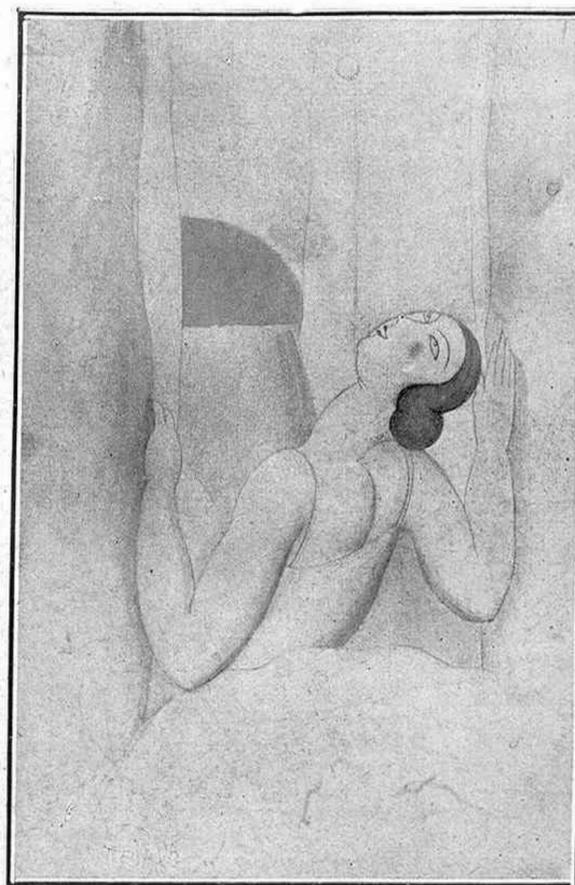
Sólo que en ciertas regiones el viento cesa, y al llegar á cierta altura, como si la hubiera soltado la mano que la conducía, la plumilla comenzó á descender, como el paracaidas de un globo, hasta tocar el agua de un estanque.

Un largo rato se quedó sobrecogida sobre esa superficie negra que se perdía en la sombra. También brotaban de su seno ligeras fosforescencias, porque hasta las malas emanaciones vienen á ser luz. Los junco de la orilla dormían un sueño pesado; las lianas embarazaban hasta donde podían la ruta, y todo alrededor parecía cernirse una atmósfera incierta, como una pesadilla presta á disiparse, siendo lo angustioso que esto no acabara de suceder.

Entre tamaño letargo fué donde encontró á la banda más ideal é immaculada. Bogaban los cisnes sin ningún cuidado, y aquello como que algo absolvía de su veneno al estanque. La plumilla se les reunió, haciéndose la ilusión de que vestía uno de esos plumajes que ningún cisne es capaz de manchar; avanzó, llena de confianza también; y ora tan segura la estela que trazaban, que hubiera podido seguirla un ciego.

«¿Dónde mi tesoro? ¡He perdido mi semilla!», se dijo el vilano deteniéndose... ¿En qué parte la había soltado? Quiso volver contra la corriente, pero todo habría sido inútil. ¿Era al pantano, pues, donde iban los cisnes á poner su huevo de oro?... Y proseguía lamentándose mortalmente abatida, porque le hacía falta comprender que lo que menos conoceremos nunca es el paraje donde que la nuestra semilla; nadie debe ver germinar la suya; pero germinará, sin duda, bajo el ojo de Dios, en manos de la Providencia, y después de habérsela confiado nada nos queda á nosotros sino morir.

De pronto un clamor surgió de todas partes; las plantas sacudían sus hojas; apresuradamente recogía sus mallas la niebla, y con el viento que se había levantado todo pareció volver á la vida. ¡Volemos!, soplabla el viento, y al paso tomaba á su grupa los ruidos y los olores. ¡Volemos!, y los zancudos se arremolinaban desalados. ¡Volemos!, y la banda de cisnes tendió las alas. Hasta los sapos



y los guarisapos como que querían lanzarse al infinito. Y con los perfumes, los sonidos, los insectos y las aves, arrebatada por un viento de entusiasmo, la plumilla pudo salvar inconcebibles distancias.

Era una aurora lejana lo que así sonreía en medio de la noche; un monte secular que el rayo había abrasado. Y hacia aquella hoguera, alimentada por todos los robles de la selva, prendida con una chispa del cielo, los cuatro vientos convergían con todas sus aspiraciones.

—¡Volemos hacia ella, porque todavía somos crisálidas!—decían las mariposas.

—¡Todo brilla mientras arde, todo sirve para el fuego!—decían los cucarachos.

Y los vientos canturreaban:

—¡Volemos hacia la hoguera!

¿Cuándo entró nuestra plumilla en la rueda?... El grito de muerte de las mariposas era un grito de resurrección... No sintió sino que todo crepita como si la tierra de un golpe quisiera purificarse...

—¡Todavía somos crisálidas!—cantaron las mariposas..., y una vez más ella palpitó de esperanza.

Y tan frágil como era, al consumirse en el incendio hubiérase dicho que lo acrecentaba, y que en el cielo, más pura y más ardiente, la llama viva se había elevado más...

Niño: ¿qué puede ser grande ante Dios? ¡Entonces nada hay pequeño tampoco! Es preciso distinguir una gota de agua de otra, porque en el inmenso Océano no se encontrarían dos iguales, y preciso también que nos interese la vida ínfima de la brizna y del insecto, parecidas á nuestra vida y á la vida entera.

AUGUSTO D'HALMAR

DIBUJOS DE TEJADA

SENSACIONES

(SONETO)

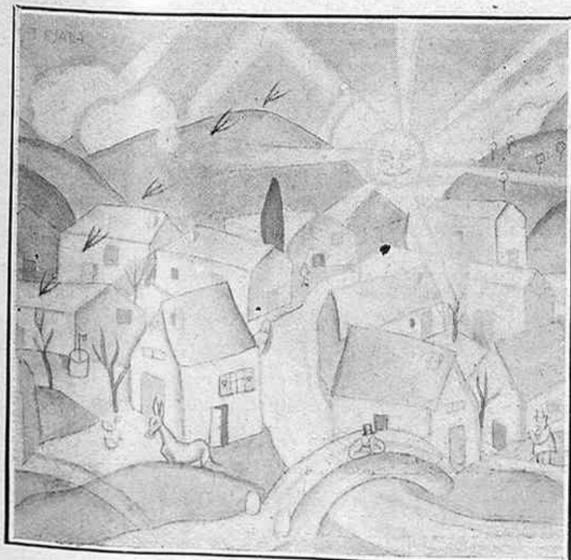
La historia, con sus luchas de pasiones,
con sus escenas de dolor temido,
jamás mi corazón han conmovido,
envolviéndome en largas reflexiones.

Jamás sentí las dulces emociones
de esas leyendas del amor perdido,
ni ante duros pesares he sentido,
como propias, ajenas impresiones.

Así pasé los años de mi vida,
cubriendo el egoísmo con su velo
sombros de una ilusión desvanecida.

Y hoy me conmueve con tenaz desvelo
la historia de una lágrima vertida
por unos ojos de color de cielo.

Narciso DÍAZ de ESCODAR





LA PINTURA MODERNA. - QUIETUD, cuadro original de Genaro Urrutia

CANDELADAS DE SAN JUAN



NOCHE profunda y encendida la de San Juan, noche misteriosa é ilusionada.

Resplandece el azul de los cielos como un raso al fulgor de las lumbres; brillan las aguas de las fuentes y de los arroyos como platas bruñidas, y los ríos y los mares refulgen como tisús del Oriente.

Parecen llamear los nidos al calor de los celos amorosos, y esplender las frondas de los álamos y de los naranjos bajo el rocío de plata de la luna, y que nacieron ojos á la tierra, ya en el monte, ya en la llanura, por el resplandor de las candeladas.

Y al propio tiempo, ¡cómo está todo de perfumado! Aromas trae el viento caliente del tomillar que viste el monte, y del jaral que engalana la colina, y del pinar que se alza desde el valle hasta el más alto mirador de la Sierra.

Y aroma del romero, y de la mirra y de la encina, que consumen las candeladas.

Se embriagan con el calor y la luz y los perfumes los sentidos, y el corazón sufre de infinitos anhelos.

Noche profunda la de San Juan, tanto más profunda cuanto más encendida é iluminada.

Cada resplandor hace más dilatada la soledad entre la sombra de los campos, y cada ruido de la fiesta que llega del caserío más hondo el silencio.

Y en la ciudad, ¡cómo están de perplejas y de anhelantes las almas entre misterios, y ensalmos y supersticiones!

Las hogueras ponen lumbres en los ojos y en los pechos llamaradas de amor; mas de puro encendidos se ciegan los ojos, y de puro amantes se inquietan y atormentan y obscurecen los corazones.

Los mozos trajeron de los campos leña seca y hierbas olorosas que quemar. Y en cada plazoleta y en cada encrucijada prendieron fuego.

Al fuego acudieron las mozas, en carrera repentina y alegre, y con ellas llegaron más luces y más calor.

Risas y más risas, gritos y más gritos, aumentaron la fiesta, y todo fué una gigantesca llama.

El que saltaba sobre la candela parecía una brasa que se desprendía del fuego, y cuantos saltaban alrededor de la hoguera otras llamas también. Y

EL ENCUENTRO

Me acaricia la dulce ternura de tus ojos.
Tus ojos en la noche son dos piedras preciosas
que encienden el milagro de mi lámpara egipcia
en llamas de azucenas, de lirios y de rosas.

Yo te he divinizado. Ni hierática ni altiva,
sino humana y ferviente me has tendido tus manos.
En la noche de estío y bajo las estrellas,
sin conocernos fuimos, en un instante, hermanos.

Tú gustabas la miel de mis versos celestes.
De tu extraño perfume me sentía embriagado
y fuimos, en silencio, por la senda nocturna
tú de mí enamorada, yo de ti enamorado.

El paisaje, en sombra, se iluminó de música
y tembló en nuestros sueños una mano de seda.
Orquesta misteriosa, la brisa modulaba
en nuestras ilusiones una romanza queda.

Al fin nos detuvimos. En la campiña el alba
encendía las mieses en luces prodigiosas.
Todo en ti renacía: tu rubia cabellera
y el milagro divino de tus piedras preciosas.

Cleofé de RAEDO

sus risas y sus gritos, como el chirriar de la leña al consumirse.

La moza estaba llena de inquietud.

Saltábale el corazón en el blando pecho, como una aveilla atormentada entre el brillo y el calor de las brasas.

Sortilegio de la noche aromosa y encendida de San Juan.

Tenía la orza con el agua resplandeciente entre sus manos, como un secreto ó como una adivinación. Y todas sus carnes estaban estremecidas.

En el balcón, florido de albahacas y rosas, esperaba la mocita contando los luceros que se multiplicaban en el agua, removida por el temblor de los deseos, que hacían inquietarse á la moza.

Y llegado al punto de la media noche, roció el agua sobre el polvo rojizo de la solitaria calle.

Y fué el primer mozo en pasar aquel moreno de las claras coplas que á ella tanto le tenían encendido el corazón.

A la orilla del río, entre las mimbres, esperaban la vieja y la niña la encantada hora del ensalmo.

Tenía la vieja arrebujaada sobre el seno la débil criatura, que padecía de hernia, y la niña jugaba con el agua de la corriente en un loco palmotear que quebraba los fulgores.

En sonando las doce, cogieron entre las dos al infantil desnudo y comenzaron á pasarle las carnes por los mimbres mojados, obrándose el milagro de la salud. Rezando versos habían llegado á la orilla del río, y con versos tornaron al lugar, fulgurantes á la luz de la luna y á los lejanos resplandores de las candeladas.

Noche profunda y aromada de San Juan.

Cuando florece la flor del cardo, entre las llamas de la hoguera, es que también un amor ha florecido. Bendito sea el milagro que lo floreció.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

DIBUJO DE HOHENLEITER

VERSION ROMANTICA Y VERSION FOTOGRAFICA. EL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE HUERTA



Claustro del Monasterio de Huerta

No deja de ser interesante la confrontación de los documentos artísticos y los fotográficos—conste que también cabe arte en la fotografía—como medio de conservar idea exacta de los edificios históricos. He aquí, por ejemplo, el dibujo de Pérez de Villa-Amil representando el claustro del Monasterio de Huerta y las fotografías de Aurelio Rioja, que, fotopiadas por Hauser y Menet, figuran en el trabajo del marqués del Cerralbo sobre ese mismo monumento.

Las diferencias son tales y tan importantes que el carácter queda completamente alterado y, por consiguiente, desvirtuado. Gana, en cambio, el color; pero ¡qué costa! El claustro tiene un aire romántico, de transición, de vida perdurable, que está á punto de deshacerse, obediendo á la ley fatal del tiempo—y á la desidia y á la incuria humanas—. Pronto será una ruina si continúa esa iniciada decadencia. Pronto el pueblo entrará á saco en donde ahora no hace sino hospedarse. Ese elemento pintoresco que Villa-Amil ha amontonado debajo de un árbol hará más daño que el sol y que la lluvia de los siglos. La realidad no ha ido muy lejos; pero ha caminado por distinta vereda.

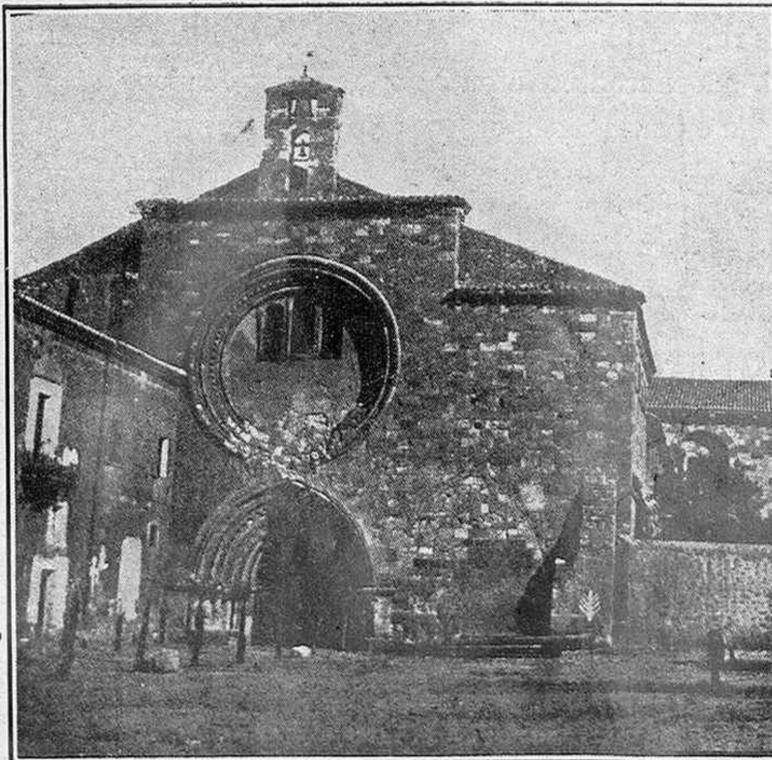
Veamos la obra en la versión romántica y en la fotográfica. Villa-Amil dibujó el claustro alto, regular, del siglo xvi. Como una arcada regular de columnas finas y arcos de medio punto. Lo característico de esa bellísima muestra del Renacimiento español está precisamente en que el arco, casi plano, apenas está dibujado en breve curva. El dibujante ha acumulado, sin duda, los motivos ornamentales de los cuatro lados del claustro en uno solo. El

que traslada no es el que tiene adornos más rudos en las barandas; pero tampoco presenta la variedad que Villa-Amil ha querido ver. Las columnas. El rosetón que aparece detrás del tejadillo del claustro, rematado en una ligera y sencillísima orla de dientes de sierra, lo ha convertido en gótico florido. Todo el edificio pierde el aire de robustez que da mayor encanto al claustro alto renacentista.

De la misma manera el claustro bajo, regular, del siglo XIII ha sufrido una curiosa transformación. Se ha duplicado el número de arcos, haciendo mucho más aguda la ojiva, y se han variado las proporciones quitando majestad y solidez al conjunto. Algunas diferencias—por ejemplo, el despejo de estos arcos que antes estaban libres y en la fotografía de Rioja aparecen tapiados—son, naturalmente, obra de las circunstancias y de la variación que traen los años. La reparación consistirá en devolverles á su estado anterior. Pero el cambio de proporciones es esencial.

Merece explicación una versión artística tan errónea. Villa-Amil dibujó esa lámina, con otras muchas, en París, para la «España artística y monumental: Vistas y descripciones de los sitios y monumentos más notables de España», cuyo texto escribió D. Patricio de la Escosura. La editaba una Sociedad de artistas, literatos y capitalistas españoles. Se guiaba por un apunte de Carderera, y hecho el dibujo quedaba todavía la parte del litógrafo. Era Benoist el encargado de traspasar á la litografía el dibujo de Villa-Amil, y no es de suponer que fuera demasiado estrecha su colaboración.

Además, Pérez de Villa-Amil es uno de

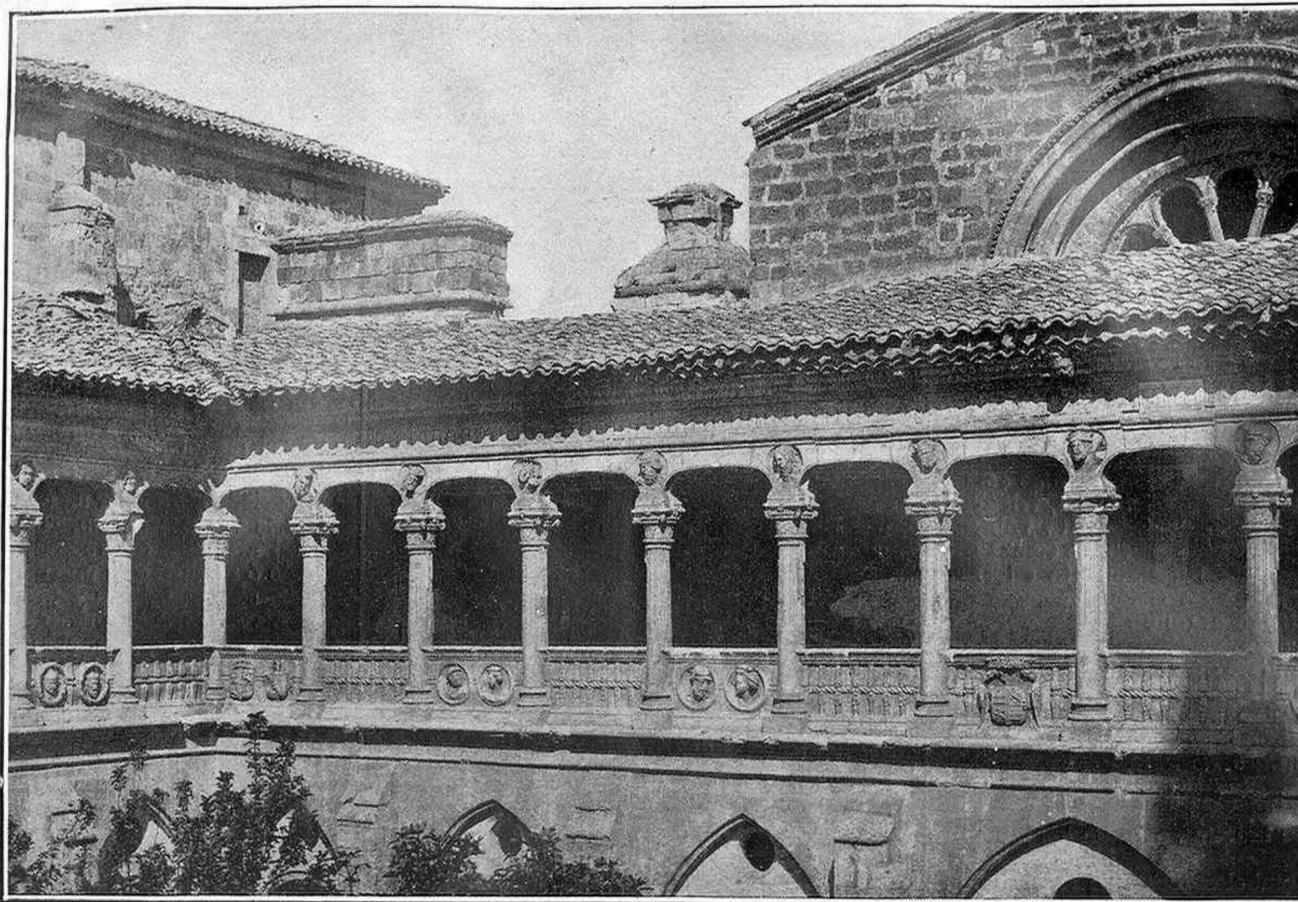


Fachada del templo

Los artistas españoles de mayor capacidad de trabajo. Según su biógrafo Ossorio y Bernard — en la «Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX» —, en veintidós años de vida artística dejó pintados ocho mil cuadros al óleo, uno diario, sobre portentosa cantidad de dibujos y litografías. Al morir aparecieron en sus carpetas más de diez y ocho mil apuntes, borrones y bocetos. Murió pobre (1807-1854).

Esta maravillosa fecundidad parece reñida con la exactitud que hoy deseamos como primera condición en trabajos de historia del arte. Pero téngase en cuenta que la misión del romanticismo consistió más bien en despertar el apetito, estimular la afición á esos estudios y sobre todo la sensibilidad y gusto del arte en personas de cultura media que hasta entonces habían permanecido indiferentes á la belleza de las piedras viejas.

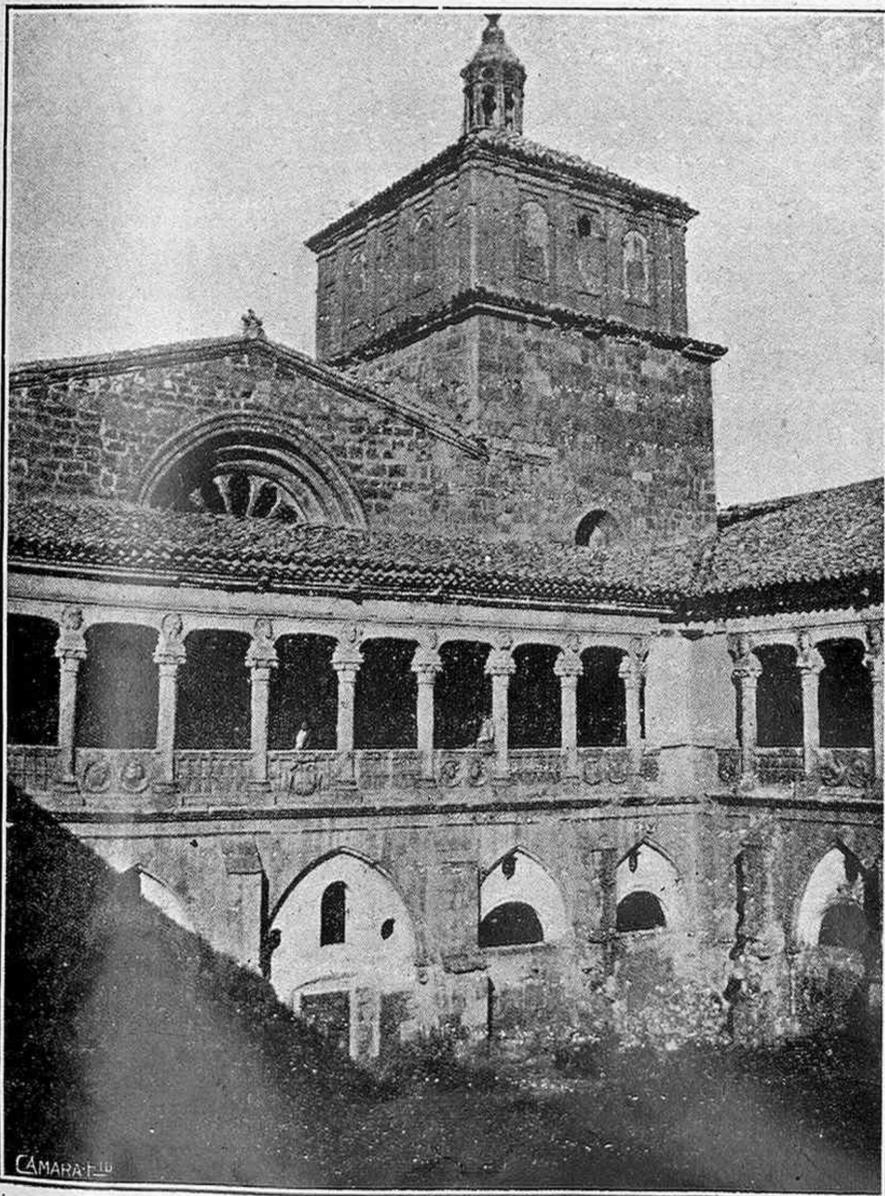
El Monasterio de Huerta bien hubiera merecido un viaje. Un monumento de la época de Alfonso VIII, fuerte, sobrio y severo, no es de fecha posterior al año 1100. «En Santa María de Huerta—dice Cerralbo—todo es sencillo, pero grandioso, como el desierto borgoñón del Cister; severo como la



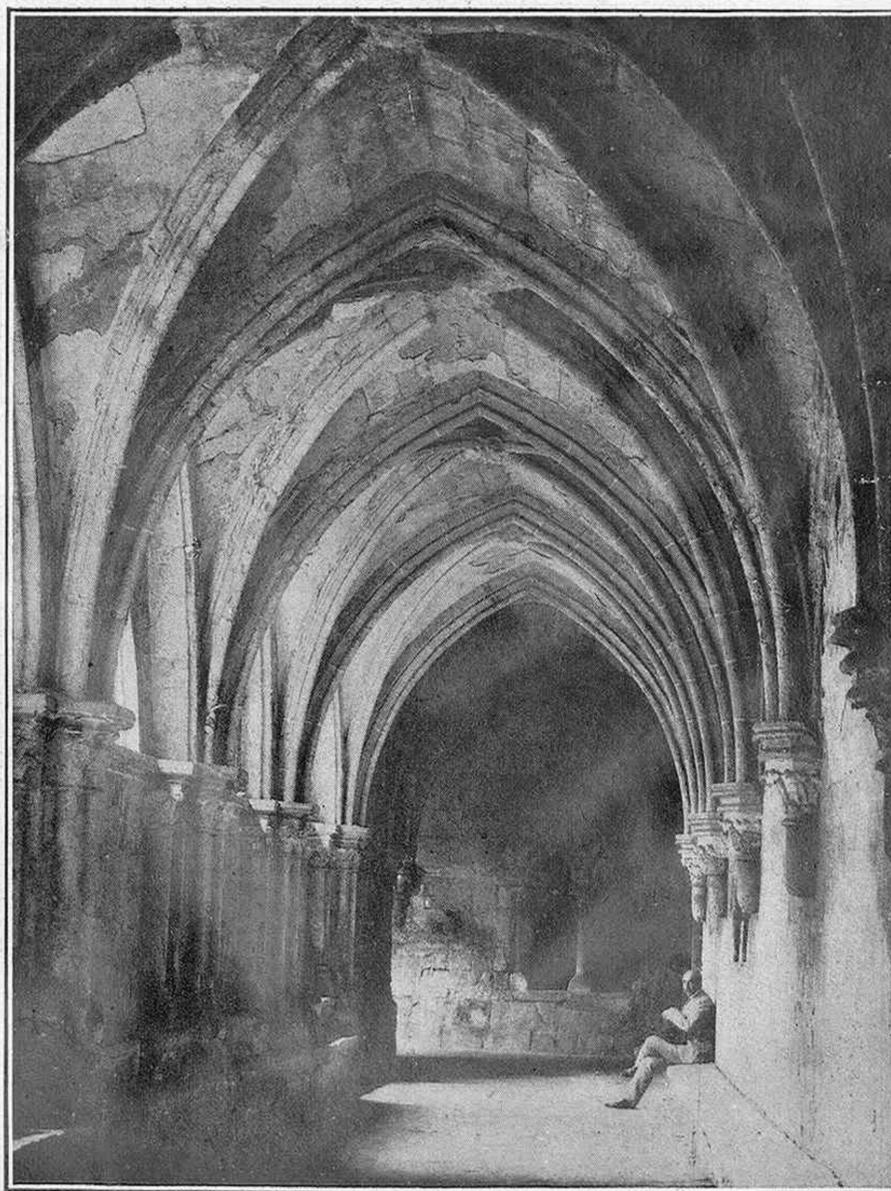
Claustro alto regular del siglo XVI

Los enterramientos, los claustros, el refectorio bajo del siglo XIII, el viejo templo del siglo XII, hubieran merecido una excursión á Santa María de Huerta. Pero en esa primera época no podía pedirse tanto respeto á la verdad histórica y artística y bastaba con dar la noción pintoresca, la versión romántica.

A. DE TORMES



Vista de los claustros y parte de fachada del refectorio y torre de la escalera de honor



Claustro bajo, regular, del siglo XIII

UNA FLOR DE RECUERDO EN SU TUMBA

A pocos metros á la izquierda de la estación de Juvisy y en la línea férrea de Orleans á París, en medio de ese verdadero nido de verduras característico de la *banlieue*, el viajero columbra el retiro del astrónomo-poeta, el apóstol espiritualista, Camilo Flammarion, que á los ochenta y tres años acaba de morir.

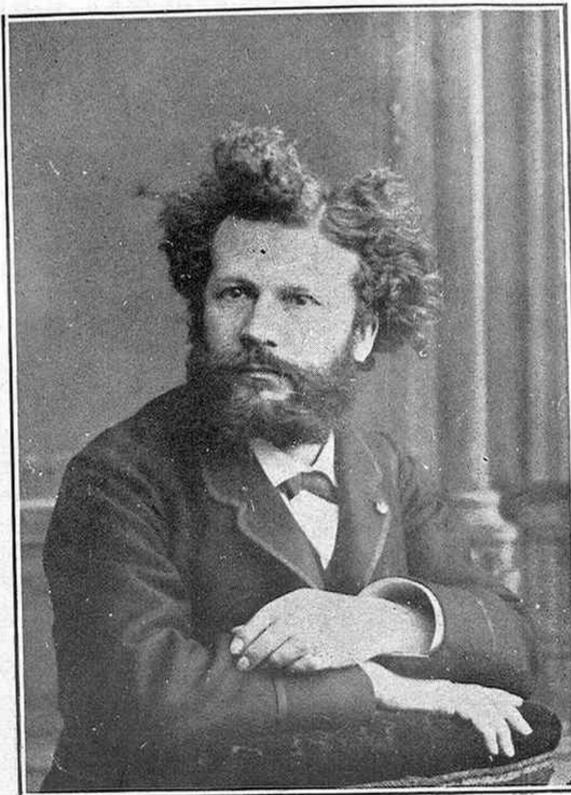
Yo tuve en mi juventud, en el verano de 1897, la dicha de visitar allí al maestro querido; de contemplar por vez primera aquella su faz serena, al par que vibrante é inquieta; de bañarme en el éfluvio mágico de aquel mirar escrutador y enérgico del eterno contemplador de las maravillas celestes, y admirar aquella su leonina melena, tricolor entonces, porque, aunque nativamente roja, presentaba abundantes mechones negros, á trechos realzados ya por la nieve de los cincuenta años: ¡*Flamma-Orionis!* «la llama de Orión», como él mismo decía con el legítimo orgullo de una astronómica etimología patronímica.

Con deleite noté que allí no era un extraño: monsieur Quenisset, uno de los ayudantes del sabio, había compartido conmigo y con Rordame, de Utah (país de los mormones), hacía cuatro años, el descubrimiento del *Cometa b, de 1893*, y la proverbial hospitalidad del maestro tenía más que pretexto con ello para desplegarse efusiva. También andaba por allí el abate Moreau, otro de los laboriosos agregados.

No hay que decir el embeleso con que recorrí el pintoresco recinto, devoto cual el del musulmán en la Meca: la cúpula de la ecuatorial; las demás salas de aparatos; la rica biblioteca, en la que alternaban con los libros de Astronomía y demás ciencias naturales los clásicos grecolatinos de cuando Flammarion estudiaba con Renán en el mismo seminario las obras de Blavatsky y de Eliphaz Lévy.

Precisamente en el momento de mi llegada el maestro tenía en las manos un viejo grimorio en pergamino y absorta su vista en una de las láminas, truculenta viñeta de un cometa antiguo, cuya cola aparecía exornada de puñales, copas de veneno, cabezas cortadas, teas incendiarias y demás simbolismos de cuantas calamidades iba el cometa á verter sobre los mortales, á su paso por nuestro mundículo, porque el Flammarion polígrafo siempre pudo decir, con Plauto, que nada humano le era ajeno, y algunos de sus estudios de Astronomía histórica pueden ser parangonados con los de Bailly.

Porque hay que decirlo muy claro: Flammarion, como genio que era, planeaba por esas regiones excelsas, en las que la alta ciencia, la espiritualidad sublime y la profunda religiosidad se confundían en una sola é inefable cosa: en los secretos «Misterios del Reino del Padre», de que nos habla el ca-



CAMILO FLAMMARIÓN

pítulo XIII, v. 11 de San Mateo. Flammarion, como el padre del Cid, de los héroes, podía decir á cuantos pedantes le echasen en cara que no era un astrónomo á lo Laplace, ni un matemático á lo Cauchy, ni un químico á lo Berthelot, ni un filósofo á lo Schopenhauer, que él ha hecho y hará con sus libros *poéticos* verdaderas legiones de sabios como éstos. Valga si no, por muchas, la confesión del intrépido Bleriot, después de su primera travesía en avión, de Francia á Inglaterra: «Esas cualidades de sangre fría, etc., que creéis ver en mí, las adquirí estudiando las obras de Flammarion y de Julio Verne», dijo.

¡*Flamma-Orionis!* ... La nota más conmovedora, entre las muchas que allí experimentase entonces, constituyóla para mí la vivaz conversación de la señora del sabio, más meridional y comunicativa que la de éste, con serlo él tanto. Como prueba notoria de la veneración que aquélla sentía por su esposo, me mostró dos ó tres cojines de seda, diciéndome:

—«¡Llama de Orión!», sí, porque la cabellera del maestro es como la llama que irradia del sol de su pujante cerebro, y yo cuidó de recoger la parte de esos rayos que no pasa á sus obras: ¡ese pelo á tres colores, con los que luego relleno almohadones que sean otras tantas reliquias de él en el mañana resplandeciente!...

Mientras recorríamos las avenidas del parque que rodea al edificio, admirando las instalaciones de plantas allí sometidas á los diversos rayos de colores del espectro solar para estudiar la acción de la luz en la vegetación, el astrónomo me contó una anécdota acerca del origen de aquella vasta propiedad, que por su emplazamiento á la vista de París vale un tesoro. No respondo ya de la fidelidad absoluta del recuerdo; pero el caso fué, poco más ó menos, que uno de tantos admiradores lejanos, semianónimos y pesadotes las más de las veces, venía molestando al sabio con sus cartas-consultas, á las que el sabio contestaba siempre con abnegación paciente. Pasaron luego meses sin saber del lejano discípulo bretón ó normando, hasta que un día el notario del cantón sorprendió con su visita al maestro para notificarle que su, ya muerto, corresponsal ¡le legaba íntegra la finca de Juvisy para que en ella instalase su Observatorio!

Vi luego algunas veces más al maestro en aquel caserón semiiniciático de la rue Serpent, de París, denominado *Hôtel des Sociétés Savantes* (1), donde la *Astronómica de Francia*, por aquél creada, solía celebrar sus sesiones y conferencias. Pero donde á diario le vengo viendo, ¡oh, divino poder de la palabra escrita!, es en sus obras, que, sin exageración, puede decirse constituyen el canon científico-filosófico de las actuales generaciones, pese al lastre positivista de éstas. Las páginas de *Lumen*, *Narraciones del Infinito*, *Historia de un cometa*, etc., sólo puede escribirlas un Renán, un Hugo ó el cabalista inglés Bulwer-Lytton, con el que frecuentemente coincide en ideología. Su libro *Las estrellas y curiosidades del Cielo* es una pequeña enciclopedia astronómica, en las que aprender pueden muchas cosas los más talentados profesionales. Las páginas de los treinta ó más tomos del *Bulletin de la Astronomie de France*, llevadas por el maestro, tienen cuanto pueda desear el profano más exigente en punto á los más fundamentales problemas as-

(1) Flammarion amaba á España, donde contaba por millares los admiradores, y á ella vino en dos ocasiones, por lo menos. La una cuando el eclipse total de sol del 28 de Mayo de 1900, instalándose en Santa Pola y Elche; la otra para observar igualmente el eclipse, total también, del 30 de Agosto de 1905, en Almazán, junto á Soria, donde le vimos ya muy anciano, por vez postrera. Las diversas Sociedades astronómicas que funcionan en España están calcadas en el reglamento de la Sociedad madre creada por el Maestro, ó *Société d'Astronomie de France*, de tan brillante prosperidad algunas de ellas.



Flammarion con su esposa en el jardín de su casa

trónomicos. En cuanto á su *Astronomía popular*, es mejor que las de Arago y Delaunay, porque á más lleva en sí una emoción artística de la que las otras Astronomías carecen.

Pero la obra cumbre de Flammarión fué su primera obra, precisamente la que en 1862, siendo auxiliar del Observatorio de París, le abrió de par en par las puertas de la fama mundial: *La pluvialité des mondes habités, étude ou l'on expose les conditions d'habitabilité des terres célestes, discutées au point de vue de l'Astronomie, de la Physiologie et de la Philosophie naturelle*, obra calcada en esta frase de Lucrecio (*De Natura Rerum*, II, 1085):

*Necesse est confitère
Esse alios a iis Terrarum in partibus orbes
El varias Hominum gentes et saecula frarum.*

«Preciso es confesar que en el espacio existen otras tierras y otros hombres.» *Terramque et Solem, Lunam, mare, caeterum quae sunt non esse unica, sed numero magis innumerabili.*

Las páginas, en fin, de su *L'Inconnu* son un archivo de casos raros al par que frecuentísimos, que prueban hasta la saciedad la conocida frase de Hamlet acerca de lo infinito, que ignora nuestra pedante filosofía, porque Flammarión, gran desenmascarador de mediums espiritistas cuando, faltos éstos á veces de la facultad esporádica de producir fenómenos verdaderos, acuden, ni más ni menos que cuantos dependen de los públicos, á producirlos falsos, se movió siempre en el seno recóndito del más alto espiritismo, como el que revelan estas sublimes frases acerca de la muerte que copio de la *Revue Spirite* (Rue Saint-Jacques), y que hoy son las que mejor pueden ser recordadas á su muerte:

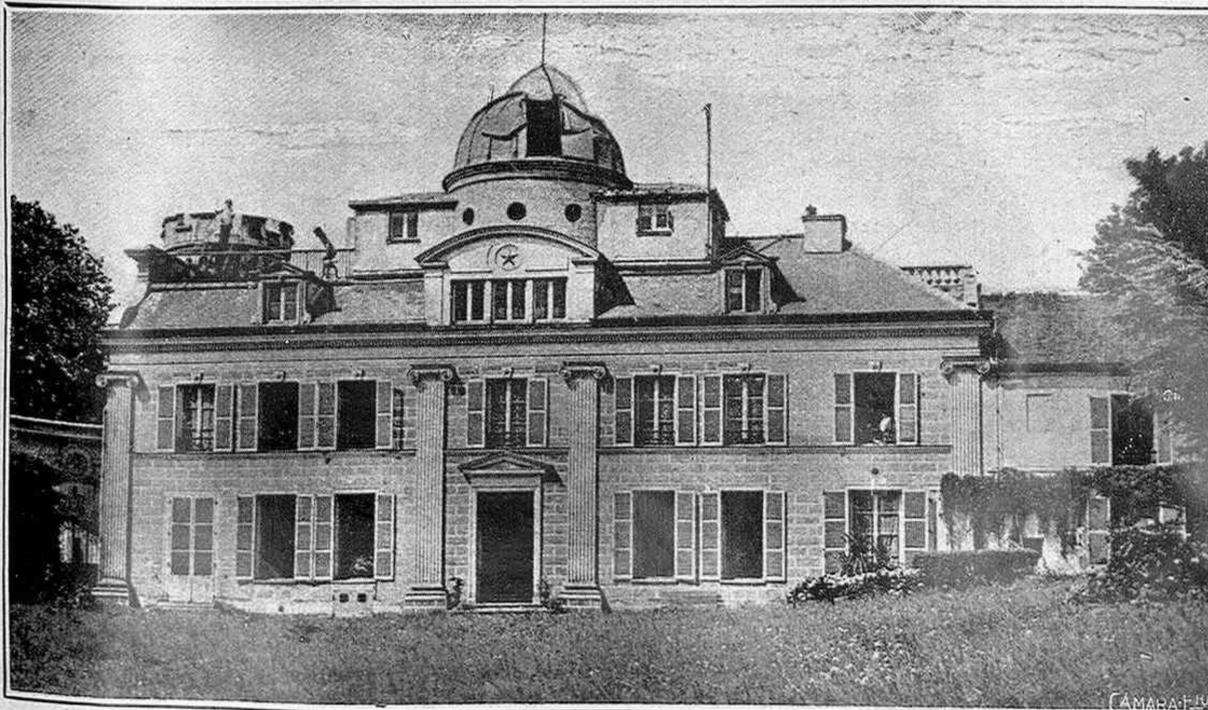
«Cada día me asombro más de las negaciones de aquellos que lo niegan todo, hasta los hechos más científicamente comprobados, demostradores de que la muerte no existe; que ella es una mera evolución; que el ser humano sobrevive á esta hora suprema; que no es, ni con mucho, la hora postrema. *Mors, janua vitae*; la muerte no es sino la puerta de la vida verdadera. El cuerpo no es sino un vestido orgánico del alma. El pasa, él cambia, él se disgrega; pero el espíritu permanece. La materia no es sino una apariencia, una ilusión para el cuerpo del hombre, como para todo lo demás. El Universo es un dinamismo. El alma es indestructible: la Fuerza Inteligente lo gobierna todo.»

El comentario único que cabe consagrar á estas sublimes frases del hombre sabio, sencillo, científico y poeta espiritualista, que hasta en la propia Luna tiene ya registrado á su nombre un cráter: el cráter de Flammarión, donde, por donosa coincidencia, el telescopio quiere como sorprender en sus inmediaciones una como asomo de vegetación y de vida, son estas frases de Plutarco en su obra *De Isis et Osiris*, que, para consuelo de la desdichada Humanidad, no nos cansaremos de repetir:

«Yerran grandemente los que confunden á la inteligencia (*Espíritu, ó nous*) con el alma (*psyché*); igualmente yerran los que confunden al alma ó *psiquis* con el cuerpo ó *soma*. De la unión del Espíritu con el alma nace la razón, y la pasión, de la unión del alma con el cuerpo. Ahora bien: de estos tres elementos, la Tierra ha dado el cuerpo; la Luna ha dado el alma y el Sol ha dado el espíritu, por donde el justo, aun en esta vida, es á la vez un habitante de la Tierra, de la Luna y del



Flammarión en su Observatorio



El Observatoris Flammarión en Juvisy

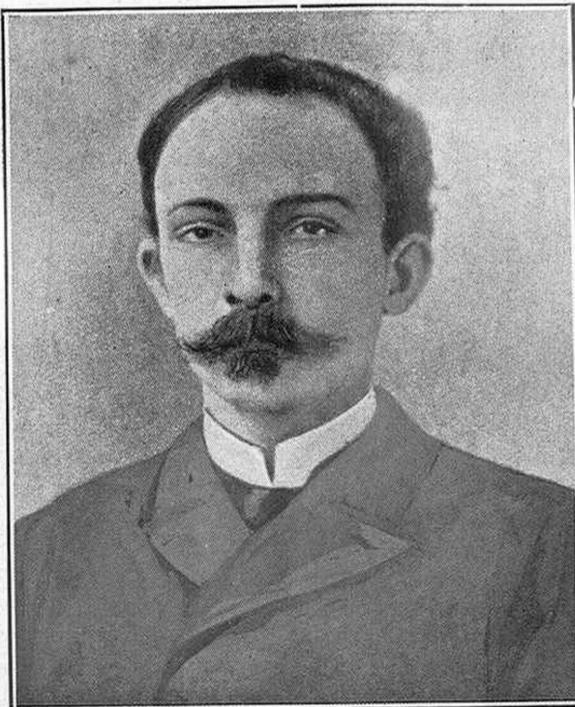
Sol. Cuando ocurre aquí abajo la primera muerte, ó muerte física, Hermes («el Señor-Hombre», ó el Espíritu), arranca violentamente el alma del cuerpo, y aquella pasa á la región de Parsifal ó Persefona (la región sublunar), donde se restaura y descansa de sus dolores pasionales y se limpia de las manchas de su contacto con la bestia corpórea. Después ocurre la segunda muerte, en la que el Espíritu se separa dulcemente del alma y, como peregrino que vuelve al viejo hogar después de larga ausencia, torna libre así el Espíritu á la región solar, de la que antaño saliese (campos elíseos, de Helios, ó del Sol, cielo de todas las religiones.)

Por eso, sin duda, la gran intuición de Goethe dijo al salir del entierro de su émulo Wieland que la pura alma de éste bien podía, emancipada ya de su cuerpo, dirigir hasta un astro; por eso Santo Tomás, Keplero y el mismo Kant se sentían inclinados á admitir que un ángel planetario regía á cada planeta; por eso, en fin, nosotros, los que en vida amamos y reverenciamos al astrónomo-poeta y nos hemos extasiado con sus celestes cantos en prosa científica, creemos firmemente que el alma apasionada de éste, al dejar sus carnales envolturas, ha volado triunfal hacia las excelsas regiones que él, como nuevo bardo de estos siglos positivistas y cretinos, piadoso al par que sabio, nos ha enseñado á amar y á esperar... ¡*Et lux perpetua luceat eis!*

DOCTOR ROSO DE LUNA

MARTÍ Y SU OBRA

Lira guerrera se intitula el tomo I de las *Obras completas* de José Martí, ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo, y que ha empezado a publicar la *Editorial Atlántida*, con el designio y propósito, por parte del editor como del ordenador, y más aún por la del último (uno de los escritos americanos más conocidos en España), de poner de relieve la figura y dar á conocer la labor de aquel admirable escritor cubano, que tanto brilló en la segunda mitad del siglo XIX. Sus trabajos, desperdigados en diarios y revistas, fueron recopilados, en volúmenes caóticos y de primer intento, por Quesada, uno de sus discípulos más queridos. Ghirardo viene ahora á poner orden en ese caos (sin perjuicio de responder al pensamiento y plan fundamentales del mismo Quesada), agrupando aquellos trabajos orgánicamente, para que la total producción de Martí no pierda en cohesión, consistencia, armonía y unidad. También pone á contribución los ensayos críticos del filósofo antillano Varona y de otros apologistas del gran apóstol de la revolución cubana. No hay muchas biografías propiamente dichas de Martí; pero sí estudios sobre su carácter como artista, sobre su representación en la historia literaria del siglo XIX, sobre todos ó parte de sus libros, etc. Y como es lógico que el que llega el último procure hacerlo mejor que sus antecesores, Ghirardo ha conseguido presentar el resumen más completo, sintético y original de todo lo concerniente á la vida de Martí, á su mentalidad, á su posición intelectual en la época en que escribió y al valor de su producción total de polígrafo. En tal sentido, la introducción de Ghirardo á la *Lira guerrera* de Martí no pertenece al número de las obras discutibles, sino al de las impuestas.



JOSÉ MARTÍ

Fué Martí, ante todo, un publicista y un literato, pues no merece llamarse así sino el escritor de talento multiforme, el sediento de ideas, el poeta y el orador, el crítico y el periodista. Por la estructura de su espíritu, por su elocuencia y por su retórica, era latino, en términos que la armazón interior de su inteligencia y de su cultura le coloca entre los clásicos: sólo es de su tiempo y de los románticos por su viva adhesión á toda empresa de rebeldía libertadora, por su energía y su rudeza, por su perpetua vibración mental, por su desbordada actividad creadora, por la forma á la vez exquisita y vigorosa en que está vaciado su ideario, por la fecundidad y variedad de su obra, por la riqueza un poco pesada de su imaginación, y por la intensidad de su colorido. Nada de hábiles insinuaciones; siempre las protas persistentes. Nada de pompas de estilo; siempre la lira haciendo oficios de lanza.

Martí fué también un hombre de acción, porque no es tal quien no armoniza la idea con el hecho, la teoría con la práctica, la razón con la justicia. Pro-

teiforme en sus escritos y tenaz en sus actos, irrefutable en sus peticiones é infatigable en sus luchas, Martí tenía á la vez vocación de autor serio y de libelista mordaz, de dialéctico nítido y de apóstol fanático, de polemista sutil y de político sagaz, de espíritu selecto y de mártir predestinado. Hombre que en presencia de lo que cree esclavitud y de lo que juzga libertad no se siente arrebatado por los impulsos del odio ó del amor, no es hombre, sino caricatura de hombre. Lo es, en cambio, el que en sus escritos y en sus actos deja escapar á chorros su corazón, el que convierte sus peticiones en cantos de guerra y sus luchas en combates de principios. Y esto era Martí, cuya existencia, bien ó mal orientada, fué un calvario, un drama de responsabilidades fieramente aceptadas, una serie de gloriosos padecimientos sufridos con entusiasmo de profeta y que tuvieron por desenlace trágico la muerte sobre el campo de batalla, con las armas en la mano, en pleno éxtasis de haber cumplido con un deber de redención patriótica.

La poesía de Martí es á la vez técnica é idealizante. En ella campea la difícil facilidad de la forma sencilla y la ardua espontaneidad de la lírica

compleja. El verso adquiere en las composiciones de Martí gran ductilidad constructiva, por un sabio engarce de rimas y una hábil combinación de palabras y períodos. Desde este aspecto, Martí es un precursor de los parnasianos. Como ellos, versifica con pulimento y orfebrería; como ellos, aspira á la expresión más concisa, más exacta, más geométrica; como ellos, en fin, sacrifica lo rítmico á lo plástico. Mas no se detiene ahí, por fortuna; su temperamento fogoso se lo impide. Quiere crear valores poéticos, quiere dar alma y vida á sus estrofas. Basta consultar su *Lira guerrera* para convencerse de ello, sin que quede resquicio á duda, y aún se verá mejor y se comprobará este carácter en su *Lira íntima*, que formará el tomo II de sus *Obras completas*. Decía Cánovas del Castillo que «la poesía, aunque otra cosa crean los profanos, es arte que debe cultivarse formal y casi exclusivamente, si ha de dar sazonado fruto»; y no ha mucho que el doctor Cortezo, en divergencia con el malogrado político, afirmaba precisamente lo contrario; en lo cual le doy la razón en absoluto. No concibo al poeta artesano, que es lo que en último término vendría á ser el hombre que se dedicase de un modo exclusivo al arte de hacer versos, arte para el que sólo se necesita cierta ingénita y vaga disposición, cierto oído y la disciplina que suponen todos los menesteres y oficios, por bajos que sean. Artista le quiero, que no artesano, y al artista lo que le distingue es la inspiración, que no es cosa que de continuo, cronométrica y metódicamente, se obtenga. Bueno le es al poeta conocer todos los recursos de escena; pero esta aptitud ha de ir acompañada y complementada por la inspiración, que acude las más veces sin ser llamada, é incita y mueve inesperadamente, cuando los momentos de pasión, de dolor ó de júbilo la favorecen... Manejar á la perfección el armónico teclado del verso es prueba de disposición, innata ó adquirida, que dura lo que la existencia del vate; pero la inspiración ocurre y sobreviene á menudo en épocas de la vida alejadas entre sí por años, quizá por lustros, y no puede constituir una ocupación permanente, un empleo profesional ó un adiestramiento en una enseñanza regular y obediente á una didáctica disciplinada.

Cantor fué Martí, pero cantor de la libertad y el amor; cantor político y cantor tribunicio, como casi todos los poetas de su tiempo, grandes sugestionadores de multitudes. En primera fila combatió Martí, destinado á la lucha y á la grandeza por su naturaleza personal y por las costumbres ambientes, capaz de manifestar en alto relieve la lógica, el estilo y el espíritu del siglo. Y esta su condición, si le llevó á exageraciones disculpables, le convirtió también en hombre representativo de su raza y escritor insuperable de su época.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

ESTAMPAS

Es de un día de primavera
la hora del postrer suspiro,
en que un rayo de luz brilla
como sonrisa postrera
dibujada en el zafiro
de los cielos de Castilla.

Canta en la parda llanura
de la tierra silenciosa
un pastor...

Habla luego la dulzura
de su gaita melodiosa
de un amor...

Llora la gaita pasiones
apacibles y tranquilas
como alma que anhela amar...
Y acompañan, con sus sonos,
del rebaño las esquifas
y el monótono balar...

Allá, en el confín lejano,

sobre pardusco altozano
se alza la aldea castellana:
casucas, por las que asoma
la iglesia su torre roma,
donde gime una campana.

Por un estrecho sendero,
cual blanca cinta tendida
en la esmeralda de un prado,
antes lento que ligero,
pasa un cura...,

que sumida
lleva el alma en la lectura
de cierto libro sagrado.

De una vega en la hondonada
una moza arrodillada
á la orilla de un riachuelo
lava en sus aguas tranquilas,
que reflejan con el cielo
el cielo de unas pupilas.

Marcha de la aldea camino
un carro, al paso cansino
de dos bueyes con cencerros,
del boyero precedido
y seguido
de dos perros...

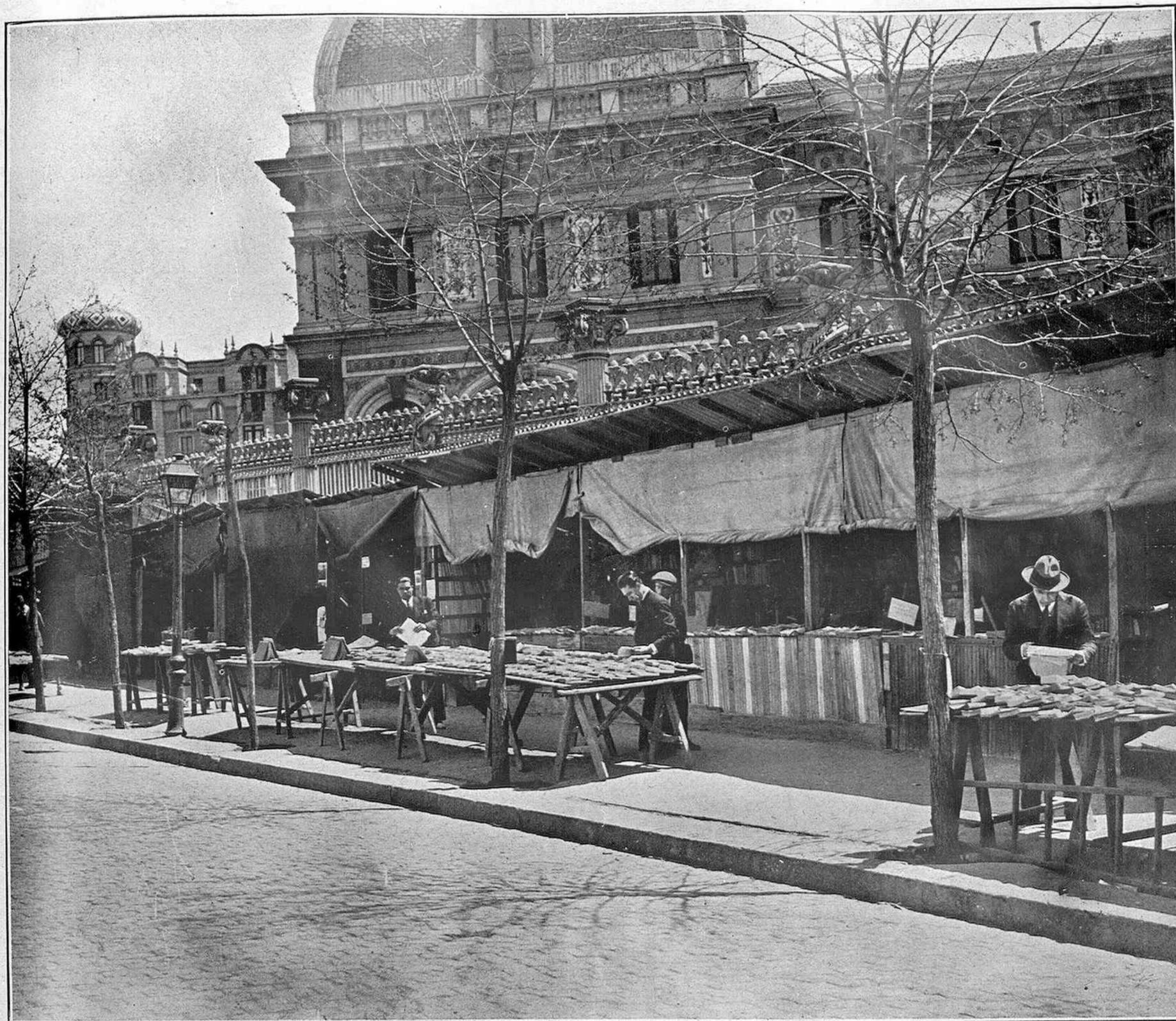
De un gallo se oye el pregón,
se oye el croar de una rana
y el gemir de una campana
anunciando una oración...

.....
Primavera.

Da el día su postrer suspiro
y un rayo de luz aún brilla
como sonrisa postrera
dibujada en el zafiro
de los cielos de Castilla.

Lope HERNÁNDEZ

B I B L I O F I L I A



Uno de los puestos de libros viejos de la Feria permanente del Botánico

FOT. DIAZ CASARIEGO

Los libreros de viejo cuentan al fin con un albergue decoroso para el ejercicio de su curiosa industria. Al cabo de una serie de esfuerzos numerosos por demás plausibles, en los cuales predominaron la solidaridad y la buena voluntad colectiva, el Ayuntamiento les procuró lugar adecuado, aseado y uniforme, sin detrimento del ornato público.

Este aplastante argumento del ornato público fué el más temible con que los libreros tuvieron que luchar para el logro de sus designios; pero hay que advertir que siempre fué alegado por los enemigos del libro y de la cultura pública, ó por mezquinas causas inalegables.

Bajo los aspectos climatológico y atmosférico, la calle de Claudio Moyano, donde las casetas se construyeron adosadas al muro del Jardín Botánico, el sitio deja bastante que desear, á causa de las naturales inclemencias de los elementos en Madrid. Pero el librero de viejo es hombre de recia contextura, capaz de soportar las temperaturas más opuestas y encontradas.

El comercio madrileño de libros viejos ha evolucionado, como todas las manifestaciones del cambio y del intercambio universales, y la transforma-

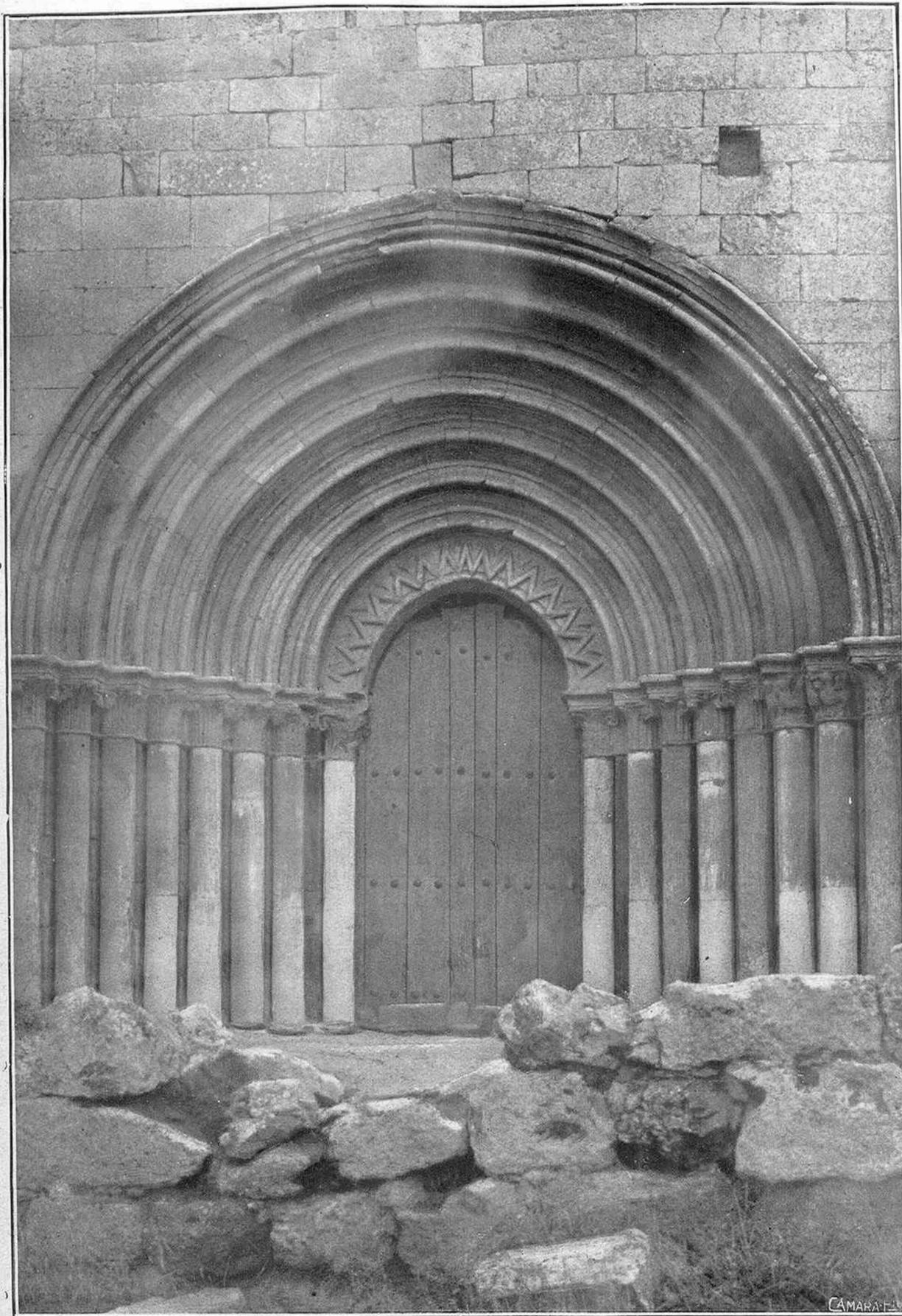
ción que experimentó fué de angustias y dificultades. Falta ahora la primera materia, que consiste en la ausencia, á veces total, de obras interesantes que ofrecer al público. Varias causas han contribuido poderosamente á situación tan lamentable. La primera de todas fué el incalculable número de toneladas de papel impreso que pasaron del poder de sus poseedores á las fábricas de papel, para convertirse en pasta vil, cuando la guerra europea imposibilitaba la importación de materias para la fabricación. La guerra, desde este aspecto, fué una verdadera calamidad nacional. Numerosos libros, antes frecuentes, desaparecieron para siempre; y cuando, por verdadera casualidad, con alguno se tropieza, alcanza precios exorbitantes. Otra de las causas de que los libros estimables no lleguen á manos de los libreros ni del público, radica en la extremada codicia de quienes los poseen y desean enajenarlos, ignorando su valor real. Se piden miles de pesetas con la mayor frescura por lo que en cabal justicia vale sólo algunos centenares. Tan atrevidas tasaciones, fruto de la más crasa ignorancia, suelen derivar de noticias interpretadas sin discernimiento, que la Prensa suele publicar cuando en el Extranjero se vende alguna biblioteca fa-

mosa. La cultura de los libreros en el ejercicio de su industria ha ido acrecentándose con el tiempo. Los aficionados más asiduos encuentran ya muy pocas gangas en los puestos. Lo malo es que de poco les puede servir á aquéllos el saber, cuando no encuentran á mano libros sobre qué aplicarlo y ejercitarlo. «Esas obras no se ven ya más que pintadas», decía un librero madrileño á uno de sus clientes que le pedía un libro raro americano.

Por desgracia, el número de volúmenes que sólo así pueden contemplarse va en aumento de día en día. Pero como en la vida todo tiende totalmente á la continuidad y al estado armónico, y las cosas de este mundo, al transformarse y evolucionar, se estabilizan, el comercio de libros viejos está asegurado: después de buscarse las ediciones originales se buscarán las segundas, y luego, cuando éstas ya no existan, irán codiciándose las terceras, y así sucesivamente.

La moda, además, influye poderosamente en el amor al libro; y lo que antes se tiraba por inútil y de puro menosprecio, llega con el tiempo á codiciarse como un tesoro escondido de los más preciados,

C. R. SALAMERO

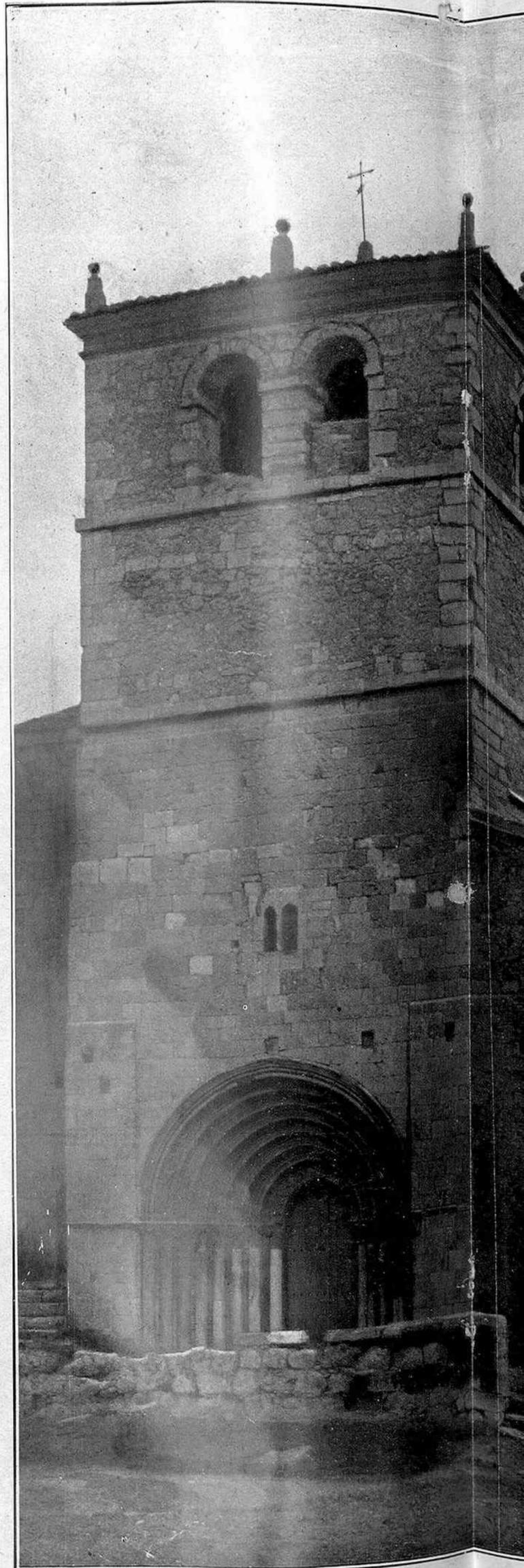


Pórtico románico de la iglesia parroquia / de Zorita del Páramo

PALENCIA, Tierra de Campos, llanuras doradas en el estío por un sol de fuego, ateridas en el invierno por la inclemencia del cierzo y del frío... Ríos mansos, sombreados en sus orillas por los álamos; montículos suaves, pelados, con ermitas y cruceros; llanos pardos, amarillos, violetas... Amaneceres diáfanos, con limpio son de campanitas, y crepúsculos lentos, llenos de esa honda tristeza de los atardeceres en Castilla...

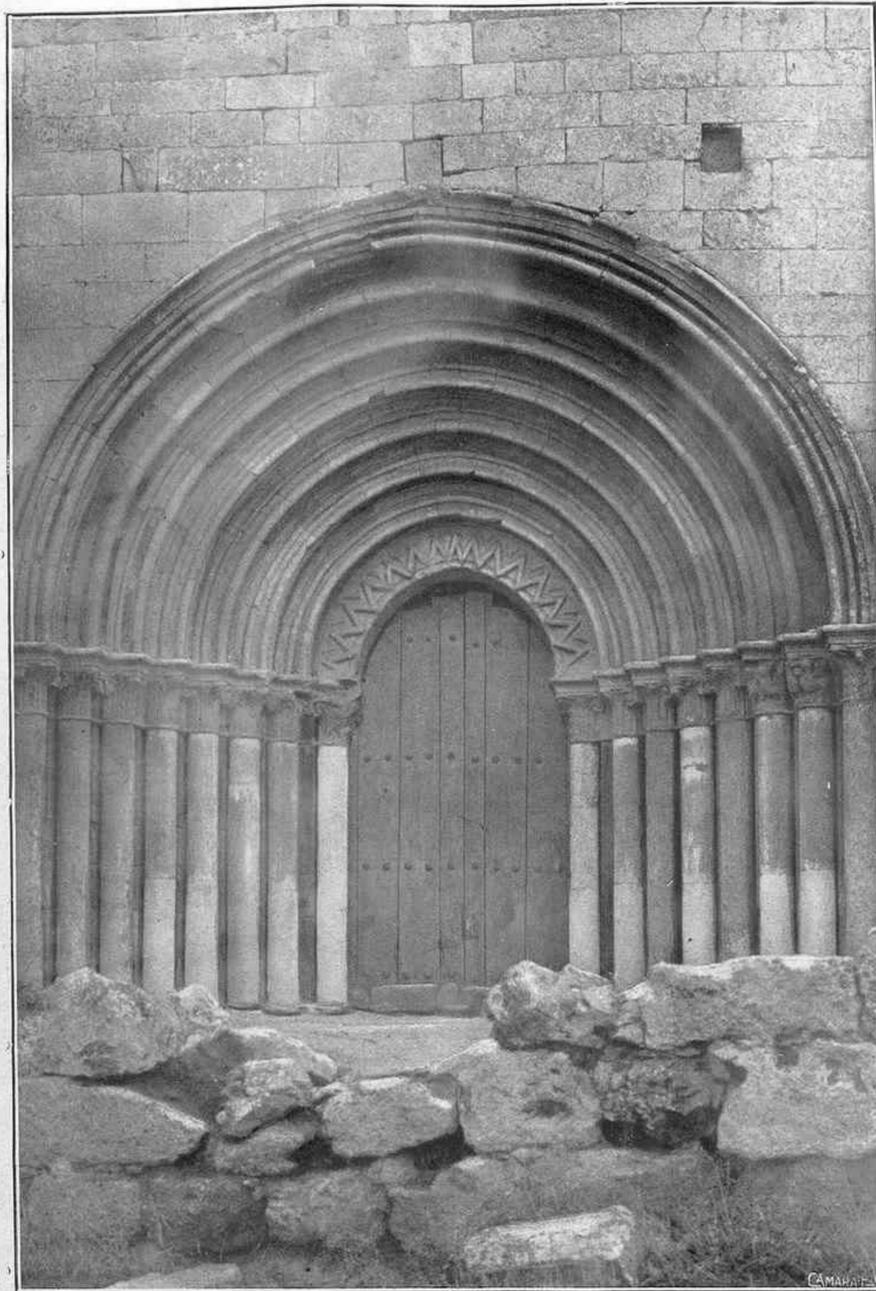
Palencia, como toda Castilla, ha sido siempre un admirable tema de emoción y de arte. Las sombras históricas de ayer, las gestas gloriosas que labraron el nombre de Castilla, reviven, parecen florecer en fantasmas de melancolía sobre estas tierras de hoy, ateridas, llanas, llenas de evocaciones y de recuerdos...

La Tierra de Campos ha inspirado una admirable novela, escrita por aquel ingenio que se llamó Macías Picavea. «La Tierra de Campos» es una narración en que los tipos, el ambiente, la trama y el suelo están descritos con trazo magistral. La sobriedad y la hondura están fuertemente unidas en aquella novela.



Torre y pórtico de la iglesia parroquia d

EL ARTE VIEJO EN LA PROVINCIA DE PALENCIA



Pórtico románico de la iglesia parroquia / de Zorita del Páramo

PALENCIA, Tierra de Campos, llanuras doradas en el estío por un sol de fuego, ateridas en el invierno por la inclemencia del cierzo y del frío... Ríos mansos, sombreados en sus orillas por los álamos; montículos suaves, pelados, con ermitas y cruceros; llanos pardos, amarillos, violetas... Amanecerás diáfanos, con limpio son de campanitas, y crepúsculos lentos, llenos de esa honda tristeza de los atardeceres en Castilla...

Palencia, como toda Castilla, ha sido siempre un admirable tema de emoción y de arte. Las sombras históricas de ayer, las gestas gloriosas que labraron el nombre de Castilla, reviven, parecen florecer en fantasmas de melancolía sobre estas tierras de hoy, ateridas, llanas, llenas de evocaciones y de recuerdos...

La Tierra de Campos ha inspirado una admirable novela, escrita por aquel ingenio que se llamó Macías Picavea. «La Tierra de Campos» es una narración en que los tipos, el ambiente, la trama y el suelo están descritos con trazo magistral. La sobriedad y la hondura están fuertemente unidas en aquella novela.



Torre y pórtico de la iglesia parroquia de Zorita del Páramo



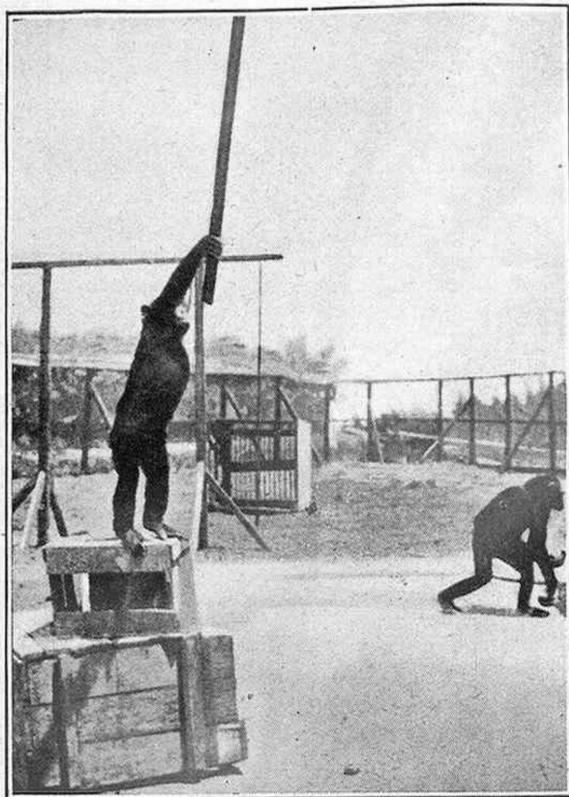
Pórtico lateral de la iglesia parroquia de Zorita del Páramo, con rica ornamentación plateresca

Toda Castilla, la del Romancero, la de las gestas, la de las glorias pasadas, está en estas tierras llanas de ahora. Las batallas, los héroes, las aventuras de la tierra caballeresca, se alzan, como un melancólico cortejo, de las viejas fortalezas de hoy, de las llanuras tristes, de los suaves cerros...

Reliquia de historia, Castilla ofrece, junto á esta riqueza de evocaciones caballerescas, el tesoro incomparable de su arte. Catedrales, castillos, palacios, murallas, templos, forman el haz del arte castellano, lleno de esplendor en todo momento. Lo románico, lo gótico, lo renacentista, lo plateresco, han dejado sobre la tierra castellana sus mejores huellas.

La tierra palentina guarda numerosos y bellos ejemplos de arte románico. Es un arte sobrio, fuerte, vigoroso, de trazo seguro, de columnas sólidas, de arco rotundo. Entre los templos palentinos que ofrecen un interés para todo amante de arte, figura el que reproducimos hoy en nuestra doble página: la iglesia parroquia de Zorita del Páramo, el pueblecito que tiene un sabor castellano tan típico.

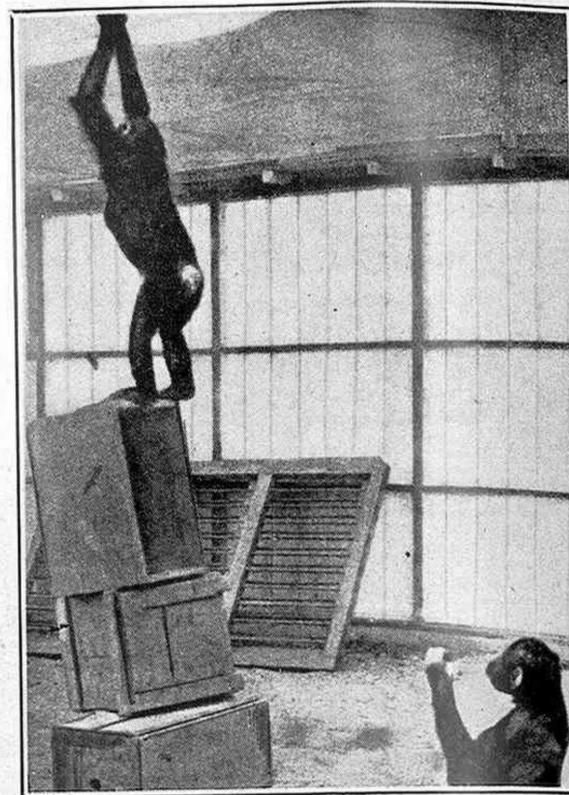
"JUAN DANIEL II" Y SUS COMPAÑEROS "SULTÁN", "CHICA" Y "RANA"



La mona "Chica", de la "Estación Antropoidea" de Tenerife, tratando de alcanzar con un palo la fruta situada fuera de su alcance



Uno de los chimpancés más inteligentes de la Estación alemana en Tenerife colocando cajas de madera para alcanzar el premio de su esfuerzo



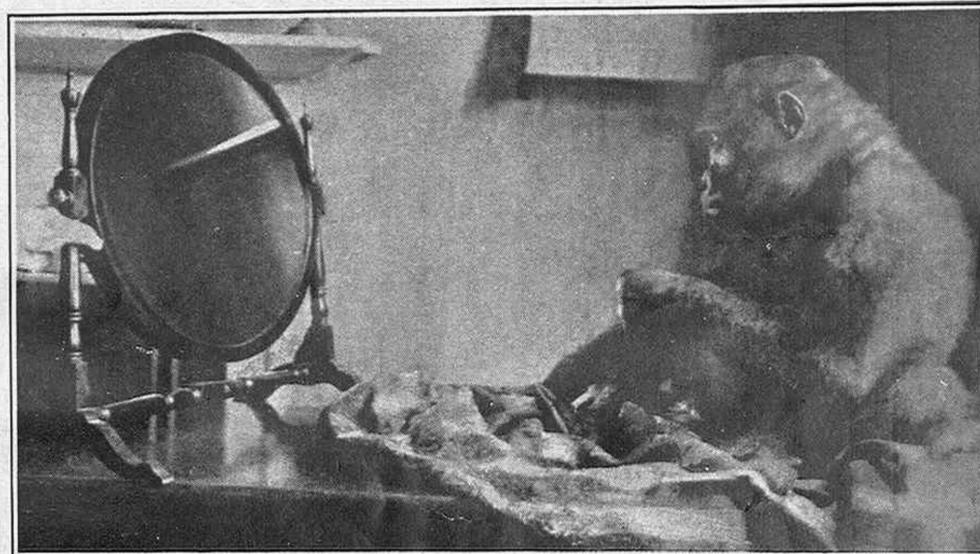
El mono "Sultán" alcanzando un plátano colocado en alto, mientras su compañera "Chica" estimula con chillidos la maniobra

La principal curiosidad popular de Londres, desde hace unos meses, es *John Daniel II*. De él se habla en todos los comités de *nurses* y de señoritas de compañía, bajo las frondas de *Hyde Park*, en los pasillos de los teatros, en los bares y en los campos de deporte. Es el héroe del día. Pero no se crea que este *John Daniel II* es uno de los numerosos reyezuelos negros, protegidos de Albión, que visitan de vez en cuando la metrópoli en viaje de instrucción ó de placer.

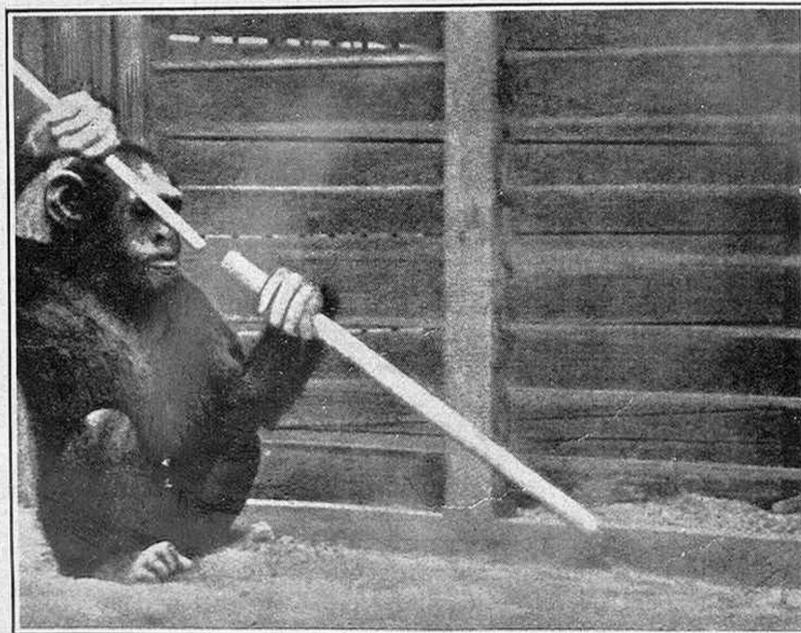
Se trata simplemente de un mono, segundo representante de una distinguida familia de gorilas del Gabón, al que su propietaria, cierta excéntrica dama londinense, miss Alice Cunningham, lleva todas las tardes al Jardín Zoológico para que juegue con los niños y olvide durante unas horas las tristezas del cautiverio.

Ahora bien: si *John Daniel* no hiciera más que dar volteretas y solazarse con unos cuantos angelotes rubios que le atiborran de golosinas, aun siendo ello bastante para solicitar la curiosidad de los concurrentes al Zoo, no justificaría en ningún modo la enorme sensación causada entre el buen *man in the street* londinense. Lo que hace el caso interesante en extremo es que *John Daniel II* realiza, es claro que adiestrado por su dueña, una serie de habilidades á cual más sorprendentes, entre ellas beber leche en botella ó en vaso, sentarse á una mesa en actitudes completamente humanas, ponerse y quitarse prendas de ropa, armar una silla extensible, leer (!) periódicos y hacer con un cesto de mimbreras graciosas payasadas que la chiquillería celebra riendo y palmoreando entre los comentarios de los grandes, no faltando á veces en el público algún darwinista de luengas barbas y grandes espejuelos que diserta ante la concurrencia sobre las teorías evolucionistas.

A la verdad, nada de esto que lleva á cabo cotidianamente en el Zoo londinense *John Daniel II*, siquiera sea ex-



El gorila "Juan Daniel II", que exhibe sus habilidades "casi humanas" en el Parque Zoológico de Londres, haciéndose la "toilette" ante un espejo



El chimpancé "Sultán" ingeniándose para alargar un palo con el que se propone alcanzar una fruta colocada en el techo de su jaula

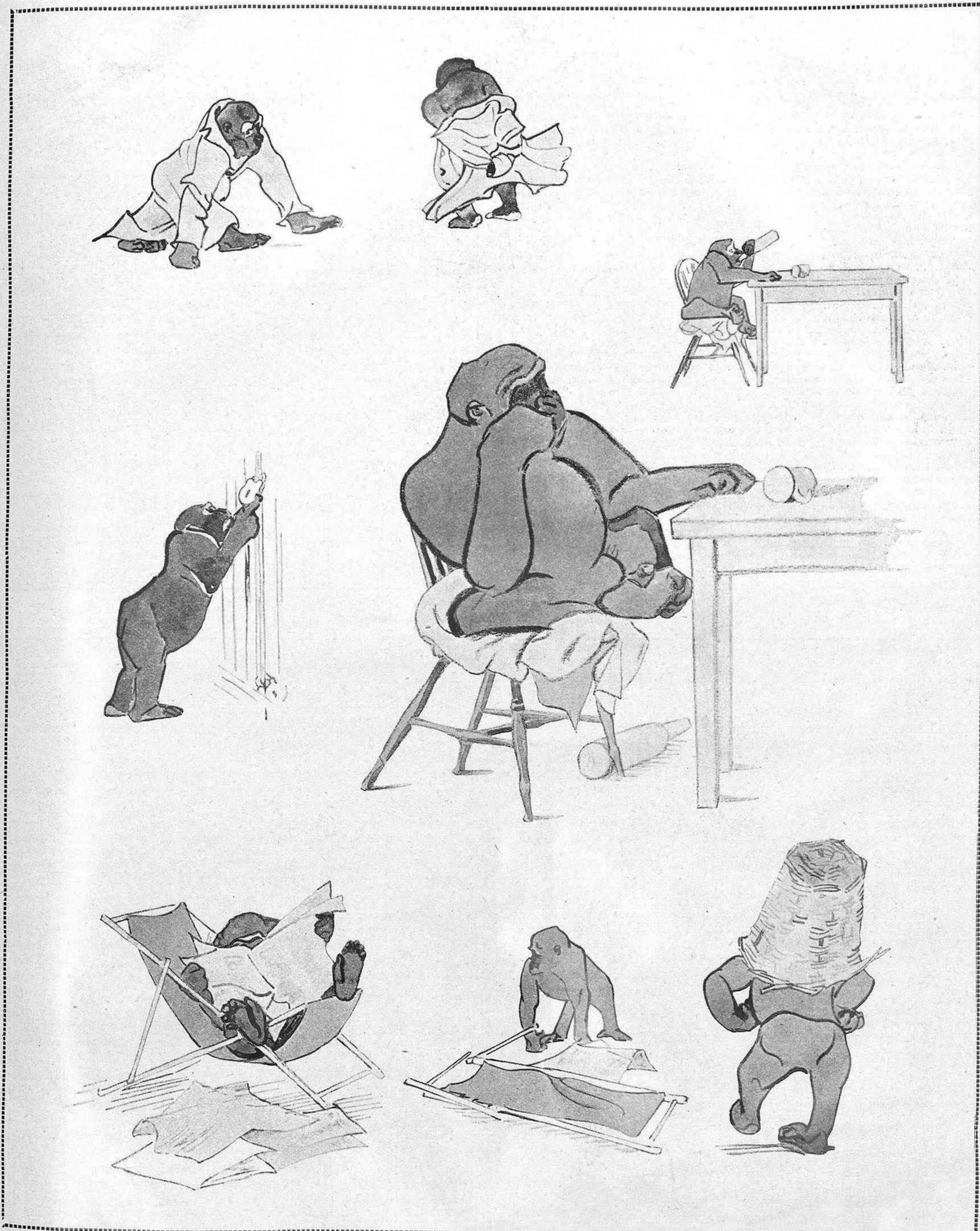
traordinario, puede servir de argumento en pro del parentesco del hombre con el mono.

Ninguno de los actos ejecutados por dicho gorila son reflexivos, sino puramente mecánicos, de simple imitación, siendo más de admirar la paciencia de la domesticadora que la inteligencia del animal adiestrado.

No obstante, es indudable que ciertas especies superiores de simios, como los chimpancés y gorilas, por ejemplo, poseen, si no precisamente la facultad de razonar, un instinto maravilloso determinante de actos que parecen deliberados, á juzgar por sus efectos.

A este propósito viene realizando un eminente naturalista alemán, Herr W. Köhler, director de la «Estación Antropoidea», que sostiene en Tenerife la *Academia Prusiana de Ciencias*, notabilísimos experimentos con varios ejemplares de chimpancés recogidos en dicha institución.

Esos simios, seleccionados entre los más inteligentes y sin que ninguno de ellos haya sido sometido á adiestramiento alguno, ejecutan actos, sin duda instintivos, que se aproximan mucho á los que pudiera realizar una persona de mentalidad rudimentaria, como la de un niño ó de un salvaje, y acerca de los cuales ilustran suficientemente las adjuntas fotografías. Las observaciones hechas durante su estancia en Tenerife por el citado profesor alemán aparecen condensadas en el interesante libro *La mentalidad de los monos*, que acaba de publicarse, y del cual tomamos las fotografías que acompañan. Los dibujos relativos á *John Daniel II*, la actual *great attraction* del Jardín Zoológico de Londres, fueron trazados recientemente por el famoso dibujante J. Shepherd, que viene publicando con gran éxito en *The Illustrated London News* la historieta *Blinx and Bunda*, regocijantes aventuras de un gato y un mono en el Zoo londinense, que han sido uno de los grandes éxitos de la caricatura inglesa,



Las diversas habilidades del gorila "Juan Daniel II", que se exhibe en el Parque Zoológico de Londres: Paseando con el gabán; quitándose el abrigo; bebiendo en un vaso; tomando su ración de leche, en botella; preocupadísimo ante el misterio, para él inexplicable, de un candado; reflexionando sobre las pequeñeces humanas; informándose del movimiento político; sorprendido ante una avería; haciendo el "clown" para divertir á los niños

EMOCIONES DE PARÍS LA PLAZA DE LOS VOSGOS

CERCA de la Bastilla, en pleno viejo barrio del Marais, se conserva con todo su carácter uno de los sitios más típicos del París histórico: la plaza de los Vosgos, llamada antaño plaza Real, punto de reunión de la nobleza bajo Luis XIV. Fué allí donde, un siglo atrás, se celebró el torneo que costara la vida á Enrique II y allí tuvo efecto también el duelo célebre de tres *mignons* de Enrique III contra otros tantos partidarios del duque de Guisa.

Rodeada de soportales al cobijo de homogéneas casas construídas por Enrique IV, dan acceso á ella unos arcos anacrónicos hoy, y en su centro se yergue una estatua ecuestre de Luis XIII que substituye la elevada al mismo Rey por Richelieu y demolida el año 1792. En uno de sus vetustos palacios nació *madame* de Sévigné, habitó el número 9 la trágica Rachel, y Víctor Hugo ocupó el inmueble que ahora alberga su museo.

Según véis, la plaza de los Vosgos está poblada de recuerdos inefables, casi sólo de recuerdos, pues actualmente se extiende silenciosa y desierta, vasta cual nunca en su quietud de rincón abolido. A veces, durante los días claros, matizan el verdor de su jardín los correteos de escasos niños ó unos coros de virginales voces suben por el espacio entre sus árboles, cantando la ausencia de Malborough... El sol, cuando hace sol, la baña en ese tibio abrazo con que acaricia á los ancianos, y se diría que el viento, al conmovier sus frondas, susurra ecos remotos. A esto ha quedado reducido el paraje que un día se revistió de importancia magna.

La plaza de los Vosgos posee una exquisita atmósfera que no todos aprecian. Es un alto en el ajetreo cotidiano, un miembro entumecido de la urbe. Para el filósofo, acaso constituya un ejemplo palpable de la efímera gloria humana. El barrio en que se asienta, antes aristocrático, plebeyo y pobre al presente, no puede formar idea de lo que supuso, y ella propia ha trocado su pretérita animación de corte espléndida por una paz de capital humilde. Se la desdeña ó se la ignora hasta el extremo de que apenas algún turista extraviado se detiene un minuto á contemplar su aspecto pintoresco sin advertir su aspecto emocionante.

Al transeunte soñador brinda la calma augusta del lugar un encanto único; pero los transeuntes soñadores van siendo muy pocos... Sentarse para leer un libro amigo sobre uno de los bancos que la guardan equivale á reirse del espacio y del tiempo ó á sumirse en meditaciones harto profundas. Por su recinto evocador han pasado sociedades tan distintas, que compendia ya un mundo su vacío angustioso y dulce, amable y funera!

Esta plaza olvidada en medio de París sugiere la figuración de un retrato relegado dentro de una casa espaciosa, un retrato en el que no repara nadie y que otrora representó al jefe de la familia, al patriarca por cuya virtud hubo de ilustrarse el apellido...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

Paris, 1925.



Una casa de la plaza de los Vosgos



Perspectiva de arcos formando galería en la plaza de los Vosgos



EN los jardines públicos hay muchas viejecitas sentadas en los bancos. Llevan mantos luegos que ocultan las injurias del tiempo, tan poco galante, y las más coquetas, capotas inverosímiles y manteletas pardas de abalorios.

En la tarde de Abril cantan las niñas:

Pendientes de mis orejas,
anillitos de mis dedos;
lo que más sentía yo
era mi mata de pelo.

Las viejecitas sonríen al recuerdo. La antigua canción, con nueva emoción, canta en los labios frescos. Y las sombras que están sentadas en los bancos recuerdan...

Era ayer. Estas niñas que juegan tienen un extraño parecido con sus amiguitas de entonces. Acaso sean las hijas; pero no; por lo menos, tienen que ser las nietas. El jardín está lo mismo que antaño; las flores huelen igual; el cielo es igualmente azul y dorado, y por un milagro de la primavera su corazón parece que es el mismo. ¿Qué es lo que

ha cambiado entonces? Afortunadamente, no tienen un espejo cerca de ellas.

Como en una película, pasa su vida toda por el telón de su memoria. ¡Cuarenta, cincuenta años tal vez han caído en el pozo sin fondo del Tiempo! Y un gesto doloroso de estupor se plasma en su semblante arrugado.

La más pulcra, la que siempre se sienta en el mismo banco y tiene para todos los niños una sonrisa afectuosa, con su capotita azul y su manteleta bordada de azabache, parece un amable dibujo de una época lejana. ¡Qué gran montón de recuerdos, con un acervo de hojas otoñales, pesa en su pensamiento!

El pasado ha consumido toda la hilaza de su vida; apenas tiene presente, y no quiere pensar en lo futuro, que es el lapso más grande, porque su mirada tendría que asomarse al hueco negro de la muerte. La viejecita de la manteleta teme morir, porque entonces ya no podrá recordar cuándo era niña.

Los cantos de los niños; los cochecitos infantiles

que dan la vuelta á la plaza de Oriente con su alegre son de campanillas, y su viejecita que parece un hada. Nada ha cambiado. «¡Dios mío! ¿Qué escultor humorista es el que ha puesto sobre mi fresca belleza de entonces esta grotesca mascarilla llena de arrugas y de pingajos de carne que es mi semblante de ahora?» La vieja no comprende cómo ha envejecido, porque el Tiempo anda de puntillas, como un ladrón, para que no nos enteremos de que nos está robando la vida.

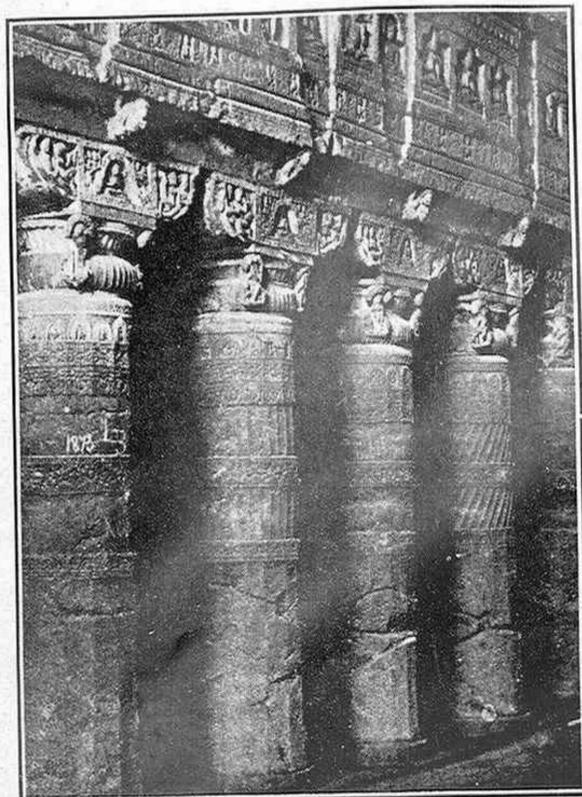
Ya, al anochecido, la viejecita se vuelve á su casa. Las luces de los hogares se encienden, y el crepúsculo tiende una gasa azul, con disco de plata, sobre los jardines. El ruiseñor comienza á cantar. A ella se le rompe en llanto el corazón al oír la voz del pájaro poeta que en la noche vecina parecerá el cuervo de Poe que dice: *Nunca más, nunca más*, el terrible estribillo de las almas que pronto caerán en la nada.

EMILIO CARRERE

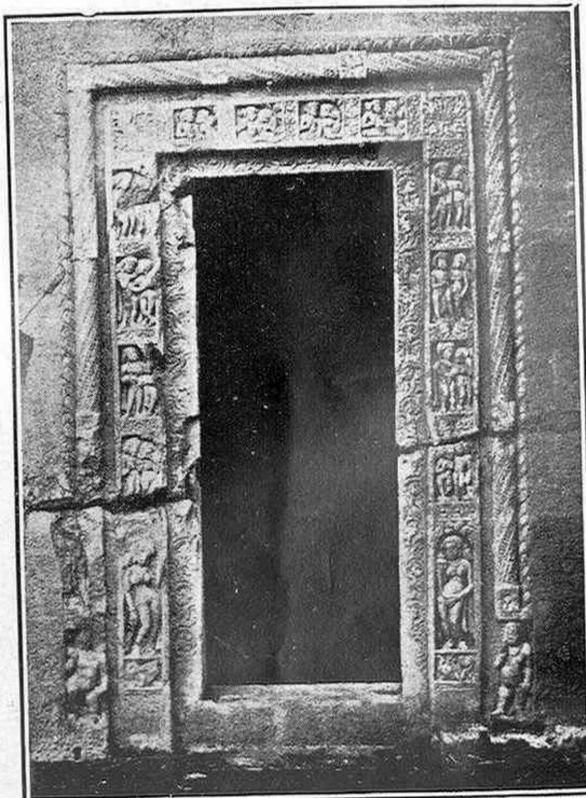
DIBUJO DE TEJADA



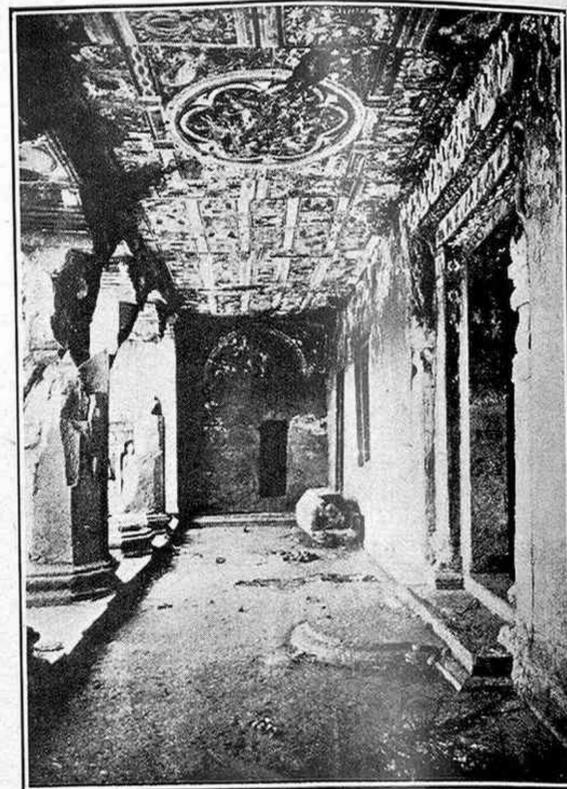
POR TIERRAS DE ORIENTE LOS ADMIRABLES TEMPLOS BUDISTAS DE AJANTA



Pórtico del templo núm. 9, labrado en el siglo IV de la Era Cristiana



Puerta del templo núm. 26, labrada en el siglo VI de la Era Cristiana



Santuario ó "chaitya" con la sagrada "stupa", construido en el siglo II antes de Jesucristo

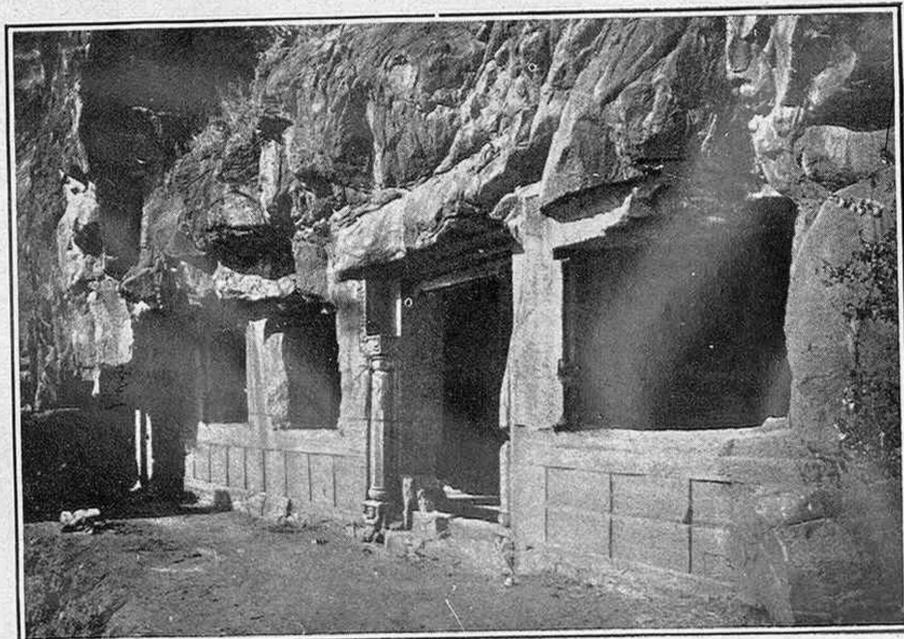
De las muchas maravillas artísticas que atesora la India inglesa, acaso la más sorprendente y poco conocida es la serie de templos excavados en la roca que, como joya inestimable legada por generaciones remotas, ocultan las montañas de Ajanta, en el distrito de Nisam de Haidarabad.

Estos templos, veintinueve en número, fueron labrados á través de un período de cerca de nueve siglos, desde el año 272 antes de J. en que reinaba el Emperador Asoka, hasta el 700 de nuestra Era. Consagrados á Buda, colaboraron en la obra arquitectónica y en las de escultura y pintura millares de operarios y artistas llegados de todas las provincias del vasto Imperio y elegidos entre los de mayor fama. Los más poderosos magnates, como

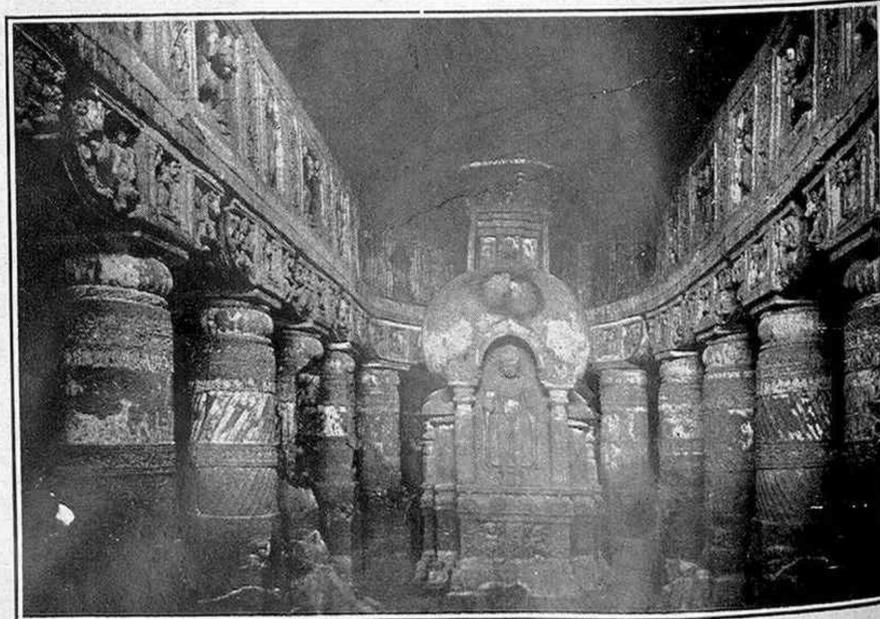


Pintura al temple representando á un rey, una reina y varias princesas, ejecutada dos ó tres siglos antes de la Era Cristiana

los soberanos y príncipes afiliados al budismo, contribuyeron con espléndidas donaciones no sólo al enriquecimiento decorativo de los santuarios, sino á sostener y ampliar la Universidad monástica anexa á los mismos y que subsistió con el culto budista hasta su expulsión de la India en la última de las centurias referidas. Olvidados durante las siguientes y sirviendo de refugio á las fieras de la *jungle*, á las gentes nómadas ó á las tribus rebeldes, lo que supone un número incalculable de destrozos realizados en los sagrados lugares, hubieron de ser explorados en 1819 por un oficial del ejército británico, gran cazador de tigres, quien persiguiendo á una fiera herida penetró en las prodigiosas cuevas. Divulgado el precioso hallazgo, y aunque el acceso al lugar



Una celda ó "bihara" del Monasterio budista de Ajanta, labrada entre los siglos V y VI de nuestra Era



Nave central del templo núm. 19 con su magnífica "stupa", en la que aparece tallada la imagen de Buda (siglo VI de nuestra Era)

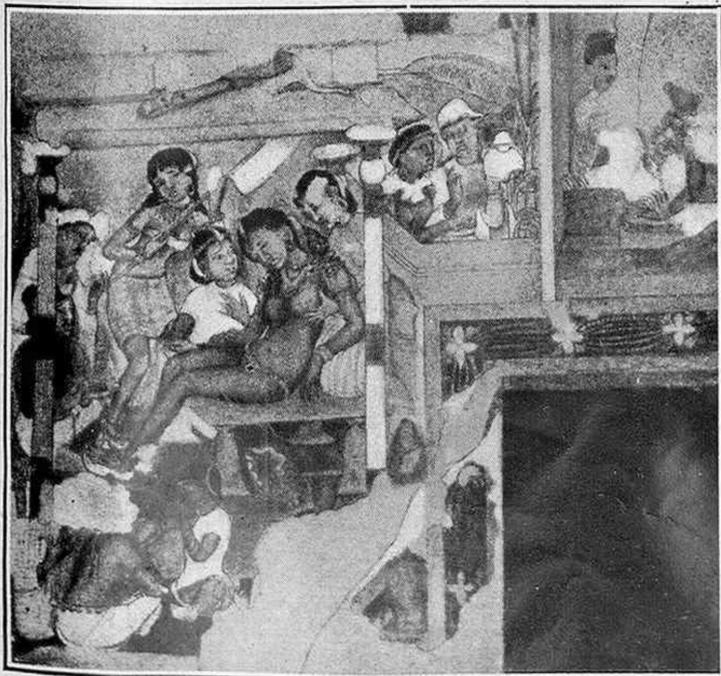
donde fueron excavados los templos es difícil, costoso y no exento de peligros, no siendo los menores el cólera y la peste bubónica, terribles enfermedades endémicas en la región, afluyen á dichos santuarios anualmente numerosísimos turistas ávidos de contemplar sus innumerables bellezas.

Entre esos selectos peregrinos de arte figuró no hace mucho un notable escritor y dibujante angloindio, Mr. Mukul Chandra Dey, que, á costa de infinitas penalidades y poniendo en su trabajo de investigación una cantidad de paciencia increíble, ha logrado reconstituir y copiar fidelísimamente no pocas de las pinturas al temple, algunas de ellas tres siglos anteriores á la Era Cristiana, que decoran los muros sagrados, y de las que reproducimos dos de las principales. Porque la casi totalidad de esas pinturas estaban casi cubiertas por el hollín de las hogueras encendidas en el interior de los santuarios al paso de las tribus nómadas, y por los detritus orgánicos de millones de murciélagos, buhos y otras aves nocturnas, cuando no lamentablemente resquebrajadas por la humedad ó por los barnices protectores con que la mal entendida conservación artística de las autoridades inglesas intentó en diferentes épocas proteger el inapreciable tesoro.

La perfección y belleza de las pinturas y esculturas de Ajanta es de tal monta que los naturales del país atribuyen á unas y otras origen sobrenatural. Cuenta la leyenda que sintiendo los dioses y diosas el tedio de la vida inmortal, pidieron á Indra, el Soberano de los Cielos, que les consintiese tornar á la Tierra y disfrutar de nuevo, aunque no fuera sino por brevísimo plazo, de los goces humanos. Condescendió Indra, pero con una condición: que descendiesen de noche al lugar que ellos considerasen más placentero del mundo, permaneciendo entre los mortales hasta que sonase el canto del gallo, anunciador de la Aurora. Prometieron dioses y diosas cumplir puntualmente el pacto, y partieron gozosos para los desfiladeros paradisíacos de Ajanta, donde se entregaron á la danza, al canto y á las libaciones; tanto y tan bien, que les hubo de pasar inadvertido el canto del gallo, sorprendiéndoles la luz del día en plena bacanal. Entonces Indra los maldijo. Y al caer sobre ellos el anatema del Señor de los Cielos



Fachada de la Universidad monástica de Ajanta, labrada, según todas las probabilidades, entre los siglos IV y VII de la Era Cristiana



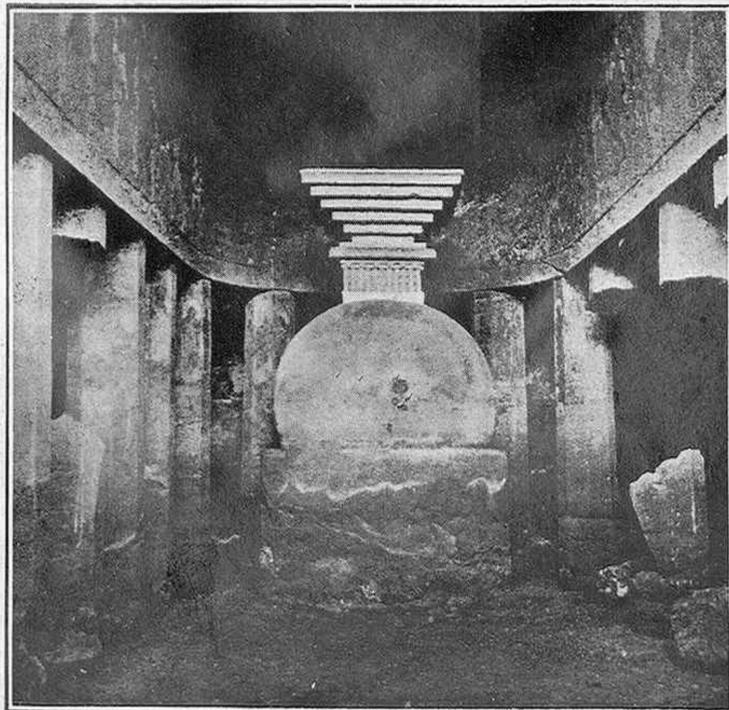
Pintura al temple representando la muerte de una princesa, descubierta recientemente en el templo núm. 16, y que data del siglo I de nuestra Era

quedaron instantáneamente convertidos en esculturas y pinturas sobre las rocas de los veintinueve santuarios.

Los dos primeros de éstos estaban considerados en tiempos del culto budista como *chaityas*, ó sea como lugares destinados á las preces en comunidad. En sus aras, también excavadas en la roca y que llevaban el nombre de *stupas*, conservábanse las reliquias más preciadas y las donaciones en metálico de los creyentes.

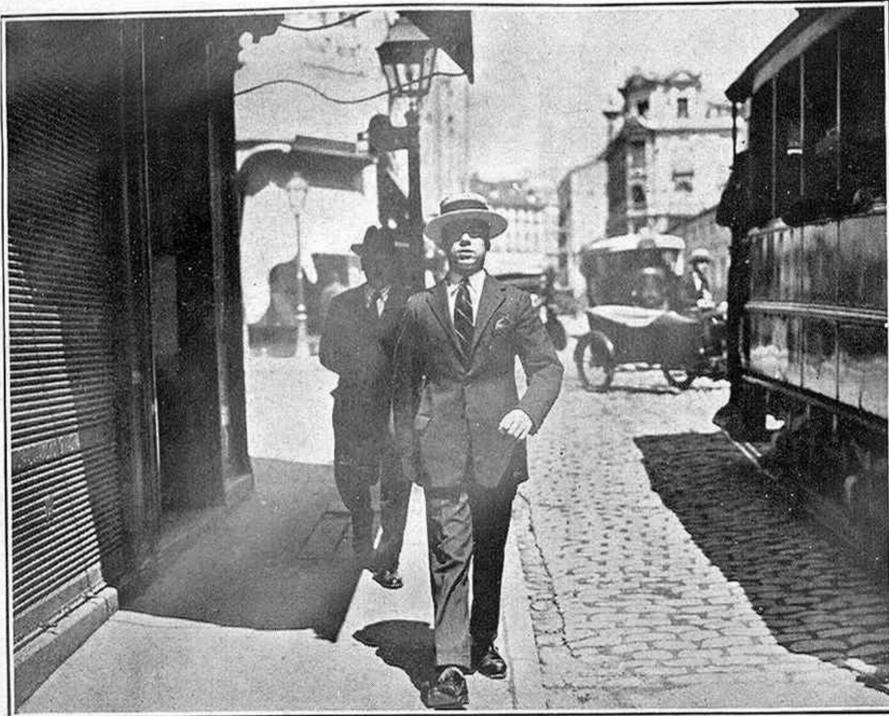
Entre uno y otro templo, labradas con absoluta pobreza que contrastaba poderosamente con la riqueza ornamental de los santuarios, seguíanse las celdas de los monjes, constituyendo el verdadero *bhava* ó monasterio, donde además de los sacerdotes budistas hallaban alojamiento los estudiantes y peregrinos.

D. R.

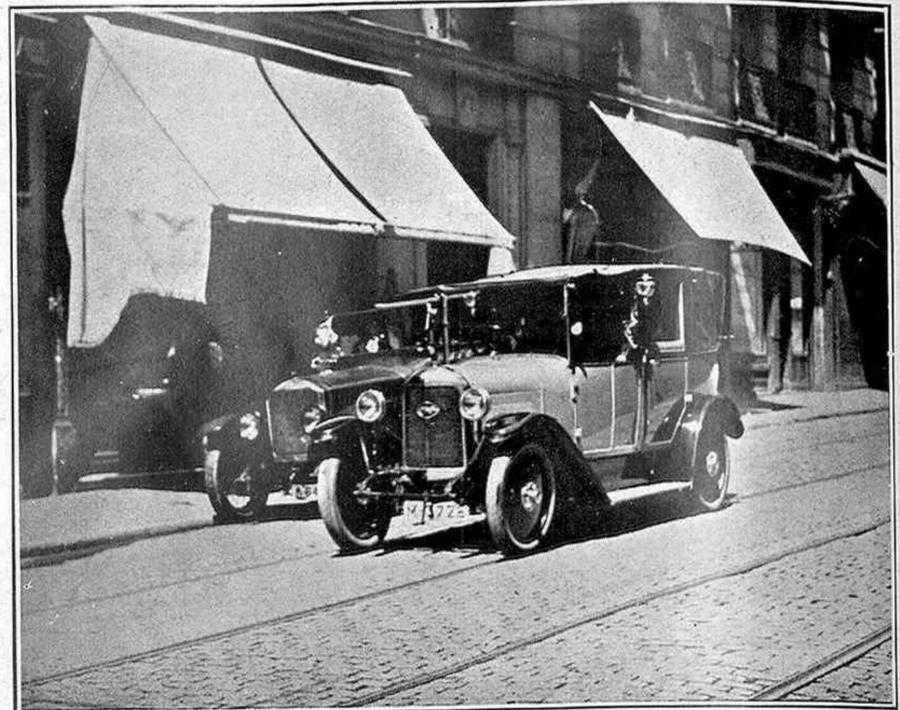


Admirable columnata tallada en la roca en el templo núm. 26, y que constituye una de las principales joyas artísticas de Ajanta

DIME CÓMO CAMINAS...



El peaton



En auto

«EL TAXI»

EL automóvil se ha puesto al alcance de todos. Un señor que se ha levantado tarde y le esperan multitud de asuntos á resolver; una linda morena que se entretuvo demasiado en su *toilette* para buscar el colorido de su rostro; uno que va á una boda; otro que... Es inútil detallar á los que han encontrado en el *auto* de alquiler la solución á su escaso tiempo para llegar oportunamente al sitio que se proponían. Unas pocas pesetas han resuelto un problema social, han nivelado clases y han borrado el rencor que encendía el paso de un *auto* por delante de los que caminaban á pie en los momentos en que tenían prisa.

Ya no hay aquello de «¡Si yo tuviera automóvil!» La democracia del *taxi* ha dado un gran paso acerca de la igualdad social. Hoy las juergas de la clase media, de la bulliciosa, de la que va á los restaurantes de las afueras, no se comienzan en el clásico simón y diciendo al cochero: «Tira para la Bombilla», sino que tienen su arranque en el alquiler de un *taxi* y ordenando, como los grandes, al chófer que marche hacia tal ó cual punto, donde la alegría espera. El *taxi* va á los toros, haciendo que con su presencia desaparezca algo de la tradicional ida al espectáculo nacional y que se distancie aún más la época aquella de las calesas. El *taxi* va á los barrios bajos en los días en que se casa la chica del señor Fermín, el tabernero, con Cipriano, el de la pollería inmediata, y los novios é invitados disfrutaban aquel día de los lujos y comodidades que estaban reservados para los de arriba.

Como el Rey Enrique IV quería una gallina para cada francés, nosotros solicitamos un *taxi* á la orden para cada español. Tenemos la seguridad de que así se acabarían muchos conflictos sociales.

EL TRANVÍA

La carroza *di tutti*, que dijo el gran

Edmundo de Amicis, ha sido invadida por *tuttis*, efectivamente.

Un poco desesperante es, por su falta de formalidad en acudir al punto de cita cuando se la espera en medio de una plaza y llueve ó se tiene prisa; pero se hace perdonar tan pronto como aparece, y da la seguridad de que nos llevará al punto deseado.

El tranvía es alegre, animado y de gran variedad en cada uno de sus viajes. Guarda sorpresas por los encuentros que en ellos se realizan; encuentros que unas veces son agradables y otras no, pero de los que no se puede escapar una vez realizados, so pena de tirarnos por una ventanilla, y eso no es tan fácil.

El tranvía ha sido y es origen de aventuras amorosas. ¡Cuántos no se han casado por haber tomado un coche 3, Quevedo-Salamanca, para regresar á su casa tranquilo y sin preocupaciones, y haber caído flechados por una morena ó una rubia, que también se dirigían á sus casas sin sospechar que en el tranvía iba el destino de su vida!

El viaje en estos vehículos hace á la gente expansiva y con ganas de comunicación. Basta el más

pequeño incidente para que la conversación se entable y para que los comentarios se comuniquen de viajero á viajero. ¿Que se ha apeado una señora excesivamente gruesa? Pues milagro será que á alguno de los que en el coche quedaron no se le ocurra alguna frase feliz acerca de la opulencia de las carnes de la que se ha apeado.

Como eso de ver en ridículo al prójimo es cosa que nos agrada á todos, vienen las risas, se amplía el comentario, y el coche sigue su recorrido entre la algazara general. Todo por diez céntimos.

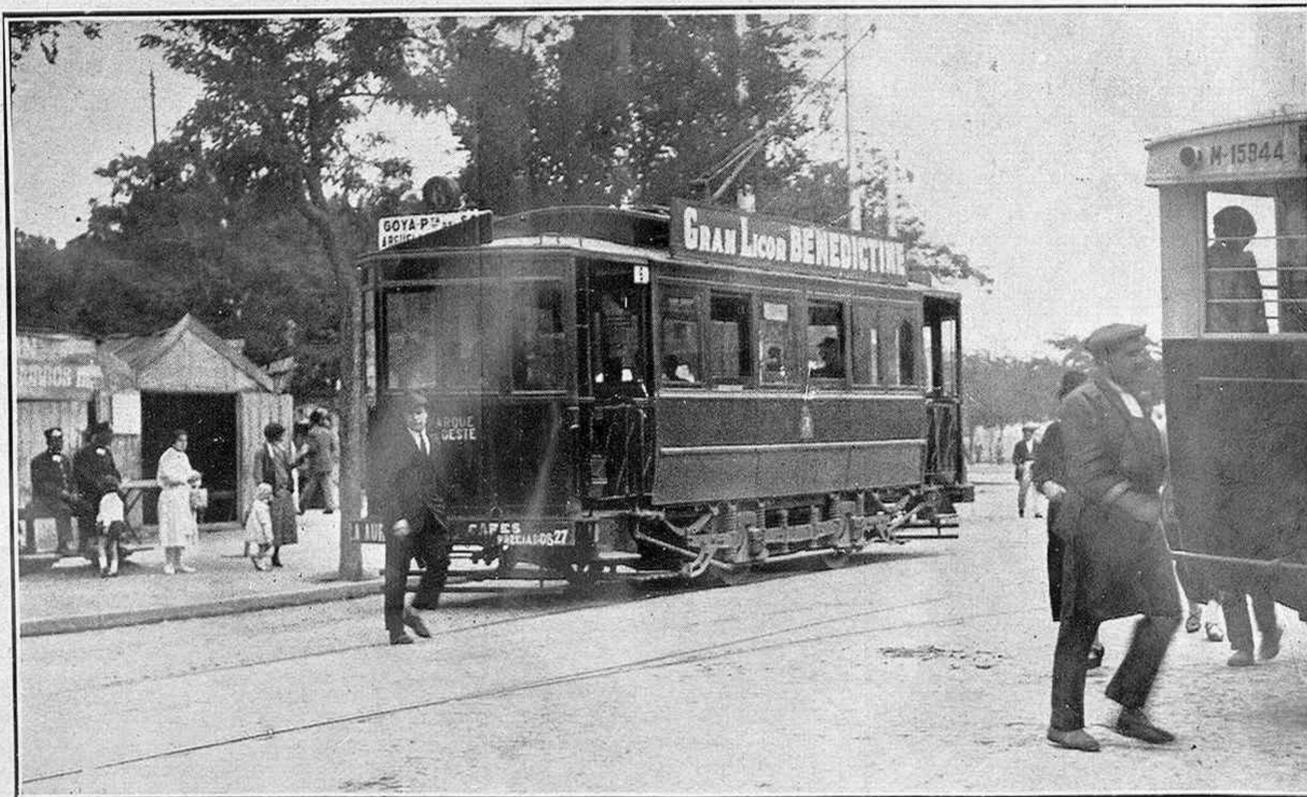
En el tranvía se hacen amistades, se dirigen lánguidas miradas, y... de las plataformas no hablemos.

EL PEATÓN

Este es el más infeliz de los que han salido á la calle para trasladarse á otro lado de la población, y aunque muchas veces éste se halle distante, tiene que renunciar al transporte por medios ajenos y atenerse á los propios.

El que camina á pie—no siendo *Azorin*, que siempre va despacio—se ve precisado á correr por entre una multitud que se le coloca al paso, que le estorba, que le impide avanzar y que le produce desesperación. Porque el caminante suele ser un padre de familia, pero con mucha familia, que no se decide á gastarse la perra gorda del tranvía, por que piensa que con ella y con otras tiene que comprar pan á los chicos, y él, al fin y al cabo, está fuerte, y casi puede considerarse como una golleria semejante gasto, á todas luces innecesario.

El que va á pie es el pasajero de tercera que hay en todos los aspectos de la vida. Dedicuémosle un momento de conmiseración. Y felicitemos á su zapatero. Si le paga.



En tranvía y autobús

FOTS. DÍAZ CASARIEGO

Martin MARTÓN

ARTE DECORATIVO



LA SERENATA DE CHOPIN, dibujo original de Juan Antonio Acha

CLAUSTROS HISTÓRICOS.-TUMBAS ROMÁNTICAS

COIMBRA es la ciudad riente y melancólica de Portugal. Su ambiente es dulce, suave, evocador; las aguas del Mondego, lentas, silenciosas, parecen arrastrar en su seno añoranzas de cuentos infantiles y de leyendas, de juventudes que huyeron, de algo que fué dejando para siempre en nuestras almas un recuerdo que no se extingue con el tiempo porque tiene el poder mágico de ser más dulcemente emotivo cuanto más se aleja.

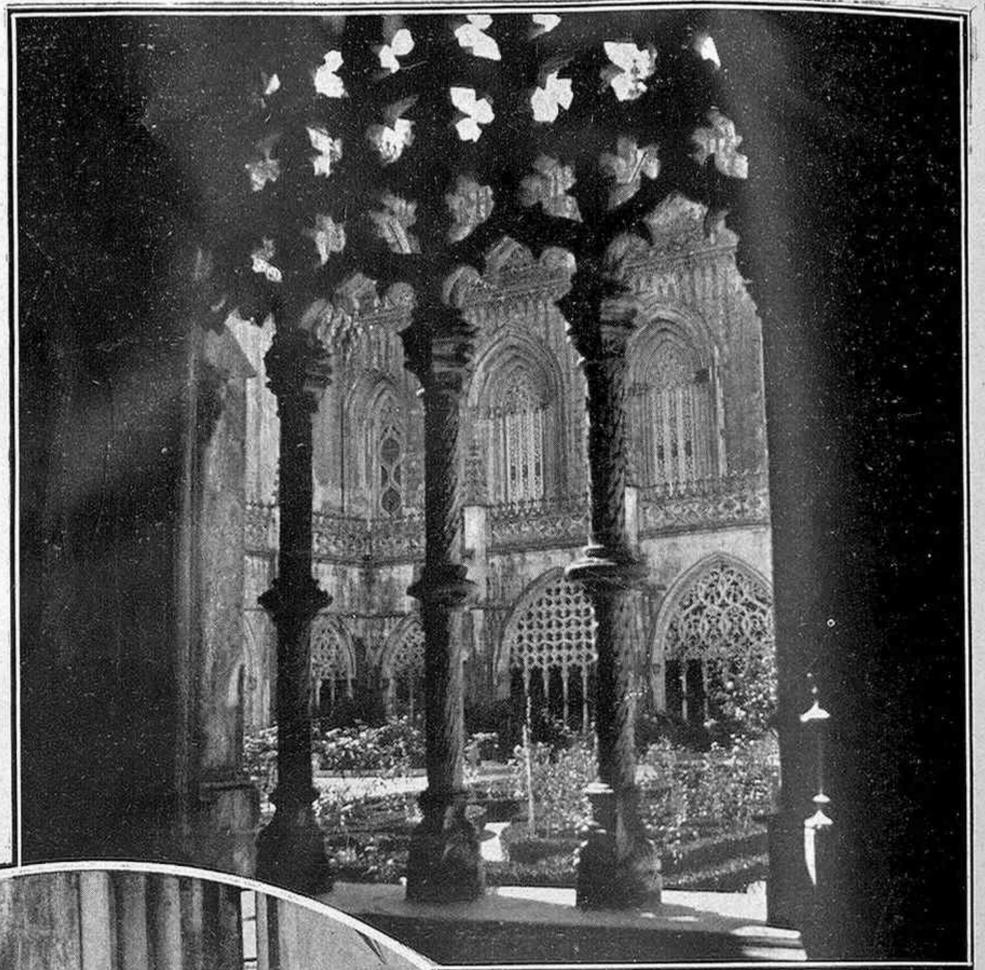
La historia de Portugal, esplendorosa y fuerte, levanta sobre las torres blancas de Coimbra la figura simbólica de Alfonso Henriques, cuyo espíritu está cristalizado por los siglos en el tallado gótico de los maravillosos claustros del Monasterio de Alcobaça, levantado por él para conmemorar una victoria en el campo poético de Aljubarrota, bajo el cielo de Leiria, que así guarda dos joyas de Portugal, arcas sagradas de esplendor, de tradición y de leyenda.

La fantasía envuelve el austero y frío Monasterio de Alcobaça en una aureola luminosa y romántica; la Historia deja sobre el cernaco *Da Batalha* un sello de nobleza altiva, de grandeza y de fuerza.

La vista de Santa María de la Victoria sobrecoge; el ánimo se extasia ante la contemplación del arte sublime; la piedra, transformada por el Genio á impulsos de la idea, inmortalizó ante las generaciones toda una estirpe de monarcas, de guerreros y de artistas, y ese Genio, que en el imponente conjunto de la obra se manifiesta pleno de fuerza, esplendoroso, triunfador, en los esbeltos arcos de las góticas naves surge atrevido, airoso, como elegantes palmeras de piedra, mientras en los detalles de los inmensos claustros es delicado, espiritual, bajo sus infinitos contrastes de luz y sombra.

El claustro real es una maravilla del arte gótico en todo su esplendor, y en los tallados encajes de sus arcos hay un encanto, que si habrá de esfumarse cuando la mano del tiempo cubra con velos oscuros la rosada piedra, hoy se muestra pleno de atractivo singular, de belleza y de luz; realizadas las tallas en piedra blanca de un tinte rosado, que los siglos no han podido ennegrecer, todo el conjunto resplandece y deslumbra. Sus capillas sepulcrales están llenas de divisas gloriosas. El fundador, Juan I, descansa sobre ocho leones á cuyos pies puede leerse su divisa: «Y me plet»; más allá el Príncipe Constante que la tragedia de Calderón ha transformado en inmortal, muestra la suya enaltecedora para un Rey: «El bien me place», y cerca de él la de Enrique *el Navegante*; después la divisa de D. Pedro; una sola palabra: «Deseo»... ¿No simboliza esta divisa acaso la divisa de todos los Príncipes?...

Este es el legado histórico á los campos de Aljubarrota con todo lo que encierra de verdad, de esplendor y de grandeza; pero hay algo más que flota sobre esta campiña portuguesa sobre las aguas del Mondego, sobre las torres de Coimbra y que atrae con la fuerza sugestiva



Claustro del Monasterio de Batalha

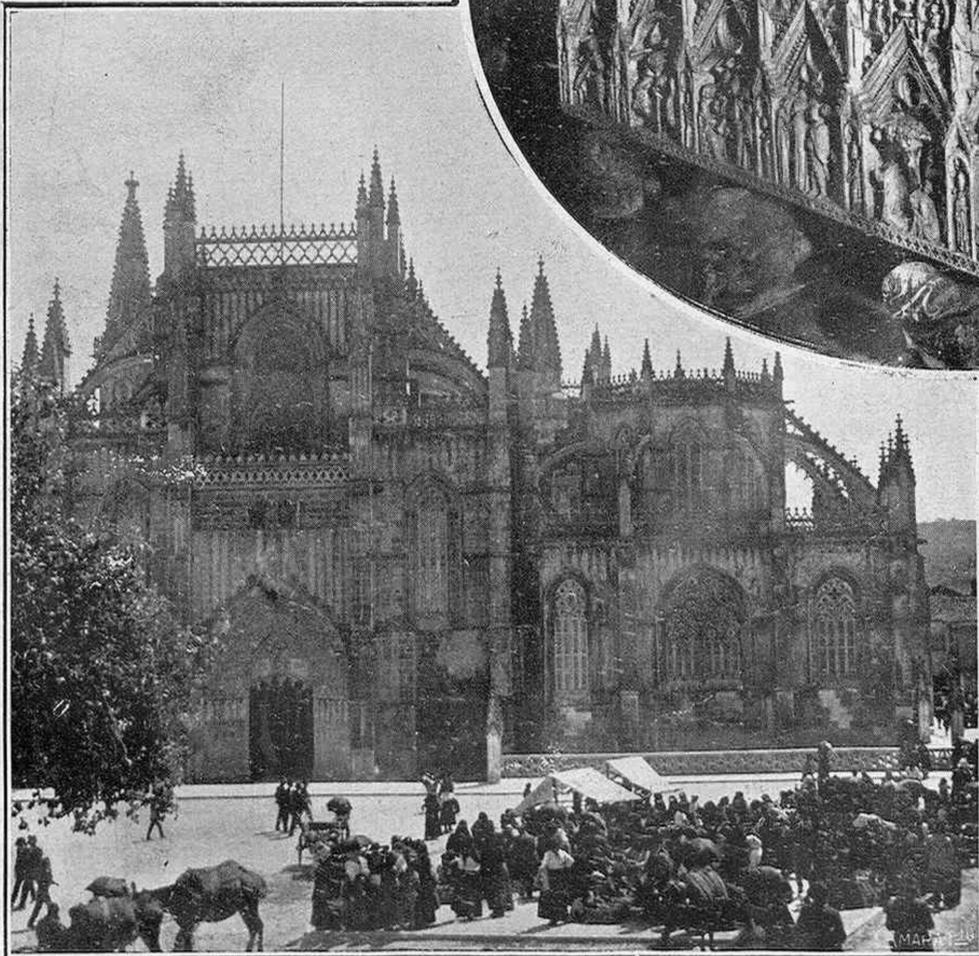


La tumba de Inés de Castro, en Alcobaça

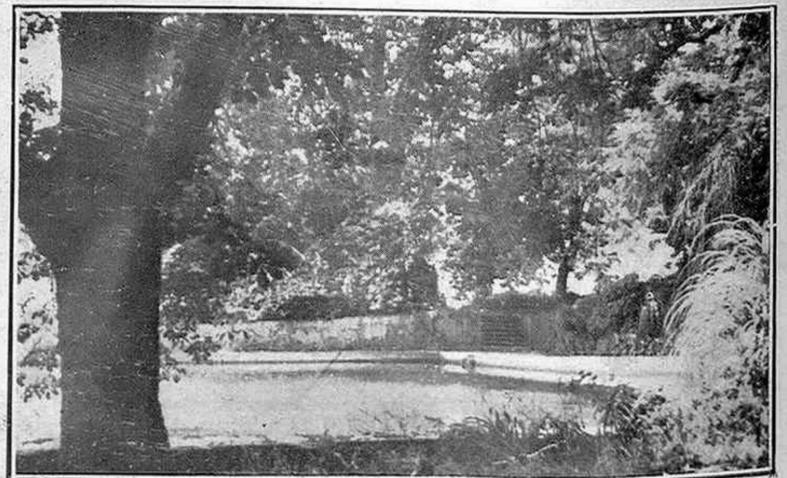
de un hechizo: es la Leyenda.

Se desliza lento el Mondego; de un lado Coimbra levanta su amontonamiento de blancas casas rematado por la famosa Universidad; del otro una barrera de corpulentos cedros sigue la orilla del río. A través de sus ramas la blanca silueta de Coimbra respandece; hacia adelante un camino serpentea. Es la ruta que conduce á la «Quinta de las Lágrimas». En ella la fantasía ha colocado la más bella leyenda de Portugal.

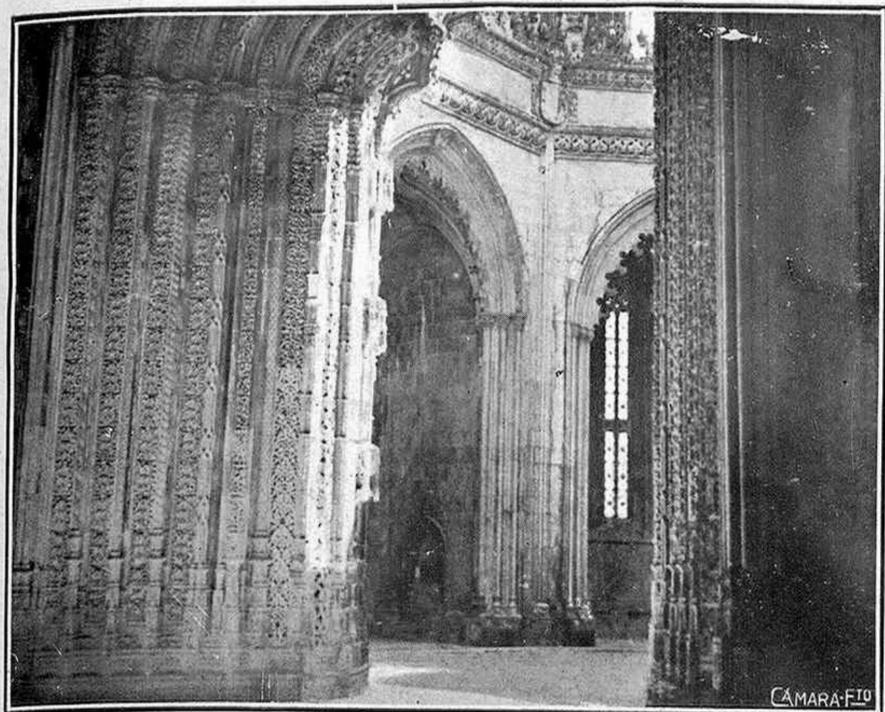
La leyenda de Inés de Castro es acaso la más romántica, la más poética de las leyendas de la época; por eso su perfume flota sin esfumarse con el tiempo; no se esfumará nunca, y pese á la fuerza fría de la Historia que niega, Inés de Castro será siempre la reina que llevó sus amores en coronación triun-



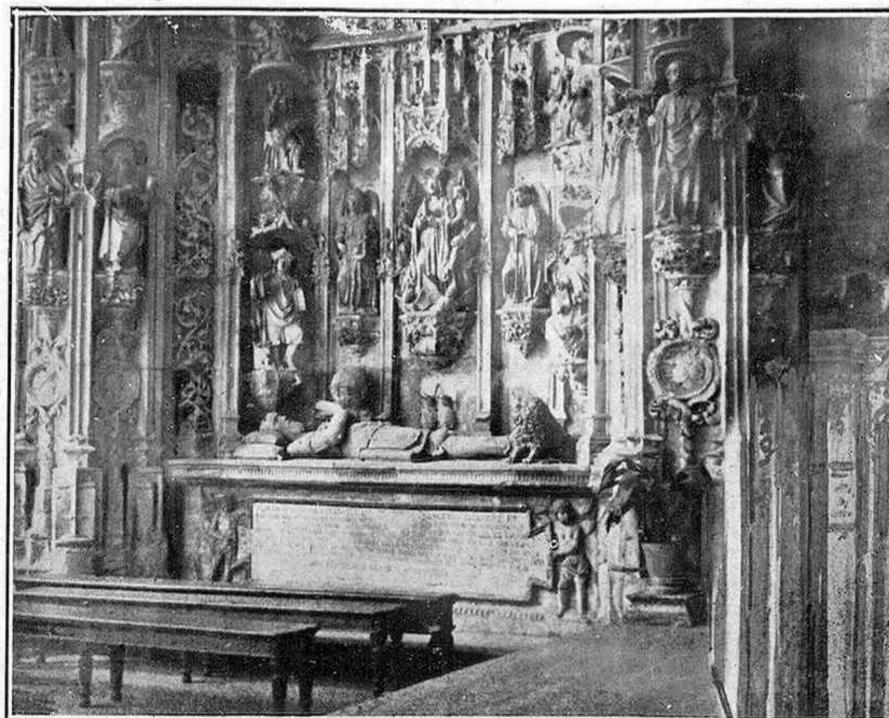
Monasterio de Santa Maria de la Victoria



La "Fuente de los Amores" en Coimbra



Interior de las capillas llamadas imperfectas



Sepulcro de Alfonso Henriques en Coimbra

¡al más allá de la muerte como un canto sublime á la vida vencedora.

¿Por qué esta fuerza irresistible de la leyenda?

Un poeta muy joven, pero de genio vigoroso y noble inspiración, Montero Alonso, nos lo dice en su estudio sobre Inés y su muerte: «porque en todas las cosas es más bello lo que pudo haber sido que lo que en realidad fué». La realidad no siempre mereció ser vivida y «la leyenda imaginada por la fantasía, es siempre bella, luminosa, espléndida»; por eso ante los derruidos muros de un castillo, guardadores del secreto del tiempo, es más bello imaginar un alcázar de ensueño que á veces, haciendo honor á la verdad histórica, levantar un refugio de bárbaras mesnadas.

Por eso, como flota en el Rhin la sombra de Sigfrido, de Eginhard y de Emma, de Helmbrecht y de Rolando, así sobre las aguas lentas del Mondego, sobre las torres blancas de Coimbra, sobre los bellos claustros de Alcobaca, flotará siempre la leyenda romántica de Don Pedro y de Inés como simbolo eterno del amor vencedor de la muerte.

Es el Destino que cruza los caminos de dos almas para fundirlos en una senda de emociones románticas, de rosas de pasión y sombras de tragedia; madrigales de un Príncipe bajo el cielo poético de la campiña de Coimbra, mientras en las estancias del castillo sombrío se fraguan las conjuras en torno del Monarca como nocturnas aves cerniéndose agoreras sobre los torreones. Culmina el drama junto á la fuente de las lágrimas testigo de las horas de dicha del Príncipe D. Pedro y de doña Inés de Castro; los puñales de la traición dejan un reguero de sangre junto á las aguas cristalinas. Son las rosas de pasión.

La fatalidad ha vencido; pero el amor es más fuerte no dejando que separe la muerte lo que no pudo separar la vida; y el Príncipe, al levantarse sobre el Trono para satisfacer la venganza, levanta un trono á la muerte y una corona de reina á la que ya no es más que un recuerdo del amor que no pudo morir. Al grito vibrante de los clarines, sobre la escena pasa un hálito de frío; son las sombras de tragedia.

—o—o—o—

Y la sensación de poesía romántica, el aroma de melancolía

flota sobre Alcobaca envolviendo la tumba que junta los dos cuerpos de Don Pedro y de Inés unidos frente á frente, para que en la resurrección final «su primera mirada sea una mirada de amor».

Y allá en las riberas, junto á Coimbra,

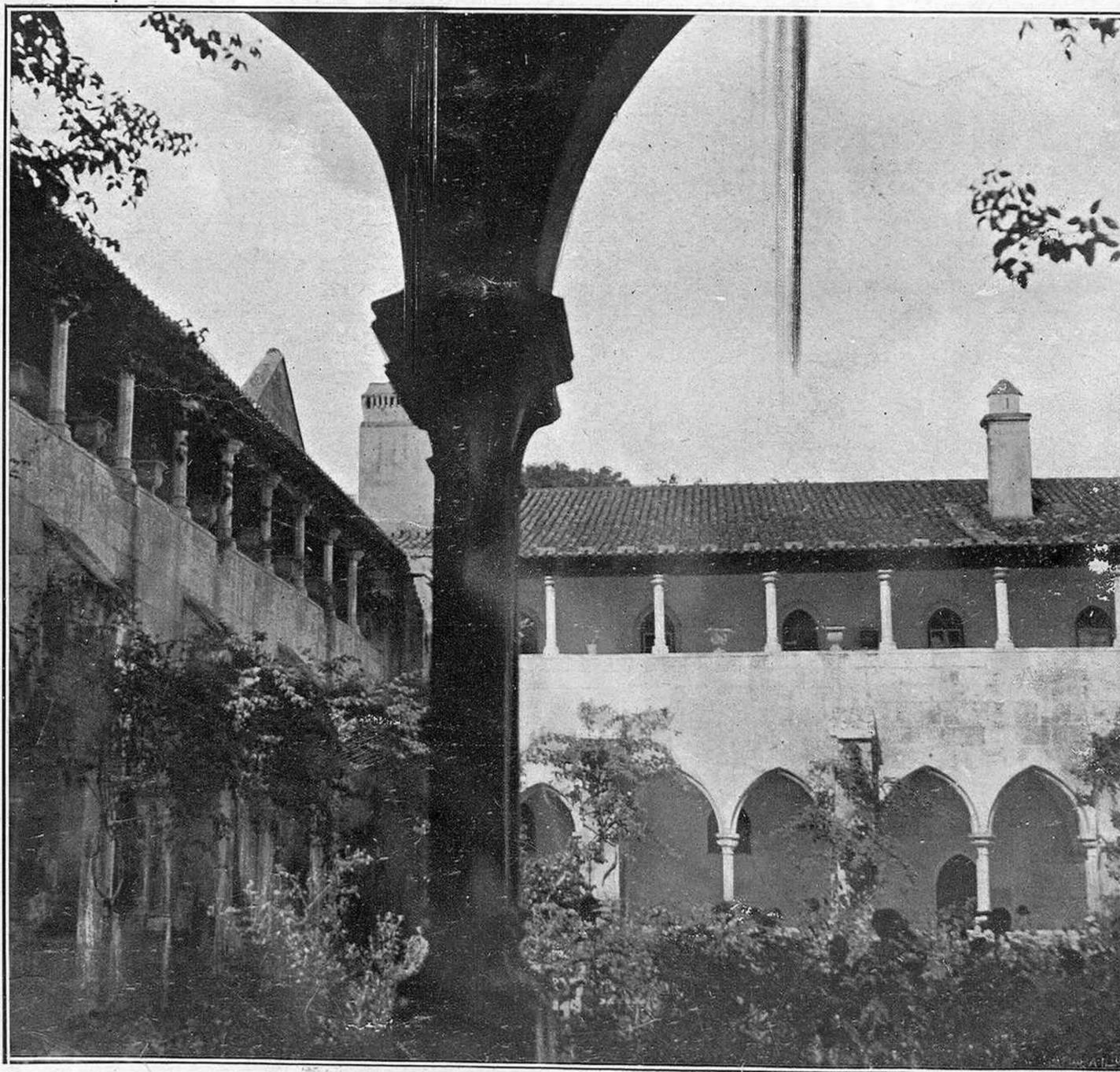
«As Filhas do Mondego, a morte escura
Longo tempo chorando memorarao,
E por memoria eterna em fonte pura
As lagrimas choradas transformarao;

O nome lhe poserao, que inda dura,
Dos amores de Ines, que ali pasarao.
Vede que fresca fonte rega as flores,
Que lagrimas sam a agoa. E o nome amores.»

(CAMOENS, «Os Luisiadas», III.)

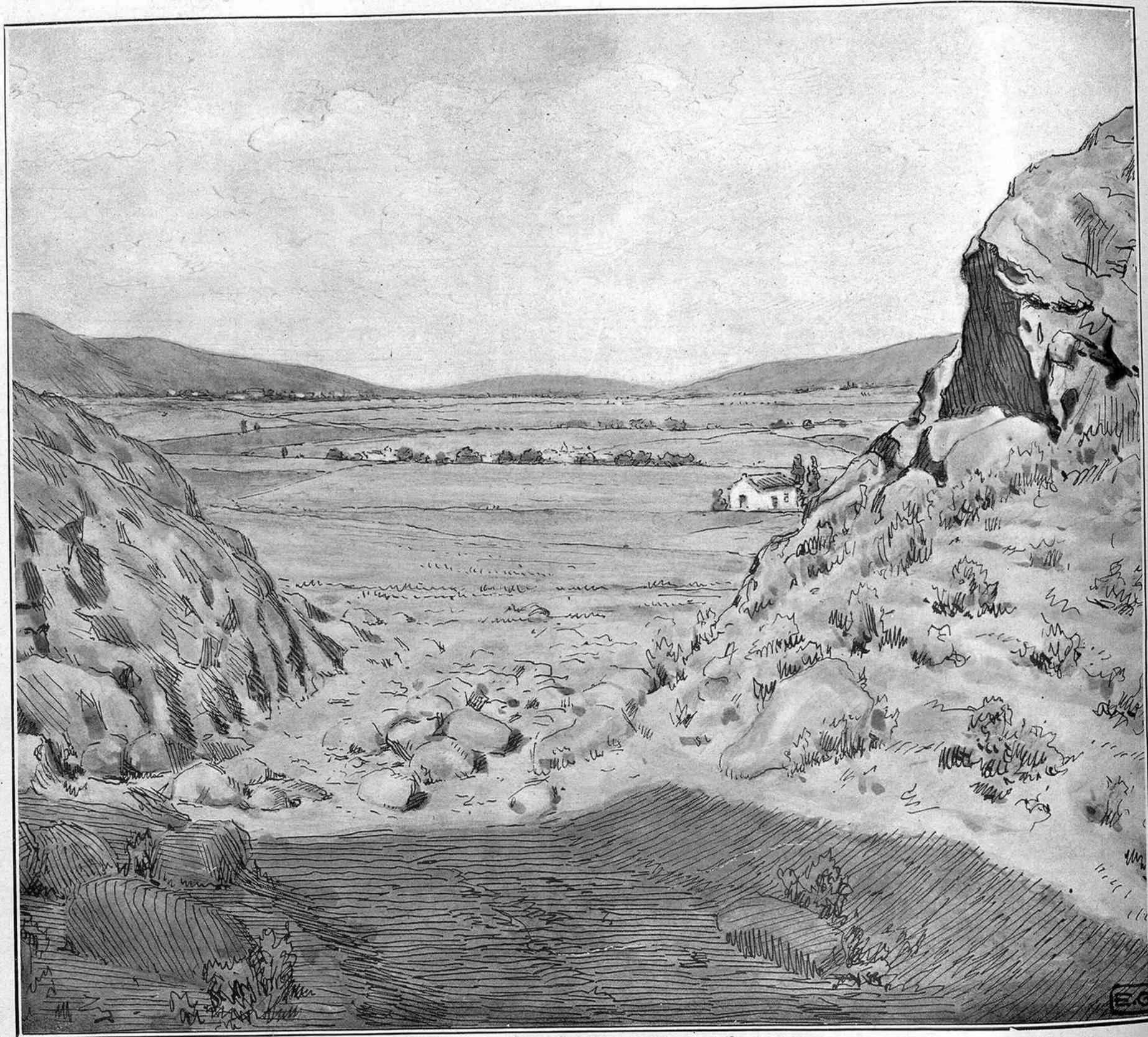
Es la leyenda que flota sobre la poética campiña portuguesa impregnando sus canciones con el aroma romántico de la más bella fantasía.

FRANCISCO M. DE PADILLA



Claustro real del Monasterio de Batalha

EN LA MESETA CENTRAL



CASTILLA, esta Castilla de la meseta central, sede de un orbe poderoso por el capricho de un rey cetrino y sombrío con mentón de anormal—idiota ó genio—; esta Castilla que odia el catalán de Barcelona «por centralista»; el hombre de la gleba, porque ella hace «el señorito»—¡oh, injusticia!—; que aborrecen, por igual, «por privilegiada», de ancho á largo de la Península, es la que forjó nuestra Historia con fuego eterno. Ella es el genio militar; ella, la audacia aventurera; ella, la pintura, la dramática, la literatura. La fe mística. Las libertades y las persecuciones. Los Comuneros y la Inquisición. Ella es la guerra; ella es, en fin, la independencia.

Castilla, que culmina, no en Avila la pía, ni en Toledo la mora, ni en la guerrera Segovia, sino en el llano, silente, ancho; en la tierra misma, polvorienta con el polvo de tantos siglos, recostada en la sierra bajo las brumas azules.

Castilla, legendaria, agria, la de «los páramos sombríos», que cantó Antonio Machado; la del hombre triste del balcón de *Azorín*, esa Castilla de altos cerros que crea la ciudad populosa, yermo «de aire trágico y violento», de Baroja, está aquí,

en la llanura, con sus peñascales grisientos, con sus ventas del camino donde trajinantes y arrieros beben aún el negro vino de la tierra; con la paz profunda y el silencio lleno de ecos de la estepa; con sus posadas evocadoras: Esquivias, Olmedo, Riaza.

◊◊◊

A lo lejos, las estribaciones de la sierra: ocre de los pinares, blancura de las crestas altísimas; «serranillas» entonadas por la voz de un pastor; plañir acompasado y lento de esquilas que van hacia «el puerto»...

Labriegos transmarinos y pastores trashumantes—arados y merinos—, labriegos con talante de señores, pastores del color de los caminos.

El atardecer azul y morado con una larga franja amarilla á lo largo de la cordillera. Y de pronto, muy remota, temblorosa, una lucecita; una de esas lucecitas—ya he dicho en otra parte—que son como estrellas caídas...

En los veranos, en la soñolencia de las noches estivales, surge, súbito, un resplandor rojizo. Allá,

tan lejos, espanta los ganados, atrae el ladrido lastimero de los canes; voltea, loca, furiosamente, la esquila, de son cristalino, de las ermitas lugareñas.

Todo ese panorama que hace desear un lugar remoto, una noche de trabajo en la paz de aquellos campos, un amor de hogar; y en ancho silencio el rumor del agua de un regato, la copla melancólica:

En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día.
Ya no siento el corazón.

La guitarra parece como que se rasga. Por el camino pasa una sombra y dice con una voz clara: «Buenas noches.» Y es como si una brisa nos acariciase la frente.

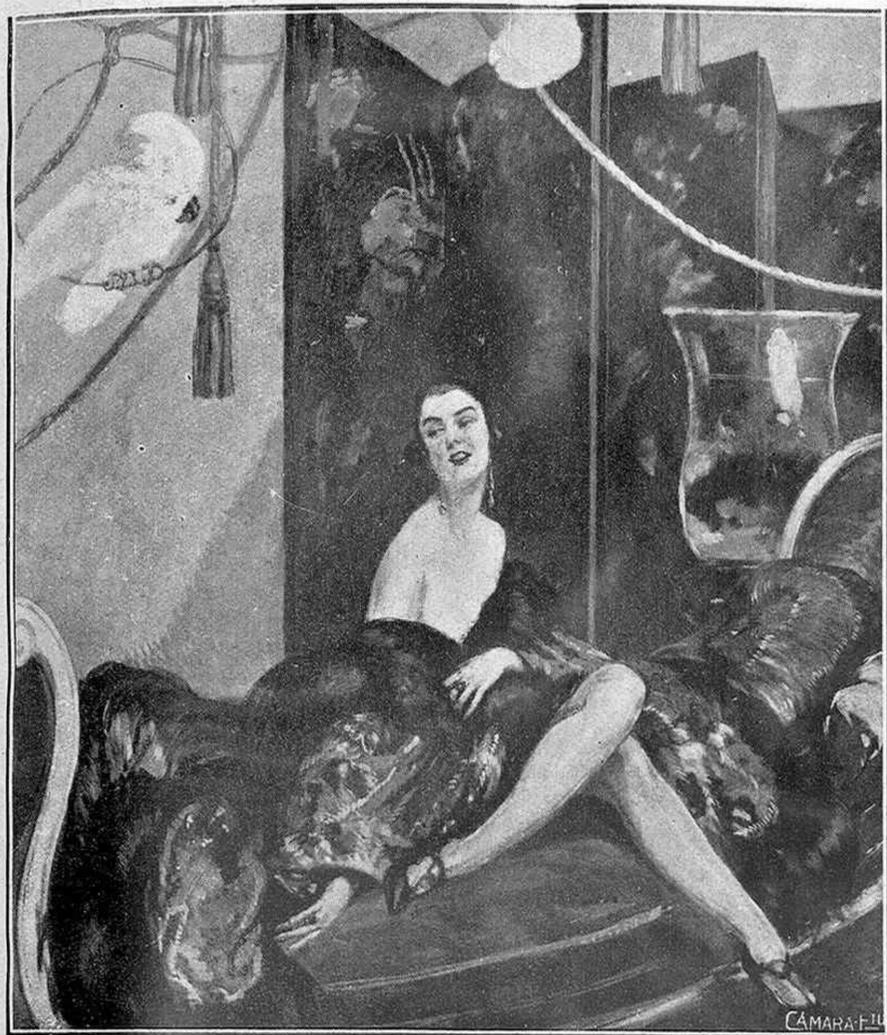
◊◊◊

¡Oh, ensueño de meditar, de amar y de morir en tu seno profundo, tierra, mi madre tierra de Castilla!...

EDUARDO M. DEL PORTILLO

DIBUJO DE ERNESTO GUTIÉRREZ

JUAN GABRIEL DOMERGUE



"Retrato de Mlle. Spinelly", por Jean Gabriel Domergue



"Retrato", por Jean Gabriel Domergue

PARA llegar al estudio de Juan Gabriel Domergue hay que franquear una serie de pequeños obstáculos. El primero una verja de gruesos barrotes que sólo se abre al tercero ó cuarto tirón de campana. Luego, ya en pleno jardín, un dios Término que vuelve la espalda al visitante; pero que al dejarlo atrás parece saludarnos con una sonrisa irónica, como si se burlara del informador profesional. Por último, un galgo de aspecto poco tranquilizador que interrumpiendo su modorra ante la puerta del hotel acude á nuestro encuentro y os olfatea las piernas, inquisitivo y desconfiado. Dámosle unas palmaditas amables en el lomo y pasamos, precedidos por un criado, al estudio del maestro. Es un vasto aposento acogedor y alegre que inunda el sol, cuya luz penetra á torrentes por amplio ventanal. Decoran la pared algunas obras conocidas, y de vez en vez, obstaculizando un poco la marcha, varios *paravents* de fondo dorado sobre el que va pintando Domergue lindos temas decorativos. Algunos de estos biombos aparecen terminados; otros se hallan en vías de realización, como el que presentará un espiritual retrato de la Spinelly, la bella actriz. Sobre dos caballetes próximos una dama arrogante, de blancos cabellos, parece mirar, desdeñosa, á su vecina, linda muchacha que sonríe un poco equívoca. Hay flores, muchas flores, sobre un piano, políceromas telas japonesas, trajes chinos, mullidos almohadones sobre un diván y, lo más significativo, ese ambiente, esa atmósfera especial que os dice con elocuencia: esta es la morada de un artista.

Apenas hemos tenido tiempo de pensarlo cuando lo tenemos ante nosotros, tendiéndonos, amistoso, la diestra. Es un hombre maduro, pero de aspecto juvenil, delgado, con una sedosa barbita de efebo encuadrando un rostro de colegial. Cambiamos unas cuantas palabras banales mientras el artista se encansa la blusa de trabajo, é insensiblemente vamos adentrándonos en el terreno de las confidencias artísticas. Sin esfuerzo le llevo á una sincera exposición de sus ideas. Este pintor, tan alerta, tan de su tiempo, tan enamorado del movimiento y de la decoración audaz, siente verdadero horror por los cubistas. Y los odia porque, según él, lo ignoran todo en su oficio, víctimas inevitables de la crisis espiritual que se ha apoderado del mundo. Pretenden ser genios sin haber aprendido nada, sin haber desgastado durante diez años los bancos de las escuelas, y luego se han dejado deslizar por esa pendiente jabonosa que es en sí la colaboración admi-

tida con el *amateur*, cuya psicología no puede ser más simplista. Ayuno de toda noción de arte, cree poseer una obra maestra cuando ha adquirido á peso de oro un cuadro incomprensible, perfectamente absurdo. Los bailes rusos han llevado á nuestro arte decorativo una revolución completa; algunos supieron sacar de ellos una enseñanza; á otros los arrojaron por los despeñaderos de lo grotesco ó de lo horrible.

«La verdad es—añade Domergue—que el artista, sea quien sea, debe aprender á fondo el oficio que pretende ejercitar, procurando adaptarlo á su tiempo. Si miramos en torno nuestro nos sería fácil observar, por ejemplo, que los mueblistas construyen muebles en absoluta inadecuación con la vida actual. Las sillas enanas, los taburetes á ras del suelo en que debemos acomodarnos son inexplicables ahora, cuando la cortedad de las faldas femeninas es tal que las posiciones obligatorias devienen de una ridícula inconveniencia. Recordemos, en cambio, que en el siglo XVIII los amplios canapés permitían á madame Pompadour extender su *juponnage* con toda la gracia deseada. De todo esto puede inferirse que si se enseña á la juventud á entender y á discurrir se olvida, en cambio, enseñarle á ver, arte tan útil como agradable que nos hubiera evitado la orgía de fealdades que por desgracia nos rodea. A mi juicio debería perseguirse sistemáticamente cuanto tendiese á embellecer nuestra vida, á hacer atractivo cuanto se relaciona con nosotros. ¿Por qué ha de ser antiestético un mango de plegadera ó un interruptor eléctrico? En la antigüedad se decoraban artísticamente hasta los utensilios de cocina, y lo prueba que muchos de ellos adornan hoy nuestros museos.»

Luego rogamos á Domergue que nos hable de la mujer. Queremos saber cómo la siente y cómo la lleva al lienzo. Nos dice que ante todo procura ir á estudiarla en su propio ambiente. Una vez allí le pide que hable y gesticule con sus familiares como si él no estuviera presente. Pasados los primeros minutos, la mujer, ya dueña de sí misma, se muestra tal cual es, ó sea la mujer de su tiempo, adoptando esas actitudes complicadas y ondulares sólo posibles con la moda «suelta» de nuestra época. Recordemos que imperan el *jazz-band*, las danzas trepidantes y el *tennis*, y que de un modo fatal han de reflejarse en el porte femenino semejantes agitaciones de la vida mundana contemporánea. He ahí el por qué de presentarnos Domergue invariablemente á sus mujeres en movimientos

bizarros y contorsionados, en esas al parecer forzadas actitudes que tienen un dejo de *fox-trot*, de *shimmy* y de campo de deportes.

¿Que se discute á Domergue? ¿Quién lo duda!... El gran retratista de féminas es discutido como todo lo que tiene un valor real. Entre las censuras que se le dirigen figura en primer término la de haber dibujado para los grandes almacenes la portada de sus catálogos. Inútil parece hacer resaltar la inanidad del reproche. ¿Es que no puede ponerse arte verdadero en una composición que tiene por finalidad presentar telas y bordados? ¿No pintó Wateau muestras de tienda que son obras maestras de gracia y de *esprit*? ¿No emplearon su talento Veronese y Rafael en decoraciones de ese género?... Convengamos, pues, en que todo el que tiene la posibilidad de realizar belleza debe hacerlo; más tarde esas obras de índole comercial, pasando de mano en mano serán consideradas como pinturas familiares de nuestra existencia.

No podría terminar nuestra entrevista sin solicitar de Domergue algunos detalles de su vida, y especialmente de su educación artística. Este ilustre pintor, como tantos otros, tuvo que luchar en sus comienzos con la oposición de su familia. Todos sus deudos habían sido ó eran banqueros, literatos, hombres de negocios. Domergue pintor suponía algo que detonaba enormemente en aquel medio. Pero no le arredró la enemiga de padres y parientes. A los diez años de edad se escapaba de las aulas del Liceo para hacer sus cursos de dibujo en una academia. Un lustro más tarde exponía en el Salón, y al cumplir los veinticinco años era ya célebre, honrando al mismo tiempo el nombre de su maestro Jules Adler.

Antes de despedirnos lanzamos una mirada á sus últimos cuadros. Lo primero que nos sorprende es que ninguna de las mujeres viste á la moda actual. Una de ellas, retratada en 1924, presenta indumento de otro siglo. Esto se explica porque todos los retratos son principalmente composiciones, donde Domergue pone su alma entera de decorador. Así, le vemos perseguir el colorido que mejor conviene al rostro, á fin de dar valor y de realzar el brillo de una carnación. Esta preocupación constante del detalle, ese trazo limpio, esa pincelada amplia y plena, son los que hacen de la obra de Domergue un conjunto magnífico que atravesará los tiempos para ir á perpetuarse allí donde tenemos costumbre de ir á admirar los pintores célebres.

THÉRESE CLEMENCEAU

DEFENSA DEL CIPRÉS

EL jardinero mayor del reino va contra los cipreses como si fuesen los negros fantasmas de su sueño.

Tenemos que unirnos todos para defender á los cipreses, esos índices que señalan el sitio contemplativo en que la imaginación debe explayarse.

Los cipreses son una congregación de paz y caridad que no puede disolverse. Dominan el cementerio como únicos consoladores de la muerte, y en el silencio que nadie podría aguantar son ellos los que levantan el ánimo de los muertos.

Es el ciprés también la pluma con que la vida escribe el poema historiado de la muerte. ¿Es que se va á arrancar su péñola más preciada á la vida que medita, historia y sentimentaliza?

Los cipreses dan un último calor y un último abrigo á los fríos muertos. Sin cipreses su frío será mayor y se quedarán sólo nevados de mármoles.

Los cipreses arraigan el cementerio y son mástiles y velos de su navegación por el recuerdo. Pirámides de viva inmortalidad son para los muertos como el laurel para los poetas.

No se pueden arrancar los cipreses de los cementerios, pues son los que los anclan en el paisaje, y cuando miramos hacia ellos desde lejos nos los señalan y nos los presentan llenos de su buena amistad, representándonos ya que no podemos estar allí acompañando á los nuestros. El ciprés asume la representación de los vivos y la hace permanente, eficaz, reposadora.

Al irnos de los cementerios siempre hemos pensado como compensación:

—Os quedan los cipreses con su alta presencia humana. Ellos siempre serios, cachazudos y sensatos, os darán coraje para aguantar la muerte.

Y no se diga que el ciprés es tétrico, feo, lúgubre. Hay que verle en sitios que no sean cementerales, en campos profanos, para darse cuenta de que lo que es es gallardo, humano, con catadura un poco solemne, pero ante todo y sobre todo poeta de gran corazón.

Es árbol moreno, árabe, de elevado continente, que puede muy bien dar presencia al sitio y preparar una pasión más desgarrada en el fondo de la casa encipresada.

Hay que ver los cipresales del Generalife que perpetúan algo así como un camino de besos apretados, esa melancólica y cansina andanza, puesto que la pareja enamorada sabe que ha de morir, para comprender que los cipreses son árboles simpáticos, pasionales, capaces de sofocar de amor la vida.

En la vida de los jardines ó de los cármenes son penitentes de amor, encapuchados con la alta coraza que han hecho el voto de su disfraz para contener una pasión de mujer que temen pueda ser pasajera.

El ciprés está lleno de pasión contenida, pasión que habla en serio, pasión que arde con ardor negro en el gran ambleo obscuro.

Por esa condición de grandes amadores en perenne madurez puede conllevar el trato de los muertos y no sobrecogerse en medio de los patios aho-



gados en silencio. Son esos cipreses de los cementerios como Donjuanes que han profesado.

Verdinegros, envueltos en el ropón teñido de los parduzcos tonos con que se tiñen los paños rústicos, los cipreses hacen un gesto de «Parece mentira!», de «¡Vaya por Dios!», de «¡Vaya, vaya!», de «¡Tengamos resignación!» Cabecean con cabeceo sensato, comprensivo, preocupado. Son como poetas que declaman con melopéyico ritmo.

Cortar un ciprés es, por lo tanto, como segar una vida, ó más aún como echar abajo una estatua fundida en los bronceos de los aurigas heroicos.

No se puede atentar contra un ciprés por muy iconoclasta que se sea. En cementerios en que no campea ni una imagen, en los sobrios cementerios árabes en que sólo se destacan las cabeceras levantadas de las tumbas, los cipreses se congregan como viendo desde lo alto la muerte, como para-

dos frente á la sepultura, como amigos que elevan la frente para pensar mejor en el amigo.

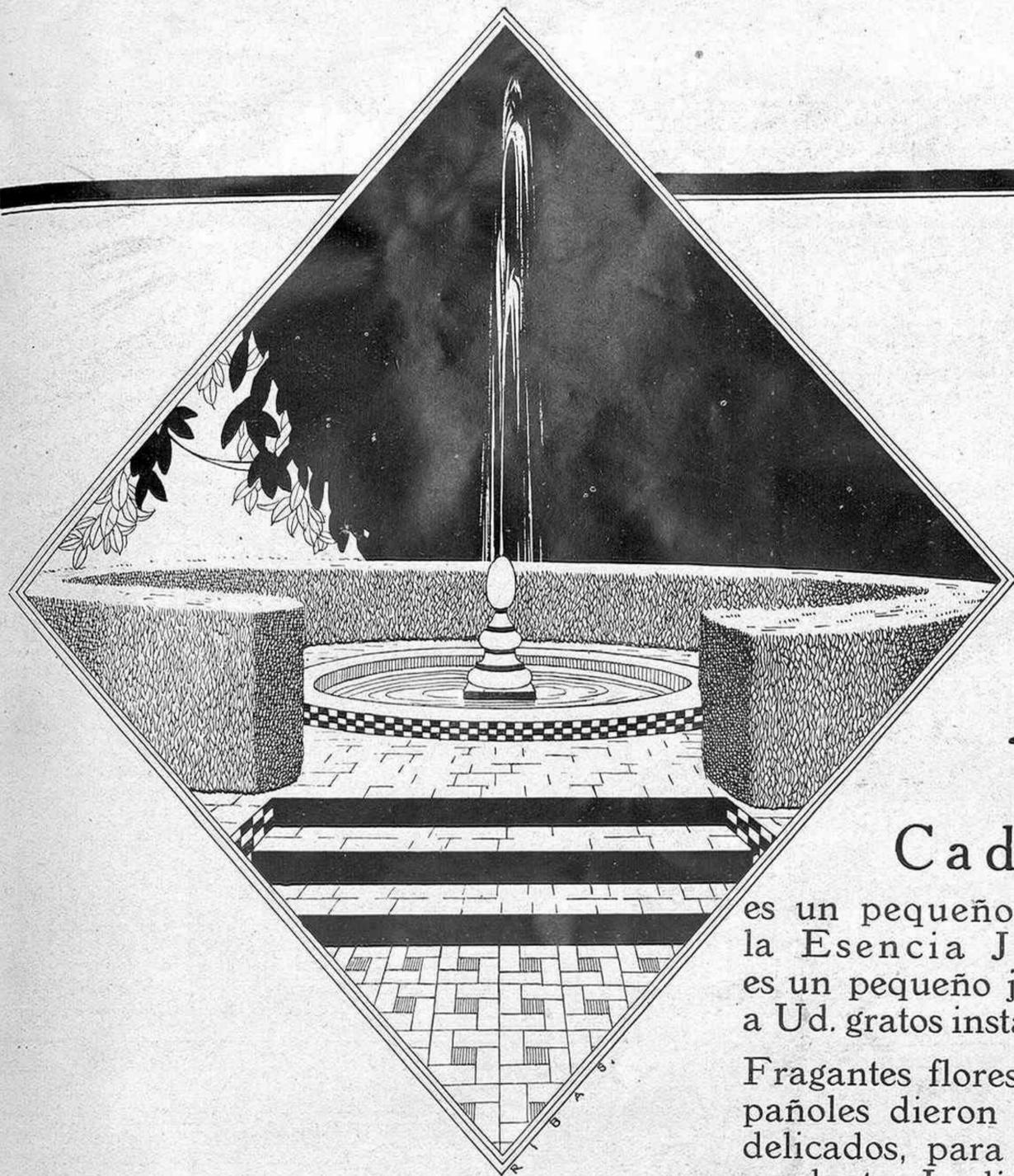
Lo que mejor compone con la muerte, lo que ha sido el hallazgo para su ritmo difícil, es el ciprés que el pintor encumbrió en su isla de los muertos como espalñaje del promontorio fantasmal.

El memorístico y conmemorador ciprés guarda en su filigranaje tanta idea que debe ser respetada como un erudito que á la vez fuese un evocador genial y una figura hamletiana para los paraninfos.

Yo me he sentido bajo los cipreses como bajo gigantes humanos, al borde de su levita, protegido por su autoritaria tiesura en la parada del Museo de la vida; era como un niño muy niño cobijado junto á las piernas del descomunal padre.

Me sentía como sostenido de su mano en un rezo de estación fija en la catedral de la vida.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Cada jardín

es un pequeño paraíso. Cada gota de la Esencia Jardines de España es un pequeño jardín, y, como él, brinda a Ud. gratos instantes, recuerdos y aromas.

Fragantes flores de nuestros jardines españoles dieron sus perfumes, intensos y delicados, para crear la nueva serie de productos Jardines de España, que ha obtenido un éxito muy satisfactorio en nuestro país y en otros muchos extranjeros.

Por su calidad y pureza constituyen estos productos la perfección máxima en artículos de perfumería. Los verá Ud. en el tocador de toda persona de gustos delicados en sus prácticas higiénicas. Úselos Ud. también. Los

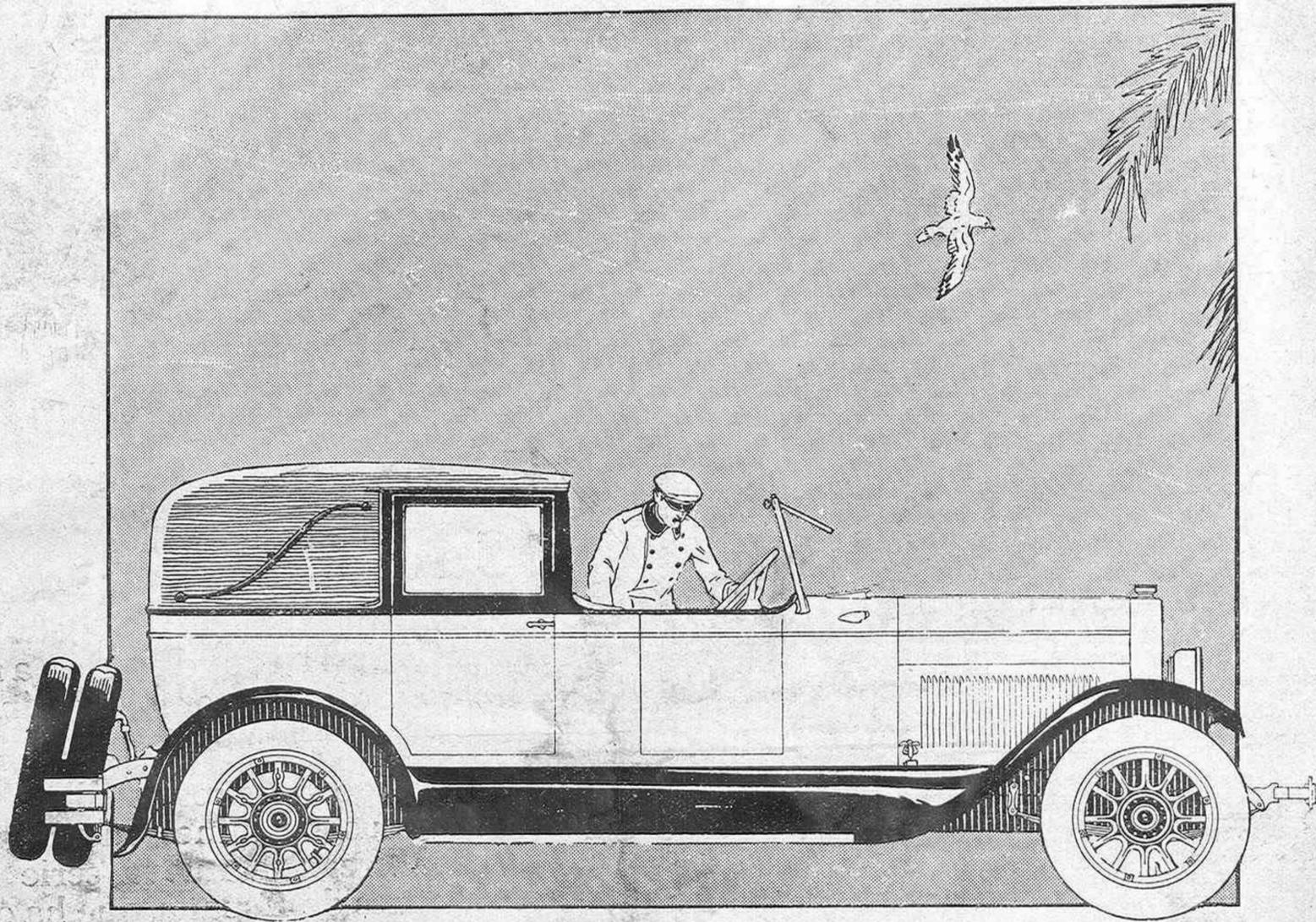


JARDINES
de **ESPAÑA**

perfuman el mundo.

Jabón. - Colonia. - Extracto. - Polvos. - Loción, etc.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



LINCOLN

Los recursos de todas índoles reu-
nidos para la fabricación del LINCOLN
han hecho posible producir un coche
de insuperables resultados de fun-
cionamiento, confort y elegancia.





LA CORUÑA



LOS DIENTES DEBEN LIMPIARSE
CON PALILLOS DESINFECTADOS

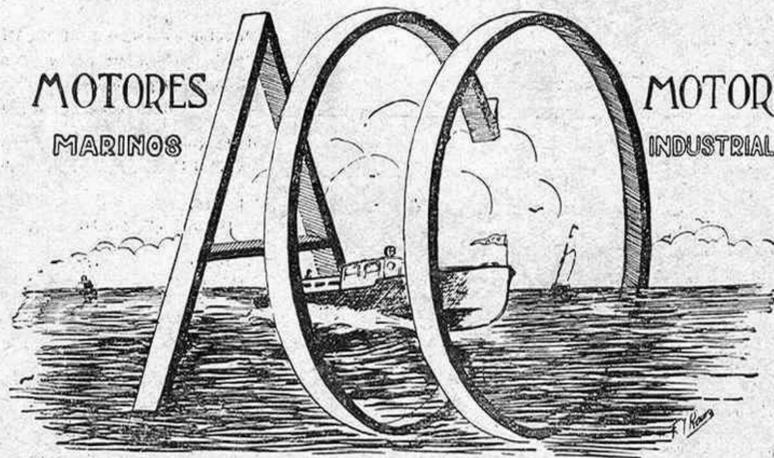
Usad en vuestra casa los palillos PEACOCK (Pavo Real), de
madera especial esterilizada, y exig' d'los en el Bar, en la Fonda, en el Hotel

Agente exclusivo: **MANUEL ZAPATA Y ZAPATA**
Panaderas, 13 LA CORUÑA (España)

CONSTRUCCIONES NAVALES

MOTORES
MARINOS

MOTORES
INDUSTRIALES



Talleres "ACO" (S. A.)

Delegación de MADRID: Sagasta, 26, bajo - Picavia, 26, bajo, LA CORUÑA



ORZAN Polvos ORZAN
ANTISÉPTICOS: REFRESCANTES

Los mejores para los niños - Los preferidos por las señoras

Para la limpieza de la boca y su perfume use la
Crema Dentífrica

ORZAN



"El Caballero Audaz"

Su más emocionante

Su más amena

Su más bella novela

LOS CUERVOS SOBRE EL AMOR

que lleva un **interesantísimo** prólogo de
su autor, está siendo el **libro del día**

¡CIEN MILLARES VENDIDOS!

PRECIO: 3 PESETAS

Pedidos: RENACIMIENTO. - Preciados, 46, Madrid

Para anunciar en esta Revista,
diríjase a la Administración de
la Publicidad de Prensa Gráfica

"PUBLICITAS"

Avenida Conde Peñalver, 13, entfo. Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, pral.
Apartado 911. Teléf. 61-46 M. MADRID Apartado 228. Teléf. 14-79 A.



INDUSTRIAS FORB S A
TRAVESERA 316 BARCELONA

REPRESENTANTES

para una fábrica de Artículos
de Reclamo y para fábrica de
cintas de algodón, necesito.
INDUSTRIAL CINTERA
Cortes, 548, Barcelona.

**AGENCIA
GRAFICA**

REPORTAJE GRÁFICO
DE
ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase
de periódicos y revistas
de España y Extranjero

Pida condiciones

AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571
MADRID



¡SEÑORAS!
SE ACABÓ EL BELLO
USANDO

DEPILATORIO ARABE

y quedaréis tan limpias de
vello, que nadie podrá igualaros en
hermosura y juventud. Destruye por
completo la raíz sin perjudicar el cutis.

Nota con instrucciones 5 pesetas

se remite por Correo, mediante Giro postal. Depósito de venta.
REPRESENTANTE: Juan Martínez, Cortes, 575, Barcelona,
y en todas las perfumerías y droguerías de España



Tintes
Burholt

LOS MEJORES
TINTES DOMESTICOS
LAVABLES
NO DESTIENEN



Lloyd Norte Alemán. — Bremen

SERVICIO REGULAR DE VAPORES CORROS
RAPIDOS ENTRE ESPAÑA Y SUD AMÉRICA

Directamente para Lisboa, Río Janeiro,
Santos, Montevideo y Buenos Aires,
saldrán de Vigo los rápidos vapores corros
alemanes de gran porte

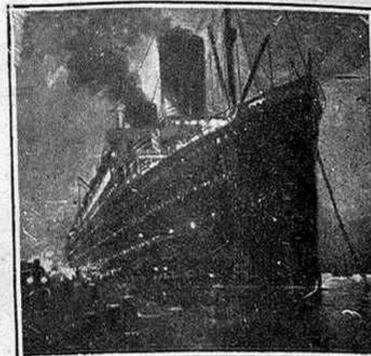
6 de Mayo:
WESER Ptas. 537.95
20 de Mayo:
SIERRA NEVADA ... > 632.95
3 de Junio:
KOELN > 567.95

10 de Junio:
SIERRA MORENA ... Ptas. 632.95

24 de Junio:
CREFELD. > 567.95

Los vapores SIERRA NEVADA y SIERRA
MORENA admiten pasajeros de primera y ter-
cera clase, y el WESER, KOELN y CRE-
FELD admiten pasajeros de clase intermedia
y tercera.

Todos los pasajeros de tercera tienen a su
disposición un amplio salón comedor, fumador y salón de conversación. Las comidas
son abundantes y muy variadas, siendo servidas por camareros uniformados.



Para más detalles, informa el agente
general de la Compañía en España
LUIS G. REBOREDO ISLA
VIGO, García Olloqui, 2.—VILLAGARCÍA, Marina, 14
En BUENOS AIRES, Cangallo, 336

Ramiro Vazquez



Arenal, 12 - VIGO

ALVAREZ Y REY, S. L.
Victoria, 10. — VIGO

Grandes almacenes de Loza, Porcelana, Cristal, Bateria
de cocina — Servicios para Hoteles, Bares y Casinos
TALLERES DE DECORACIÓN de loza y porcelana
MONOGRAMAS, GRECAS, ETC.

Lea usted la hermosa Revista de Modas

ELEGANCIAS

TRES pesetas ejemplar en toda España



Por su excelente calidad
compite con las mejores marcas
¡Pruébese!

Productos PECA-CURA



«¡Juventud! Divino tesoro
que te vas para no volver.
Cuando quiero llorar no lloro
y á veces lloro sin querer.»

RUBÉN DARÍO.

Esto lo dice el poeta,
mas no le creas, mujer,
que aquí tienes la receta
para joven siempre ser:
«Usando la PECA-CURA
cada día, con constancia,
conservarás tu hermosura,
conservarás tu elegancia
y, al llegar la senectud,
serás flor de juventud.»

CREMA; POLVOS en los siguientes colores: Blanco, rosa
números 1 y 2; rachel 1, 2 y 3; moruno 1, 2 y 3, y Malva.
JABON; AGUA CUTANEA; MASAJE FACIAL; LOCION
para el cabello y AGUA DE COLONIA

CORTÉS HERMANOS. Barcelona (España)

ALFONSO FOTÓGRAFO
Fuencarral, 6 MADRID

CHAMPAGNE
C. COLIN STINVILLE & Cie.

Cosecheros — Exportadores
AVIZE (Marne) Francia
Solicítanse representantes con referencias

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea usted los miércoles
Mundo
Gráfico
30 cts. en toda España

RECOMENDAMOS
EL ÚNICO APERITIVO



“LA PRAVIANA”

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

MARAVILLOSO Y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural á LOS OCHO DIAS de usar el IN-
SUSTITUIBLE ACEITE VEGETAL MEXICANO, PREMIADO GRAND PRIX, CRUCES Y ME-
DALLAS. No mancha absolutamente nada, y por eso se usa con las mismas manos, como cualquier
BRILLANTINA. El uso de este ACREDITADISIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal ó cual
color: es únicamente para devolver á los CABELLOS BLANCOS á su primitivo COLOR NATURAL,
CON TODA GARANTIA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS ó NEGROS, sin que nadie pueda
ni imaginarse que estén teñidos. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso. Se vende
en todas las perfumerías de España. Precio, 6 y 10 pesetas. Con uno de los de á 10 pesetas hay cantidad
suficiente para un año de uso. Concesionarios: E. Sarra, Juan Martín y E. Durán.